

SEDÚCEME
de nuevo

AITOR FERRER

SEDÚCEME *de nuevo*

AITOR FERRER

SEDÚCEME *de nuevo*

AITOR FERRER

Primera edición.

Sedúceme de nuevo

©Aitor Ferrer

©junio, 2024.

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Sedúceme de nuevo

©Aitor Ferrer

©junio, 2024.

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Epílogo](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Epílogo](#)

Prólogo



Diez años antes

—Maia, te prometo que volveré a por ti, te lo prometo—le comenté a la chica que, sin duda, era el amor de mi vida.

—No quiero que te vayas sin mí, Iván, no quiero.

—Te prometo que volveré en unos meses, te lo prometo—le repetí levantándole el mentón y dándole un beso en esos gruesos labios que ya tenía... Labios de adolescente a pocos meses de cumplir los 18.

—¿Y si no vuelves? ¿Y si te olvidas de mí, Iván?

—Maia, mírame, soy yo... Nunca, ¿me oyes? Nunca podría olvidarme de ti.

—Eso lo dices ahora, pero cuando estés lejos y tengas otra vida, quién sabe...

—Yo sí lo sé. No voy a emprender otra vida. Que te quede bien claro, cosita, mi vida eres tú—la llamé de esa forma tan cariñosa en la que me solía referir a ella “cosita”.

—Pero te marchas, al final te marchas.

—Me marchó por ti, para que podamos tener un futuro. Pronto cumplirás los 18 y te he prometido que emprenderemos una nueva vida. Pero para eso necesito tener bastante pasta. Te voy a sacar de aquí, te lo prometo

—Tengo miedo, Iván, tengo miedo.

—No debes tenerlo, mi amor, porque yo pienso cuidarte incluso desde la distancia. Si te hace falta algo, pídeselo : Asier.

—Pero Asier no eres tú.

—Lo sé, aunque no te olvides de que, hoy por hoy, es mi mejor amigo y de que hará cualquier cosa que yo le pida

—Pues tú deberías hacer lo mismo, porque él te ha pedido que no te vayas, lo mismo que yo. Eso que vas a hacer es peligroso.

—Peligro es mi segundo nombre, nena. Va, en serio... Si nos sale bien, y nos saldrá, tendremos dinero para comenzar una nueva vida donde tú quieras.

—¿En el sur de Francia? ¿En uno de esos encantadores pueblecitos con playa?

—En el que más te guste o, si quieres, cruzamos el charco y nos vamos a tomar mojitos al Caribe.

—No puedo creerte, a punto de irte y con ganas de bromear—se acurrucó en mi pecho.

—¿De bromear? Cuando tenga la pasta en el bolsillo nadie nos va a detener, es algo que tengo muy claro, cosita.

En ese momento yo tenía 27, diez años más que la niña que me había enamorado. No fue algo casual. Ella era la mejor amiga de mi hermana Aroa y desde que cumplió los 15 experimentó un cambio que me llamó la atención de la forma más poderosa.

Juro que en principio, al ser tan niña, luché contra eso que mi corazón hacía: latir a toda pastilla cada vez que la veía en casa de mis padres, echándose unas risas con Aroa o haciendo los deberes.

Por aquel entonces, yo ya hacía mis pinitos como hacker, cosas de poca monta, también hay que decirlo. Soy informático y mi naturaleza es rebelde, así que no lo hacía por dinero, sino por causas que me parecieran que valían la pena, como por ejemplo cambiar la nota en las listas oficiales del curso de mi amigo Asier, cuando le dejaron a solo una asignatura de terminar su carrera como farmacéutico.

No es que no hubiese estudiado, es que la profesora de esa última asignatura se prendó de él y, como mi amigo no quiso hacerle un favorcito de esos sexuales que le asegurase el aprobado, ella le puteó suspendiéndole.

Ese fue mi primer triunfo, detrás del cual vendrían muchos otros. Ya digo que no me movía ningún móvil económico, sino poner las cosas en su sitio cuando eran injustas. El día que la profesora se dio cuenta de que él ya tenía el título, quiso denunciarlo, pero entonces sacamos una grabación en la que le hacía unas proposiciones que la hubiesen llevado directa a cobrar un subsidio de desempleo. Y ante tamaña tesitura, cerró el pico.

^a Cosas como esas eran las que hacía yo en la privacidad de mi dormitorio, si bien cuando Maia llegaba a nuestra casa con Aroa adquirí la costumbre de dejar la puerta entreabierta.

Al principio, tan solo me deleitaba con el sonido de sus risas y poco más. En cuanto lo escuchaba, a mí se me dibujaba la más alegre de las curvas de las sonrisas en el rostro.

l.

El día que cumplió los 16, mi madre le celebró una fiestecita en casa. Yo no entendí muy bien la razón de que no lo hicieran en la suya, hasta que Aroa me contó.

—Es que a la madre de Maia le han detectado un cáncer hace unos días. Parece que la cosa pinta mal y en su casa no está el ambiente para fiestas.

Al escucharlo, el alma se me cayó a los pies y me supo a poco el detallito que yo le había comprado.

—No es gran cosa, pero espero que te guste—le dije al entregarle una de esas pulseras de cuero que tanto le molaban y que yo le había encargado que le personalizara a mi amiga Marta, que las hacía ella misma.

—A mí me parece un regalo chulísimo—me respondió ilusionada, dándome uno de esos abrazos que solo se le pueden dar a los primeros amores.

—No, apenas es nada—le contesté.

e—Pues si quieres agrandarlo, igual me podrías invitar luego a un helado. Aroa tiene dentista al final de la tarde.

—Pues igual sí, pero entonces tendrás que dejar sitio en el estómago para ese helado y te advierto que las tartas de mi madre son contundentes. Para mí que uno de sus ingredientes es cemento armado.

—No entiendo muy bien eso del cemento armado, pero eres muy gracioso—continuó.

a Claramente, estaba tratando de ligar conmigo. En principio, y como digo, procuré que nada pasara, por mucho que me atrajese.

Esos diez años que nos llevábamos me pesaban como una losa y pensé que se trataría de una diferencia insalvable

Accedí a invitarla a ese helado porque lo estaba deseando y porque me propuse que se tratase de una invitación sin mayor trascendencia.

No pasó nada, eso os lo puedo asegurar. Para mí era una cría a la que ya comenzaba a adorar, pero una cría, al fin y al cabo. El problema se centraba en que yo tampoco era por entonces todavía un hombre, por más que así lo creyese.

La chispa que vi en sus ojos durante ese paseo disipó cualquier duda que yo pudiese tener. Reímos, comimos helado y ella me contó mil y una anécdotas de sus salidas con Aroa, de lo inmaduros que eran los chicos de su clase, de lo poco que le gustaban las matemáticas y de todo lo que pasó por su mente.

Yo me reía mucho y notaba que se trataba de esa risa boba e incontrolable. A su lado, me sentía aún más niño, por mucho que notase que ella me mirase como a un hombre. No lo era, aún me faltaba para serlo un motivo que me

hiciera madurar de una vez... Y lo encontraría.

Unos meses después, las cosas habían cambiado entre nosotros. Cada vez que Maia venía a casa, yo escuchaba sus risas cómplices con Aroa, como planeando, y en cuanto me quería dar cuenta ya la tenía en el interior de mi dormitorio, acercándose a mi ordenador con cualquier excusa... Hasta el día que se me sentó en las piernas, tonteando.

Yo salí al paso como pude y eso que hubiera dado lo que no tenía por besarla, algo que no sucedió hasta que ella cumplió los 17, unos días después del fallecimiento de su madre.

Por tal motivo, Maia se encontraba enormemente triste. Ese año, yo le tenía un regalo mejor: unas zapatillas de ballet, disciplina que practicaba junto con Aroa desde que ambas eran unas micas.

A ella le gustaron muchísimo, pero me llevó aparte y me pidió otro regalo: un beso. Yo no se lo pude negar y menos cuando estaba deseando hacerlo.

Ahí comenzó lo nuestro realmente, porque cuando probé sus labios comprendí que no me conformaría con otros.. Hasta ese día yo había tenido mis idas y venidas con multitud de chicas, nada serio con ninguna porque jamás me había enamorado... Hasta que Maia se metió por las rendijas de mi corazón y me sentí cautivo de esos besos.

Comenzamos a salir y nuestros cuerpos se revolucionaron al máximo. Por otra parte, me preocupaba mucho lo que estaba sucediendo en su casa. Ella era hija única y se encontró con la sorpresa de que Imanol, su padre, ya le había buscado “repuesto” a su fallecida esposa antes incluso de que esta falleciera. Él no estaba mal económicamente y esa chica, Berta, vio la posibilidad de vivir a costa de un maduro que se encaprichó de ella. El único obstáculo que veía en su relación se llamaba Maia, y haría todo lo posible por quitárselo de en medio.

A partir de entonces, comenzó a hacerle la vida imposible a mi novia, quien trató de escaparse de casa. Delante de Imanol, Berta se comportaba como una madrastra amorosa, cuando lo cierto es que era peor que la de Blancanieves.

Maia y yo, a quien por cierto no había tocado de una manera más íntima porque me prometí no hacerlo hasta que cumpliera los 18, comenzamos a hacer planes de futuro. En cuanto fuera mayor de edad nos iríamos a uno de esos lugares que soñábamos. Como informático, el trabajo no me faltaría, pero entonces Eneko me puso la miel en los labios.

Eneko era un compañero de carrera y él sí que era hacker de profesión, lo que viene siendo un verdadero pirata informático que ya había dado algunos “palos” considerables.

Tenía planeado el ataque a una empresa alemana, una de muy dudosa reputación. La idea era hacernos con sus datos y pedir luego un rescate.

Por determinadas razones de logística, nos interesaba para ello residir en Alemania durante unos meses, el tiempo suficiente para llevar a cabo sus planes. Se trataba de un laboratorio farmacéutico que había lanzado al mercado un medicamento que Eneko consideró que fue el que acabó con la vida de su padre, que también había fallecido unos años antes.

Yo lo consulté con Asier, mi amigo farmacéutico, y estuvo de acuerdo en que ese medicamento se lanzó al mercado con demasiada rapidez, todo por la avaricia del dueño del laboratorio.

Pensé que haríamos justicia al mismo tiempo que ganábamos un dineral. Asier me lo corroboró.

—Tío, yo creo que Eneko tiene razón, ¿tú no has escuchado eso de que “ladrón que roba a ladrón tiene cien años de perdón”? Pues venga, pero ten cuidado.

Sé que piqué muy alto, que fui muy ambicioso y que quise solucionarnos la vida de un plumazo. En mi defensa diré que todo se me hacía poco para Maia y para darle la mejor vida posible a mi “cosita”.

.Quería llevármela de su casa en las mejores condiciones... Que ella pudiera estudiar en la más prestigiosa universidad de Bellas Artes del mundo, pues deseaba cursar esa carrera, lo mismo que mi hermana Aroa.

Maia era una artista y el retrato que me entregó esa última noche en la que estuvimos juntos, así me lo demostraba. Se trataba de nuestras dos caras, juntas y enamoradas, desafiantes frente al mundo.

a

No dudé en llevarlo conmigo cuando nos establecimos en Berlín, porque Eneko y yo emprendimos ese viaje, no exento de riesgos, pero que podía llevarnos a transitar el camino de la gloria, proporcionándome la pasta suficiente para darle la mejor vida a Maia, la que ella se merecía.

Con la fuerza que dan los pocos años, pero también con la falta de sesera, la dejé en Bilbao mientras yo me metía directo en la boca del lobo.

No fuimos a parar a la cárcel cuando el dueño de aquella poderosa empresa nos descubrió. De lo que no teníamos ni idea era de que el laboratorio funcionaba como una tapadera y de que aquel tipo movía el negocio de las armas a tope.

Con esos antecedentes, no fue raro que una noche un grupo de hombres armados entrasen en el apartamento que Eneko y yo compartíamos, apuntándonos con sus fusiles, y llevándonos ante su jefe.

La cosa estaba muy clara: si no queríamos que nos aniquilaran allí mismo, trabajaríamos durante diez largos años para él, durante los cuales no daríamos señales de vida a nuestras familias... O lo pagaríamos caro.

e

Capítulo 1



—Eneko me miraba y me señalaba que los vellos los tenía de punta cuando entramos en Euskadi, tras un largo viaje por carretera.

Diez años habían pasado desde que no viéramos el verdor de sus montañas y ambos estábamos emocionados. Diez años en los que nos sentimos presos porque, a pesar de no haber ingresado en prisión, no fuimos libres en ningún momento.

Diez años en los que no voy a negar que estuve con algunas mujeres, nada serio, tan solo para calmar en determinados momentos la sed de Maia que sentía, la cual no desapareció jamás.

Diría mucho más: cada día que pasamos en Berlín sin poder mover un dedo por llamarla, fue un verdadero suplicio para mí y no hizo sino acrecentar mis ganas de ella.

Nunca, jamás en la vida, me hubiera atrevido a marcar su número de teléfono ni el de ninguno de los míos. Si alguien se equivocó en aquella jugada fuimos Eneko y yo, y ni mi novia ni mi familia deberían pagar por ello.

A Eneko le sucedía lo mismo e hicimos ese pacto, pues incluso nos amenazaron con que si uno daba un paso en falso, también los familiares del otro lo pagarían.

En esas condiciones, sellamos un pacto de sangre... Un pacto de silencio que ninguno de los dos se saltó por alto.

Nuestra vida en Berlín llegó a ser hasta lujosa, pues Herman Wagner era un mafioso que cuidaba bien de los suyos, en sus palabras. Si por “bien” se podía entender que estuviéramos amenazados, claro, aunque él se refería a que puso todos los medios a nuestro alcance para que no nos faltara de nada.

Cumplidos los diez años, nos gratificó con una importante suma de dinero y nos dio hasta un abrazo. No hace falta decir que gracias a nuestros servicios ganó cantidades astronómicas, por lo cual no le costó desprenderse de esa suma que para él no representaba nada.

Sin embargo, para Eneko y para mí era mucha pasta... La suficiente para comprarnos una casa y no trabajar más el resto de nuestras vidas si eso era lo que deseábamos.

En realidad, yo lo único que deseaba era volver a ver a Maia. Y él lo sabía. Aquella niña, que ya no lo sería tanto, me había “engrilletado” de por vida, como él decía. Y cuando entramos en Euskadi juro que pude percibir su olor juvenil, su frescura y hasta ver su cara a través de la ventanilla del lujoso vehículo 4x4 que conducía y que me compré antes de salir de Berlín, más que nada porque ese tipo de coches era el preferido de la niña de mis ojos.

No soy idiota y bien sabía que habían transcurrido diez años en los cuales pudo pasar de todo. A menudo tenía pesadillas con que ella se habría casado y sería madre... O no, porque solo habían pasado diez años. ¿Solo? Para mí representaron una eternidad, pero ella tendría entonces 27, los mismos que yo cuando tomé la mala decisión de marcharme de mi casa.

—Tranquilo, tío, yo tengo el palpito de que la vas a recuperar—me decía Eneko, quien se había convertido en mi hermano en aquellos años en los que solo nos tuvimos el uno al otro.

^z —Es que la tengo que recuperar, Eneko. Pero ¿y si ya tiene a alguien en su vida? ¿Y si no se acuerda de mí? ¿Y si me odia?

—¿Ahora te entran los miedos? Nos hemos pasado diez años fuera y siempre te movió la ilusión de recuperarla, Iván. ¿A qué viene esto ahora?

—A que yo necesitaba esa ilusión para poder seguir adelante, para no ahogarme, Eneko, porque la pena me comía. Pero ahora somos libres, ¡libres! Y no puedo dejar de pensar que ella también lo ha sido para rehacer su vida. Es más: Maia debe odiarme, debe hacerlo, pensará que nunca volví por ella.

—Todos los nuestros deben darnos por muertos, que no es lo mismo, ¿o crees que no le rayaría que tampoco tu familia volviera a saber de ti nunca más?

—Yo no sé qué pensar.

—Hemos vivido con identidad falsa todos estos años en Alemania, no te olvides de eso. Ni Dios sabe que estamos vivos.

—Ya lo sé y en media hora llegaremos a nuestras casas, ¿tú qué harás?

ⁱ —Yo ya no tengo a mi madre, que era mi único familiar prácticamente.

^a —Lo sé, amigo.

Supimos de la muerte de la madre de Eneko cinco años atrás, porque él pudo contrastar el dato en un listado de la Seguridad Social española, encontrándose con la peor de las sorpresas. La mujer no resistió la muerte de su marido y la desaparición de su hijo.

Ese día fue el peor que pasamos en Berlín, porque Eneko estuvo a punto de rebelarse y enfrentarse al mafioso de Herman Wagner, quien nos hubiera enviado al otro barrio sin pestañear.

Por suerte, pude evitar la tragedia y hacerle entrar en razón, siempre con la esperanza de llegar un día a recuperar la libertad y encontrarme con mi amada Maia.

Yo la había buscado en listados de universidades y demás. No la encontré, al contrario que a mi hermana Aroa, quien sí llegó a cursar Bellas Artes.

Realmente, no sabía qué me encontraría al llegar a casa. Y el corazón lo tenía en un puño. No era para menos: estaba a un paso de volver a encontrarme con el amor de mi vida y me mataba no saber si yo seguiría siendo el amor de la suya.

i

l.

s

Ese día fue el peor que pasamos en Berlín, porque Eneko estuvo a punto de rebelarse y enfrentarse al mafioso de Herman Wagner, quien nos hubiera enviado al otro barrio sin pestañear.

Por suerte, pude evitar la tragedia y hacerle entrar en razón, siempre con la esperanza de llegar un día a recuperar la libertad y encontrarme con mi amada Maia.

Yo la había buscado en listados de universidades y demás. No la encontré, al contrario que a mi hermana Aroa, quien sí llegó a cursar Bellas Artes.

Realmente, no sabía qué me encontraría al llegar a casa. Y el corazón lo tenía en un puño. No era para menos: estaba a un paso de volver a encontrarme con el amor de mi vida y me mataba no saber si yo seguiría siendo el amor de la suya.

Capítulo 2



Me pensé mucho a qué casa ir antes: a la de mi hermana Aroa o a la de mis padres.

Tenía la dirección de Aroa porque también me las apañé para conseguirla. Era mediodía y existía la posibilidad de que estuviera allí almorzando.

Antes había dejado a Eneko en la puerta de su casa. Al hacerlo, pensé en que yo tenía mucha más suerte que él porque había personas a las que debía recuperar en mi vida, mientras que a mi amigo no le esperaba nadie.

Jamás, ni en uno solo de los momentos en los que permanecimos bajo el yugo de Herman Wagner en Berlín, se me ocurrió culparle de la situación. Eneko fue una víctima igual que yo. Él tampoco tenía ni idea de qué se escondía detrás de ese hombre y se encontró con el pastel una vez allí. Y yo con él.

Además, que Eneko no me encañonó con un arma para que yo le siguiera. Él solo me habló de la posibilidad de hacernos ricos y yo le seguí sin más. A los dos nos salió el tiro por la culata, y sí... Al final volvíamos con dinero, pero diez años después y porque el mafioso quedó agradecido, que si no... También podía habernos dado un tiro en la cabeza a cada uno y enterrarnos en el jardín de cualquiera de sus mansiones. En fin, que aún podíamos dar gracias: nosotros fuimos hasta Berlín para robarle y él nos terminó recompensando, pero antes nos robó también diez años de nuestra vida.

Pensaba en todo ello mientras aparqué mi coche delante de la casa de mi hermana Aroa. El corazón me iba a mil por el reencuentro con ella, que me llevaría de inmediato a mis padres, que tanto debían haber sufrido. Y de ahí a recibir las ansiadas noticias de Maia.

Si no fui directo a encontrarme con mis padres fue porque me figuré que sería mejor buscar antes a Aroa y que ella me ayudase, pues para ambos sería un impacto total volver a verme entrar por las puertas de su casa. Muy alegre, pero un impacto al fin y al cabo.

La vi venir al poco... Su cara era inconfundible y lo había hecho, ¡¡se tiñó el pelo de rosa!! Aroa se pasó toda la adolescencia diciendo que lo haría y mi madre se negó. Ella trabajó de peluquera y opinaba que esa decoloración no le haría bien al pelo de mi hermana, quien terminó por salirse con la suya, como era lógico dada su edad.

La imagen de Aroa era de lolita total, muy *pin up* y me recordó cantidad a la de Maia, puesto que ambas la

compartían.

Aroa avanzaba con paso firme y sonrisa en los labios. Venía hablando por teléfono con una monísima lazada que coronaba su pelo rosa. Y entonces me vio.

La sonrisa desapareció de inmediato de sus labios. Fue como si hubiera visto a un fantasma y yo no podía culparla por ello. Demasiado bien reaccionó, aunque quien no salió tan bien parado fue su móvil, el cual terminó estrellado en el sueño.

—Iván, ¿eres tú? —me preguntó y sus ojos azules, idénticos a los míos, se convirtieron en ese par de piscinas infinitas que Maia siempre me decía que veía al mirarme.

—Soy yo, pequeña, he vuelto—le dije sin poder evitar que los ojos se me aguaran también.

—¡Estoy soñando!! —chilló mientras se venía hacia mí y yo la tomaba en brazos.

—¡No, estás despierta!! ¿Lo ves? Pellizqué una de sus mejillas para demostrárselo.

—¿Cómo es posible? Te dábamos por muerto, creíamos que...

—Lo sé y lo siento mucho, te prometo que lo siento de todo corazón.

—Pero es que no lo entiendo... Te ves fantástico, entonces, ¿por qué no nos llamaste para decirnos que estabas bien? Ibas a Berlín a trabajar y...

La única que sabía el verdadero motivo de mi viaje a Berlín era Maia y, dado que Aroa seguía ignorándolo, no me delató en ningún momento. La pobre se debió guardar todo el sufrimiento para ella.

—No debí ir a Berlín, Aroa. Me metí en un lío muy gordo junto con Eneko... En un lío del que no hemos podido salir hasta ahora, te lo prometo. De haberlo hecho, os hubiéramos puesto a todos en peligro.

—¿De qué me hablas? Parece una peli de James Bond. La madre de Eneko murió, ¿lo sabes?

—Sí, lo sabemos los dos—suspiré.

—Por favor, entra en mi casa. Tienes mucho que contarme.

—Y lo haré, y enseguida iremos a ver a nuestros padres, pero antes tienes que decirme dónde está Maia.

La alegría que se asomó a sus ojos cuando me reconoció se volvió pena en ese momento en el que no supo qué contestarme.

—¿Le ha pasado algo? No, no puede ser... No he logrado dar con ella en este tiempo, no la encontré en los listados de las universidades, pero tampoco me apareció en ningún otro que me diera a pensar que pudiera sucederle algo malo.

—Yo no sé qué podrá haberle sucedido, solo sé que se fue de aquí hace años, muchos años... Y que no se volvió a poner en contacto más conmigo. Se cambió el número de teléfono, cerró sus redes y con todo ello la posibilidad de comunicarnos. Fue muy duro, Iván, porque en cuestión de muy poco tiempo perdí a un hermano y luego a una hermana.

—Lo siento, chiquitina, lo siento muchísimo... ¿Cuánto tiempo puede hacer de eso?

—Unos ocho años. Dos después de que tú te marcharas y no nos contactaras más se fue ella también. Pero te adelanto que en cuanto dejaste de enviar noticias de Berlín, en cuanto silenciaste tu teléfono para siempre, ella se alejó de mí. Así que cuando se marchó definitivamente ya apenas teníamos relación.

—¿En serio? Pero eso es imposible...

—No, no lo es. Maia se consumió, Iván. Vivía pegada a ese teléfono, esperando tus noticias. Y al no tenerlas empezó a frecuentar malas compañías.

—¿Maia con malas compañías? Me cuesta creerlo, me cuesta mucho creerlo.

—Yo lo vi con mis propios ojos, te lo aseguro. La gente con la que iba era muy chungu y dicen que... Déjalo, Iván, me escuece demasiado.

—No puedo dejarlo, no puedo. Dímelo.

—Dicen que empezó a consumir drogas. Y no me extraña, ¿eh? Porque deberías ver el careto con el que se presentó ante mí la última vez que la llamé por teléfono. Llevaba días insistiéndole para que nos viéramos y ella terminó accediendo, pero de muy mala gana, y su rostro estaba desencajado. Maia me miraba como ida y me pidió que no volviera a contactarla, que quería vivir su vida al margen de mí, que yo le recordaba demasiado a ti ¡y que me fuera al infierno!

—¿Eso te dijo?

—Sí, eso me dijo. Además, ya no vivía en casa de su padre. Tampoco entró en la universidad, no tenía ganas de nada. Comenzó a vivir con un tío mayor que ella, según me enteré, pero bastante mayor... Y con pinta de poderoso. Yo me los crucé una vez por la calle y no me gustó un pelo. Ella ni siquiera me saludó, aunque noté la tristeza en sus ojos.

—En sus profundos ojos verdes. En los ojos de mi morena favorita—murmuré muerto de la pena, pensando en que no podía soportar todo lo que me estaba contando Aroa.

a

—En sus profundos ojos verdes. En los ojos de mi morena favorita—murmuré muerto de la pena, pensando en que no podía soportar todo lo que me estaba contando Aroa.

Capítulo 3



Junto con mi hermana, llegué a casa de mis padres. Fue él quien nos abrió la puerta y se quedó perplejo.

—Nagore, ven—fui lo único que acertó a murmurar.

—No puedo ahora mismo, Íñigo, que se me queman las empanadillas. Y ya sabes que no lo soporto.

—Nagore, manda a la mierda las empanadillas y ven. Total, para lo que vamos a almorzar hoy...

—Eso lo dices tú ahora, pero luego te sientas en la mesa y te comes hasta a tu difunto padre por los pies. Como hay Dios que engulles una barbaridad...

—Nagore, hazme caso.

Yo ni siquiera podía echar el paso y entrar en mi casa. En cierto modo, sentía como que no tenía derecho a ello. Daño les había hecho a mis padres cantidad. Que no lo hubiese pretendido, pues también, pero el daño estaba ahí y ese no podía yo evitarlo.

Mi madre dejó las empanadillas y avanzó hacia la puerta con el mandil puesto. Yo puse la mejor sonrisa para dedicarle y, aun así, no pude evitar su reacción. Al verme, se desmayó.

—Mamá, mamá, por favor—le decía yo.

—Hijo, tienes mucho que explicarnos—me decía mi padre mientras la tomaba por los pies y yo por las axilas. Aroa hacía sitio en el sofá para colocarla, poniendo cojines que le permitieran tener los pies en alto.

—Papá, pon más fuerte el aire acondicionado, corre—le pidió Aroa.

—Ya voy, hija, ya voy. Cielo santo, si es que no sé dónde tengo el mando ni la cabeza.

Mientras, mi hermana agarró una revista y comenzó a echarle viento a mi madre en el rostro, quien terminó por abrir los ojos.

—¿Es que he muerto y he resucitado, hija? Porque estoy viendo a tu hermano, y eso no puede ser—negaba con los ojos inundados en lágrimas.

—No, mamá, no se trata de ningún fantasma. Es Iván. Ha vuelto. Le han tenido retenido todos estos años en Berlín, pero ya está en casa.

—¿Retenido? ¿Cómo retenido? Hijo, dime si te han hecho daño porque no ha nacido quien lastime a uno de mis hijos. Ahora mismo cojo la escopeta de cazar de tu padre y...

—Mamá, no me han hecho ningún daño físico. Yo lo que no me perdonaré es el que os he causado a vosotros. Os quiero mucho.

—Pues no te imaginas lo que nosotros te queremos a ti, hijo—comenzó a darme cantidad de besos. Tantos que se volvió a marear y hubimos de reanimarla por segunda vez.

Las empanadillas las terminó de freír mi padre. Y no sería que Aroa ni yo tuviésemos hambre, pero ella, como buena madre, ¡se empeñó en que debíamos almorzar!

Sentados a la mesa, yo les pormenoriqué todo lo que me había sucedido. No tenía ningún sentido guardarme la verdad para mí y ellos debían entender bien el porqué de mi silencio todos aquellos años.

—Deberías denunciar a ese mafioso a la Policía. Ahora estás en tu casa, en Bilbao, y aquí no se atreverán a venir —me decía el hombre, que era un vasco de pura cepa y tenía sus propias teorías al respecto. Además, que fue padre mayor y ya tenía una edad, por lo que veía las cosas a su particular manera.

—Tengamos la fiesta en paz, papá. A ese hombre no podemos enfrentarnos, es mejor seguir nuestro camino y olvidarnos de lo pasado. Puedo daros una vida estupenda, vengo con mucho dinero. Al final, nos entregó una especie de “paga” por los servicios de todos estos años y vengo forrado.

—Ni un euro quiero yo ver del dinero de ese miserable, ¡quémallo! —me pidió él.

—No digas tonterías, Íñigo. Tu hijo se merece poder vivir una buena vida con ese dinero. Tienes que hacerlo, Iván —me cogió mi madre la mano.

—Es lo mismo que pienso yo. Ahora solo tienes que pensar en recuperarte y en...

—Y en buscar a Maia—interrumpí a Aroa.

—Hijo, hace años que no sabemos nada de ella—me comentó mi madre.

—Ya lo sé. Pero os prometo que volveréis a saber. Maia era mi novia, mamá, aunque nunca te lo llegué a decir porque era muy jovencita y porque para ti era como otra hija más.

—¿Y tú dudas de que yo lo sabía todo? No hacías más que mirarla, igual que ella a ti. Las risas os salían solas.

—Y su dormitorio era un álbum de fotos tuyas, Iván—me recordó mi hermana.

—Es verdad, ¡qué locura! Tengo que encontrarla, Aroa... Desde mañana mismo lo haré.

—Está bien, lo he decidido: yo te ayudaré.

—¿Quieres ayudarme a recuperarla?

—Sí. Y quiero recuperarla yo también. Mi vida no ha vuelto a ser la misma sin ella. ¿Sabes que soy tatuadora? Era nuestro sueño, montar un estudio de tattoo conjunto. Y yo lo logré. Pero me falta ella.

—A mí también me falta.

—Ya lo sé. Pero os prometo que volveréis a saber. Maia era mi novia, mamá, aunque nunca te lo llegué a decir porque era muy jovencita y porque para ti era como otra hija más.

—¿Y tú dudas de que yo lo sabía todo? No hacías más que mirarla, igual que ella a ti. Las risas os salían solas.

—Y su dormitorio era un álbum de fotos tuyas, Iván—me recordó mi hermana.

—Es verdad, ¡qué locura! Tengo que encontrarla, Aroa... Desde mañana mismo lo haré.

—Está bien, lo he decidido: yo te ayudaré.

—¿Quieres ayudarme a recuperarla?

—Sí. Y quiero recuperarla yo también. Mi vida no ha vuelto a ser la misma sin ella. ¿Sabes que soy tatuadora? Era nuestro sueño, montar un estudio de tattoo conjunto. Y yo lo logré. Pero me falta ella.

—A mí también me falta.

Capítulo 4



Pasaba algo raro con Maia, era evidente. No aparecía en listados oficiales y demás. Era como si la tierra se la hubiera tragado.

Me jodía cantidad porque parecía que la jugada se repitiese. Yo había estado fuera de la circulación y Maia también parecía estarlo. Toda una ironía del destino.

Al día siguiente, después de toda una noche metido en el ordenador, me fui a ver a Eneko. Cuatro ojos ven más que dos y mi amigo se quedó patidifuso cuando le dije que era casi imposible dar con Maia.

—Primero te pierdes tú y luego ella, esto es como de peli de Netflix—me comentó.

—Eso parece, ¿cómo te has sentido al volver a casa?

—Más solo que antes. Al menos en Berlín siempre estaba contigo. Si te digo la verdad, ya no sé dónde me siento peor.

—Joder... Estamos apañados. Mi vuelta a casa también ha sido una mierda. Imaginé muchas cosas, pero no todas las que me ha contado Aroa sobre Maia.

—Te pongo una copa y me lo cuentas todo. Tenemos que saber por dónde comenzar a buscar... Tiempo tenemos. Al menos ahora, salvo que nos dé la gana, no tenemos que trabajar.

—Quién nos lo iba a decir... Que sí, que hemos vuelto forrados, pero diez años después.

—Y menudo precio que hemos pagado, porque estoy seguro de que tú vas a recuperar a Maia. Pero yo a mi madre ya no la vuelvo a ver...

—Lo sé, compañero. Tampoco las tengo todas conmigo. Puede que siga con ese tipo mayor que...

—¿Y qué? Se volverá loca cuando te vea. Por lo que me contaste, esa niña estaba colgada de ti.

—Yo sí que me estoy volviendo loco sin ella.

—Venga, una copa ¡y al lío!

Unas horas después, los dos estábamos agotados. Y copas cayeron varias más.

—¡Joder! Ni una puta pista por ningún lado. Es como si se hubiese esfumado. Igual está en algún país remoto, que se yo.

—No, Maia no se iría a vivir tan lejos. Siempre que yo le hablaba de otras posibilidades, como el Caribe, ella no las contemplaba. El sur de Francia, ese sí que le llamaba. Y algo me dice que está allí. Llámame iluso o lo que te dé la gana, pero siento que está cerca.

—No te llamaré nada porque es la única pista que tenemos, si es que a eso se le puede llamar pista. Pero es que otra cosa no tenemos.

—Déjalo ya, me voy, y seguiré en casa...

—Espera, joder, ¿qué prisa tienes?

—Ninguna, solo quiero dejar de molestarte.

—Mira, no te emociones por lo que te voy a decir, pero te echo de menos. Y no pienses que esto es una declaración de amor porque me siguen gustando las mujeres al perder, pero es que me siento muy solo. Quédate un rato y seguimos.

Le di una palmada en el hombro al que también era mi hermano, porque en eso nos habíamos convertido a lo largo de aquellos diez años.

Tras unas cuantas horas más, Eneko vio algo que hizo saltar sus alarmas...

—Espera, espera, espera... Es muy raro. Me parece haber visto su nombre pasar en el listado de esta clínica, justo en Colliure, solo que...

—¿En Colliure? ¡Eso está al sur de Francia!

—Ya lo sé, mentecato. Y no me chilles, que sordo aún no me quedado.

—Perdona, perdona...

—Estamos buscando mal, ¡¡ella se ha cambiado el orden de los apellidos!!

No se me había ocurrido tal posibilidad en ningún momento. Y eso que tenía toda la lógica del mundo porque amaba a su fallecida madre y comenzó a aborrecer a su padre.

Fue la única pista que pudimos encontrar. Tenía que tratarse de ella, el corazón me lo decía.

—Pero no hay nada más, tío, nada más. Llegó allí tras una caída en la que se fracturó el brazo y sufrió diversas contusiones más. No obstante, pidió el alta voluntaria en un rato y firmó la salida.

—¿A qué tanta prisa? ¿Y por qué no aparece más en ningún sitio? Me volveré majara de seguir así, te lo prometo.

—Tienes que mantener la calma. Hemos toreado en peores plazas nosotros, que no se te olvide. De esta salimos, amigo.

—Sí, y vestidos de luces. Ni que a mí me gustaran los toros y eso ni lo mientes delante de mi hermana, que es la más animalista del mundo.

—Ostras... ya lo recuerdo. ¿Cómo está ella?

—Bien, tío, ella está bien. Con el pelo rosa como siempre quiso ponerse.

—¿Y con esas lazadas tan graciosas?

—Oye, ¿a qué viene esa risita hablando de mi hermana?

—A que a mí me gustó siempre, pero era una niña y no quise fastidiarte contándotelo.

—Creo que te hubiese entendido, ya sabes el porqué.

—O igual no, que muchos os ponéis muy tontos con las hermanas.

—Ella quiere ayudarme a buscarla, Eneko.

—Pues yo también me apunto. A mí no me dejéis fuera, que no solo estoy más aburrido que una ostra, sino que necesito sentirme útil.

—Eres el mejor hacker que conozco, no digas eso.

—Ya tío, pero tengo la sensación de que os busqué la ruina a todos.

—No digas eso, ya lo hemos hablado. ¿Quieres ayudarme a buscarla? Genial... Pero prepárate porque yo no pienso volver hasta encontrarla, ¡nos largamos mañana mismo!

—¿A Colliure?

—Eso mismo, salimos a primera hora.

—Pues procura que primero se nos pase el pedal que hemos cogido, porque no veas si llevamos copas.

Las llevábamos, lo cual no obstaculizó que yo fuera pensando hacia mi casa. Me la imaginaba en aquel lugar, no sabía qué estaría haciendo, pero me enteraría. Todo era muy raro y yo daría con la causa de que no hubiera pistas de ella.

—¿A Colliure?

—Eso mismo, salimos a primera hora.

—Pues procura que primero se nos pase el pedal que hemos cogido, porque no veas si llevamos copas.

Las llevábamos, lo cual no obstaculizó que yo fuera pensando hacia mi casa. Me la imaginaba en aquel lugar, no sabía qué estaría haciendo, pero me enteraría. Todo era muy raro y yo daría con la causa de que no hubiera pistas de ella.

Capítulo 5



Llamé a la puerta de Aroa a primera hora.

—Alguien necesita un café, pasa—me comentó.

—Supongo que tendrás que ir al estudio, ¿no? No quiero entretenerte.

—Estás de suerte. El mes de julio siempre me lo tomo de vacaciones y acaba de comenzar. Tengo tiempo para dedicarte.

—Te debe ir muy bien para poder hacer eso.

—No me quejo en absoluto. El resto del año tengo la agenda al completo, así que necesito desconectar y cargar pilas. Por eso te dije que podría ayudarte a tope.

—Primero tendrías que dormir un poco. Se te nota que nos han enganchado el sueño en toda la noche.

—¿Y me lo dices tú? La cafetera entera deberías tomarte, hermanito.

—“Hermanito”, cuánto tiempo sin escuchar que me lo dijeras.

—Y con el mismo retintín de siempre, que conste.

—Sí, cada vez que venías con esa palabra en la boca, ya sabía que me pedirías algo.

—Claro, que nos cubrieras a Maia y a mí en cualquier cosa. Aunque reconoce que yo también os cubrí con vuestro noviazgo.

—No debí ser tan cauto, aunque sabes que lo hice por ella, para no crearle más problemas.

—Bastantes tuvo con Berta, esa bruja de su madrastra continuó haciéndole la vida imposible tras tu marcha. Creo que todo le pesó demasiado.

—Tengo una posible pista de ella que la sitúa en Colliure, ¿tú sabes si Maia se cambió el orden de los apellidos?

—Me habló de eso, sí. Comenzó a detestar a su padre porque no le daba su lugar, todas las atenciones eran para Berta. Y sí, seguro que llegó a hacerlo, aunque ya ni me lo contara porque se apartó de mí por completo.

—¿Tampoco la veías en las clases de ballet?

—Ojalá hubiera seguido yendo, ¿sabes lo que hizo la última vez que la vi por allí?

—Ni idea.

—Me trajo las zapatillas que le habías regalado.

Los ojos se me llenaron de lágrimas al escucharlo. Fue mucho el amor con el que se las compré y con el que ella las recibió. El mismo que debió convertirse en dolor para que Maia actuase así.

—¿Y tú las cogiste?

—Me dijo que, si no, las dejaría en la puerta para que las cogiera otra chica. Aunque tenemos el mismo número de pie, te prometo que no las usé. Las tengo guardadas. Si quieres, te las doy.

—No, haremos una cosa: se las darás a ella cuando la traigamos de vuelta.

—¿Y quién te dice que ella querrá volver con nosotros, Iván? Llevo toda la noche dándole vueltas. Puede que quizás la encontremos, pero no sabemos en qué estado ni qué pasará por su cabeza. Igual no quiere saber de nosotros.

—Me da igual, yo la convenceré—le aseguré mientras la abrazaba.

—Ok, pues yo iré contigo.

—Dirás con nosotros. Eneko también se viene.

—¿Eneko se viene? ¿Y eso?

—Te ha hecho gracia la idea, granujilla, ¿por qué?

—Porque puede, y solo puede, que a mí me gustase un poquitín en su día. Pero solo un poquito, ¿eh?

—Un poquitín así de grande por lo que veo en tus ojos, ¿no? —abrí mucho los brazos—. Nunca me dijiste nada.

—Pues claro que no, ¡era tu amigo! Y no te hubiera gustado.

—A mí me cabían en la cabeza más cosas de las que pensabais. Maia logró que fuera así, ella me cambió el chip.

—Bueno, de eso hace ya mogollón de tiempo. Ahora lo importante es que ¡vamos al lío! ¿Iremos en tu coche?

—Sí, claro. Y considéralas unas vacaciones a gastos pagados.

—Eso suena bien. Me llevaré la guitarra, amenazo con seguir tocándola.

—Guauuuuuu... No sabes cuántas veces lo he echado de menos.

—Pero si me decías que en lugar de tocarla la aporreaba.

—Todo por hacerte rabiar. En estos años hubiera dado lo que no tenía por escucharte...

—Por escucharme tocarla mientras Maia cantaba, ¿no es eso? Siempre te quedabas como hipnotizado por su voz.

²—Venga, vamos a dejarlo—le comenté porque me ponía muy tonto.

Nos iríamos esa misma tarde. Pasé por casa de mis padres para contarles y mi madre se puso muy contenta.

—No vuelvas sin ella, hijo, siempre supe que sería una mujer para ti. Todavía era una niña, pero yo lo sabía.

—Gracias, mamá. Te llamaré todos los días.

—No lo hagas, Iván, y tendrás que volver a meterte en el agujero en el que has estado todos estos años para librarte de la que te liaré.

—No, ya no quiero estar metido en ningún agujero—le di un beso—. Pues eso. Os llamaré todos los días.

Me sentía emocionado. Nadie decía que iba a tratarse de una búsqueda fácil, pero sí de que pondría todo mi corazón en ella. Sin duda alguna que lo haría. El recuerdo de Maia lo era todo para mí y esa fuerza que me empujaba como un resorte y que me obligaría a seguir su rastro allí donde estuviera.

Procuraba quedarme con su imagen fresca y juvenil, con esa imagen que tenía grabada en la mente y que no se me caía del pensamiento nunca. Cada uno de los días que pasé en Berlín a las órdenes de aquel tirano, trabajando para él, recordar su cara fue lo que me salvó, lo que hizo que no cayera en una profunda depresión. El retrato de ambos ese que llevé conmigo siempre, me ayudó en los peores momentos.

En él se apreciaba claramente su mirada de amor, la mirada de una niña que me amó hasta la saciedad lo mismo que yo la amé a ella.

Rencontrarme con Maia se había convertido en el propósito de mi vida y, a partir de ahí, no me quedaba más que actuar en consecuencia.

Preparé todo para nuestro viaje. El dinero no era ningún problema y tiempo teníamos todo el del mundo, al menos Eneko y yo. En cuanto a Aroa, también contaba con unas cuantas semanas por delante que compartir con nosotros. Me hacía mucha ilusión porque la eché cantidad de menos y porque era inevitable que me recordase mucho a Maia.

En él se apreciaba claramente su mirada de amor, la mirada de una niña que me amó hasta la saciedad lo mismo que yo la amé a ella.

Rencontrarme con Maia se había convertido en el propósito de mi vida y, a partir de ahí, no me quedaba más que actuar en consecuencia.

Preparé todo para nuestro viaje. El dinero no era ningún problema y tiempo teníamos todo el del mundo, al menos Eneko y yo. En cuanto a Aroa, también contaba con unas cuantas semanas por delante que compartir con nosotros. Me hacía mucha ilusión porque la eché cantidad de menos y porque era inevitable que me recordase mucho a Maia.

Capítulo 6



Por la tarde los recogí a los dos. Primero a mi hermana, quien venía con su característico pelo rosa y rizado cogido en una coleta.

—Al final te saliste con la tuya—le comenté mirándole el pelo.

—¿Y cuándo no me he salido yo con la mía, hermanito?

—Creo que siempre, eras la más lista de los dos. Yo me enfrentaba a nuestros padres para abrir camino y lo lograba. Tú no solo te lo encontrabas abierto, sino que a la chita callando, terminabas haciendo todo lo que te daba la gana.

—Pues la fama de inteligente la tenías tú, con eso de que te sacaste tu Ingeniería Informática incluso antes de la edad que te correspondía.

—¿No me digas? Pues para mí que la listilla eres tú, guapísima—le desaté la lazada que llevaba en su diadema de cuadros *vintage*. Qué imagen más simpática tenía.

A continuación fuimos a recoger a Eneko, quien ya nos esperaba con su mochila.

—Míralo, anda que no han pasado años—se echó ella abajo del coche para ir a darle un achuchón.

Él también la abrazó muy contento. Y juntos se subieron al coche, ella de nuevo en el asiento del copiloto y él detrás.

—Estás fantástica con tu pelo rosa, Aroa—le comentó.

—Pues tú tampoco estás nada mal con esas canitas que te han salido así salpicadas, molan.

—¿Tú crees? Me fastidian un poco, no creas. Estaba pensando en hacerme algo en el pelo.

—¿Teñírtelo de rosa como yo, quizás?

—No, me parece que ese look tan cándido lo dejo para ti. Yo quizás me haga unas mechas o...

—¡Ni se te ocurra! Que estás de lo más interesante—le cortó ella el rollo.

—Anda, pues nada... Ni se me ocurre, ya está todo hablado.

—Mejor le haces caso, que es una pequeña guerrillera. ¿Te dije que se hizo tatuadora como quería?

—¿No me digas?

—Pues claro que lo soy, la mejor. ¿Cuándo os vais a tatuar vosotros? No me digáis que sois vírgenes.

—En eso me temo que sí. Y en el resto no, aunque tampoco es que me acuerde mucho, la verdad. Los últimos tiempos en Berlín fueron de mucha tensión. Ya contábamos los meses para volver, qué agonía—resopló.

—No puedo imaginarme lo que os ha debido costar eso—comentó ella.

a

—Me cuesta mucho más no saber de Maia, la verdad. Lo pasado, pasado está—le comenté.

—Venga, fuera penas, que la vamos a encontrar, ¡y seguro que está bien!

—Me inquieta mucho todo lo que me contaste de ella. Espero que con el tiempo aprendiese a cuidarse, ojalá que sí—entrecerré los ojos.

—Maia es inteligente y estará bien. Cualquiera puede pifiarla en un momento de su vida, que os lo digan a vosotros... Pero aquí estáis, ¡y ahora vamos a cantar!

Aroa siempre fue muy mandona. Mientras lo decía, yo solo podía pensar en el verde de los ojos de Maia, ese que hacía juego con el paisaje, como siempre lo comparé.

Había una canción que a mi hermana le encantaba desde pequeña, una que cantaba desde niña y que yo no había vuelto a escuchar desde que me marché a Berlín, porque la morriña me podía.

Supe que comenzaría a cantarla incluso antes de que abriera su cantarín pico. Ella no cantaba tan bien como Maia pero le fascinaba dar la nota, como siempre decía.

“Llenamos el caldero de risas y

Salero

Con trajes de caricias

Rellenamos el ropero

*Hicimos el aliño de sueños y
De niños.
Pintamos en el cielo la
bandera del cariño...”*

Yo comencé a cantarla con ella y Eneko hizo lo mismo. Todo nos suponía una vuelta a la vida.

Cuando terminó de cantar, ella volvió al tema de los tatuajes, no parecía dispuesta en absoluto a dejarlo a un lado.

—Pues ya podéis ir pensando en qué queréis que os tatúe, porque no tenéis escapatoria.

—Para mí que nos quiere dar un sablazo, Eneko. Pretende hacer su agosto con nosotros...

—Eso mismo creo yo—me decía él riendo.

—Qué tontos sois los dos, ¿no? Serán regalo de la casa. No os pienso coger ni un euro, que os veo muy subiditos ahora que venís en plan ricos.

—Lo nuestro nos ha costado, hermana. Así que gratis... Sí que tienes interés, sí.

—Gratis el primero, ya después hablaremos. Porque resulta que esto de los tatuajes crea adicción, que lo sepáis.

—Yo tengo muy claro que solo me voy a hacer uno, pero me lo haré—le comenté.

—Diga melón. Soy toda oídos... ¿qué te vas a tatuar?

—Me haré uno a juego con Maia. Esa era su ilusión. Cuando me fui, me comentó que ya lo diseñaría, que me lo enseñaría a mi vuelta—recordé y me salió un hondo suspiro.

—Dibuja de miedo. Ojalá haya seguido haciéndolo. Me costó mucho comenzar la carrera sin ella, pero lo hice. Estoy segura de que no habrá olvidado esa promesa. Y hasta que tiene el boceto en alguna parte. Igual también se ha hecho tatuadora, porque le hacía mucha ilusión. Nuestra idea era abrir el estudio juntas. Ojalá que todo le haya ido bien...

, No podía cerrar los ojos en ese momento para verla porque iba conduciendo, así que no hay nada más que explicar. Pero sí que me apetecía porque desde hacía años era la única manera de que pudiera apreciar sus facciones como eran.

Con los ojos abiertos, me costaba verla, así como si los años hubieran difuminado sus rasgos para mí.

Me sucedía lo mismo con su voz. A veces no lograba recordar su tono. Entonces cerraba los ojos y me llegaba cor

nitidez. También me ayudaba que me quedaron audios suyos grabados en mi móvil, así como vídeos. Cientos, miles de veces los reproduje durante aquellos años.

La nostalgia me invadía y a Eneko también, porque no seríamos hermanos de sangre, pero nos hermanamos en la desgracia. Y Aroa suponía una especie de soplo de aire fresco que nos recordaba que la vida merecía la pena ser vivida.

De hecho, él cada vez se animaba más a gastar bromas y demás, en cuestión de solo un rato. El Eneko apagado estaba resurgiendo de sus cenizas, y viendo yo sus bromas cómplices, me imaginaba haciendo lo mismo con Maía

nitidez. También me ayudaba que me quedaron audios suyos grabados en mi móvil, así como vídeos. Cientos, miles de veces los reproduje durante aquellos años.

La nostalgia me invadía y a Eneko también, porque no seríamos hermanos de sangre, pero nos hermanamos en la desgracia. Y Aroa suponía una especie de soplo de aire fresco que nos recordaba que la vida merecía la pena ser vivida.

De hecho, él cada vez se animaba más a gastarle bromas y demás, en cuestión de solo un rato. El Eneko apagado estaba resurgiendo de sus cenizas, y viendo yo sus bromas cómplices, me imaginaba haciendo lo mismo con Maia.

Capítulo 7



Llegamos a Colliure un buen puñado de horas después. Paramos varias veces por el camino, además, por lo que yo era noche cerrada.

Yo nunca había estado en aquel precioso pueblecito de la costa francesa, pero nada más llegar pensé en que podría ser muy del gusto de mi chica, quien aspiraba a vivir en un lugar así. Siempre lo tuvo en mente y era muy obstinada.

Maia, pese a ser muy jovencita cuando estuvimos juntos, ya tenía cosas muy claras. Y una de ellas era que el sur del país vecino hechizaba. Ella hablaba de la seducción de su hechizo, y eso que no lo había pisado demasiado.

Por lo que fuera, quizás porque en el fondo aspiraba a no alejarse demasiado de sus raíces, tenía fijación con él.

Ya digo que era bien de noche cuando llegamos a ese lugar que me atrapó mentalmente y de manera irremediable

—A mí también me encanta—me comentó Aroa mientras bajábamos las maletas del 4x4, decididos a entrar en el precioso hotelito con vistas al mar en el que habíamos reservado habitación.

Quizás fuese el Mediterráneo, que traía olor a mar, o lo mismo su precioso puerto... Todo seducía en un lugar en el que nos encontramos maravillados.

Y si a eso le sumábamos la posibilidad de que Maia estuviese allí, lo tenía todo.

El ambiente del hotel era realmente encantador. Después de haber vivido durante años la frialdad de un entorno dirigido por un mafioso, cosas así adquirirían un mayor valor. Eso era incuestionable.

Entramos en él y nos entregaron las llaves de nuestras habitaciones, un total de tres. Estábamos reventados y tan solo queríamos darnos una ducha y descansar.

Esa noche logré dormir bien. Era como si mi cuerpo hubiese entendido que solo podría dedicarme a buscarla, poniendo el alma y la vida en ello, sí lograba un sueño reparador.

En las ocasiones en las que dormía de un modo más profundo, soñaba con Maia. También podía ocurrirme en otr

tipo de noches, pero en esas a las que aludo era seguro.

El sueño me resultó muy real. Ella estaba tumbada en la playa y yo me acercaba desde atrás. Llevaba los mismos años sin verla que en la realidad y, sin embargo, me miraba sin el menor atisbo de asombro.

—Ya estás aquí, te estaba esperando—me comentó mientras yo le retiraba mechones de cabello de su frente.

—Claro que sí, mi amor, ¿desde cuándo me estabas esperando?

a —Desde el día en que te fuiste, yo no me he movido de esta playa—me contestó.

—¿Nunca te has movido de aquí?

a

—Nunca...

En esas me desperté y eché mano de una botella de agua fría en el mini bar.

Logré volver a enganchar el sueño y ya por fin no soñé nada más, logrando no abrir los ojos hasta por la mañana. Eneko tocó mi puerta, de hecho, y yo seguía dormido.

—¿Se te han pegado las sábanas, Iván? Aroa y yo tenemos hambre—me comentó.

—Ya bajo, enseguida voy.

—Venga, ¡que hoy puede ser un gran día!

Empezaba la búsqueda con mucha expectación, aunque miento si no digo que también con algo de miedo. Si no lograba encontrarla, si Maia había desaparecido para siempre, mi vida carecería de sentido.

Me despecaré y procuré no pensar para nada en eso. No podía permitirme pensamientos de ese tipo, así que me lavé la cara con agua fría y bajé a la coqueta terraza del hotel.

—Las vistas son alucinantes, por eso muchos artistas de principios del siglo pasado se enamoraron de este lugar—me comentó Aroa, a quien todo lo que tuviera que ver con el arte le flipaba mucho—. Por ejemplo, Antonio Machado estableció aquí su cuartel general después de la guerra.

Yo la escuchaba, porque ella siempre daba muchos datos de todos los lugares que visitábamos. Desde niña nos llamó la atención a todos su habilidad en ese sentido, pero en realidad obtenía una visión general del lugar y me preguntaba dónde podría estar exactamente Maia, si seguiría allí, a qué se dedicaría...

, A pesar de que estábamos en verano, y al ser zona turística la población del pueblecito se duplicaba, allí no vivían

más de 3000 personas el resto del año, por lo que estábamos en el típico lugar en el que como se suele decir “todos se conocen”.

Por esa razón, en cuanto desayunamos salimos en búsqueda de lugareños que pudieran darnos alguna referencia sobre ella. Comenzamos por la zona del puerto, que nos ofrecía una fantástica imagen del Mediterráneo, como si se tratase de una postal.

El puerto conservaba su esencia medieval y era digno de ver, igual que el faro, al que se llega a través de un pasaj de piedra. Aroa no se resistió a llegar hasta él y mientras, por supuesto, fuimos tratando de recabar información sobre Maia, de momento sin suerte.

La panorámica del faro era magnífica y bien podría imaginármela allí, pintando como tanto le gustaba, reflejando en el lienzo el conjunto de maravillosas casas renacentistas que bordean el puerto, así como la playa.

El rojizo de sus techos y el colorido de sus fachadas con sus contraventanas de madera nos dejaron a todos con la baba caída, y más sabiendo que ese podía ser un lugar en el que Maia se hubiera mimetizado con el ambiente, siendo de lo más feliz.

Ningún rastro encontramos de ella en el resto del paseo y entonces nos dirigimos al laberinto de callejuelas que antaño formaban el entramado de las casas de los pescadores. Hoy en día, apenas cumplen esa función y la mayoría se han transformado en llamativas galerías de arte o bien en hoteles de esos con mucho encanto, sin renunciar para nada a su antigua arquitectura, que le proporcionaba el más extraordinario de los sabores a aquel pueblo en el que tenía puestas todas mis esperanzas.

—Para mí que no debió vivir aquí, sino que estaría de paso o algo parecido—me comentó Aroa.

—Yo estoy de acuerdo, amigo. Alguien la conocería—añadió Eneko.

—Además, que ella no tenía una cara precisamente convencional. Llamaba la atención, Maia la llamaba, y eso que ya te digo que las últimas veces que me la encontré no estaba en su mejor momento. Pero aun así—recordaba Aroa.

—Quizás debiéramos ir al centro de salud en el que la atendieron. En última instancia, puede que sea allí donde encontremos una pista. Podría ser, ¿no? —les pregunté esperanzado porque necesitaba agarrarme a algo.

—Pues sí, pero primero tenemos que cargar pilas, ¿o es que pensáis ponerme a dieta en este viaje? Que yo estoy en la línea—se quejó Aroa en broma.

Tanto ella como Eneko no hacían más que tratar de subirme el ánimo, algo que era muy de agradecer. Yo no podía evitar el miedo que estaba sintiendo desde que ella me dio noticias sobre Maia, unas noticias que me desquiciaron por completo.

Apenas tenía apetito, si bien era conocedor de que tenía que cuidarme y comer, incluso más que nunca.

Se daba la circunstancia que durante todo el tiempo que permanecimos viviendo en Alemania, bajo la amenaza de Herman Wagner, nunca llegué a sentir miedo por mi vida. Quizás fuese inconsciencia, no lo voy a negar. Claro que no. O quizás fuesen mis increíbles ganas de encontrarla, que esas no podía yo esconderlas, pues se convirtieron en mi razón de vivir en todos aquellos complicados años.

e

Me gustaba ver la forma en la que Eneko miraba a mi hermana. Desde que se habían reencontrado, la chispa saltó entre ellos. Me imagino que mi amigo, que vivió igual que yo una circunstancia así, no quería dejar pasar ni una oportunidad más en su vida para ser feliz.

Yo lo entendía muy bien, porque cada día que pasaba sin Maia se me representaba como un día perdido en mi vida. Y no solo eso: sino como una agonía.

De todas formas, tenía el palpito de que ella no estaba muy lejos, aunque sí el miedo de que la vida, en cierto modo, la hubiese apartado de mí. Que pudiese encontrarla, pero que me rechazase.

Por otra parte, estaba lo de ese sueño tan real que había tenido con ella y que me llevaba a pensar que eso no era así, sino que ella me estaba esperando, que siempre me estuvo esperando.

Aroa se mostraba muy pendiente de mí. Pese a que seguía teniendo ese aire de loquilla que siempre la caracterizó, también me daba la sensación de que los años la habían hecho madurar, ¡y mucho!

Mi hermana ya no era esa niña que fue un día. Por lo que yo me di cuenta a consecuencia de lo que me contaron mis padres, concluí que ella se había convertido en su soporte durante unos años de incertidumbre que para ellos debieron ser absolutamente terribles.

eLa sensación de culpa la tuve todo el tiempo y de esa no me podía librar con tanta facilidad. Serían mis actos futuros, el compensar a mi familia y, sobre todo, el encontrar a Maia y regalarle todos esos besos que durante años no pude darle lo que me llevaría a la redención, una redención que necesitaba para poder vivir una vida con ella en paz, una vida nueva y distinta, una vida que nos condujese a poder compartir todo aquello que un día quedó en suspenso por una mala decisión.

Eneko me miraba y nos entendíamos sin decir una sola palabra. Habíamos desarrollado esa habilidad durante años, compartiendo ambos la misma mala suerte, conscientes de que el destino del uno estaba irremediablemente unido al del otro.

aNo hay que perder de vista que mi querido amigo fue quien me ofreció la posibilidad de trasladarnos a Alemania. Y eso le pesaba como una pesada mochila, algo que no podía evitar.

A mí me animaba verlos juntos, cómplices y gastándose bromas. Por momento que pasaba sentían ambos más confianza y eso me llenaba de una tremenda alegría.

No solo Aroa era mi hermana. A Eneko también le sentía como tal. En ningún momento durante nuestra estancia en Berlín dejamos de cuidarnos mutuamente, como dos soldados en el campo de batalla, como dos personas que saben que es necesario cubrirse la espalda porque el enemigo acechaba continuamente.

Solo esperaba que Maia estuviese bien, que ella no hubiera tenido que pasar por ninguna circunstancia tan desagradable, que a la niña de mis ojos no le hubieran hecho daño porque entonces me volvería loco.

En cierto modo, ya sentía que me estaba volviendo. Siempre intuí que a la vuelta me encontraría algo extraño respecto a ella, por el simple hecho de que ni Eneko ni yo fuimos capaces de encontrar sus datos actuales a través de la Red, pero lo que nunca imaginé fue sentir tal zozobra al escuchar las palabras de mi hermana.

Aroa también me leía el pensamiento con solo mirarme. El nuestro era un pacto que llevaríamos hasta las últimas consecuencias para encontrar a Maia, aunque yo tenía muy claro que, si las cosas se ponían feas, yo y solo yo debería ser quien se jugara el pellejo por ella.

Ya cargaba con demasiadas culpas y no podría soportar que ni a mi querido amigo ni a mi adorada hermana les pasara algo malo. Al menos ellos debían ser felices, aunque yo me dejaría igualmente la piel por serlo con Maia, por recuperar con ella esa maravillosa historia de amor a la que nunca le pusimos el punto final. Ni siquiera se lo pusimos aparte. Quedó en suspenso durante el poco tiempo que yo debía marcharme y el cual maldecía porque se convirtió en mucho, en tanto que llegué a perder a la niña de mi vida. Y no pararía hasta recuperarla.

A mí me animaba verlos juntos, cómplices y gastándose bromas. Por momento que pasaba sentían ambos más confianza y eso me llenaba de una tremenda alegría.

No solo Aroa era mi hermana. A Eneko también le sentía como tal. En ningún momento durante nuestra estancia en Berlín dejamos de cuidarnos mutuamente, como dos soldados en el campo de batalla, como dos personas que saben que es necesario cubrirse la espalda porque el enemigo acechaba continuamente.

Solo esperaba que Maia estuviese bien, que ella no hubiera tenido que pasar por ninguna circunstancia tan desagradable, que a la niña de mis ojos no le hubieran hecho daño porque entonces me volvería loco.

En cierto modo, ya sentía que me estaba volviendo. Siempre intuí que a la vuelta me encontraría algo extraño respecto a ella, por el simple hecho de que ni Eneko ni yo fuimos capaces de encontrar sus datos actuales a través de la Red, pero lo que nunca imaginé fue sentir tal zozobra al escuchar las palabras de mi hermana.

Aroa también me leía el pensamiento con solo mirarme. El nuestro era un pacto que llevaríamos hasta las últimas consecuencias para encontrar a Maia, aunque yo tenía muy claro que, si las cosas se ponían feas, yo y solo yo debería ser quien se jugara el pellejo por ella.

Ya cargaba con demasiadas culpas y no podría soportar que ni a mi querido amigo ni a mi adorada hermana les pasara algo malo. Al menos ellos debían ser felices, aunque yo me dejaría igualmente la piel por serlo con Maia, por recuperar con ella esa maravillosa historia de amor a la que nunca le pusimos el punto final. Ni siquiera se lo pusimos aparte. Quedó en suspenso durante el poco tiempo que yo debía marcharme y el cual maldecía porque se convirtió en mucho, en tanto que llegué a perder a la niña de mi vida. Y no pararía hasta recuperarla.

Capítulo 8



Unas horas después, tras cruzarnos con cantidad de personas y ninguna de ellas reconocer la foto de Maia, nos sentamos a almorzar.

De nuevo debíamos cargar pilas y todos intercambiábamos opiniones.

—Al centro de salud. Iremos al centro de salud en cuanto almorcemos—me comentaba mi hermana, quien comía ya a dos carrillos.

Me encantaba verla así, tan animada y llena de vida. Solo esperaba que encontrásemos a Maia de la misma manera.

—Ella tiene razón, tío. Puede que demos con una pista allí.

—Hace mucho tiempo, pero comienza a ser nuestra última esperanza.

—Sí, sí, pero come hermanito, que a Maia no le gustará encontrarte en los huesos.

—No lo estoy, no seas mala, aunque reconozco que en estos días he de hacer un esfuerzo para comer porque tengo los nervios metidos en el estómago.

—Si ya lo sé. Y que estás muy bueno también, lo mismo que este—señaló a Eneko, a quien de momento le brillaron los ojos.

—¿Te refieres a mí? —le preguntó con la sonrisita tonta que no le había visto en todos aquellos años.

—¿Ves a algún tío bueno más por aquí? —le preguntó ella.

—Bueno, yo de tíos no entiendo demasiado, pero diría que ese chaval de allí atrás no está mal—disimuló él.

—Y tienes razón—le contestó ella y se le desdibujó la sonrisa a mi amigo—. Lo que sucede es que ese juega en otra liga.

—¿Es futbolista? —le preguntó él que, mirándola, estaba embobado y no parecía enterarse de nada.

—Pues igual también, qué se yo, aunque me refería a que ese chaval tiene pinta de que le gustes tú mucho más que yo.

—Joder, pues ni cuenta me había dado—prosiguió él mirándola con el mismo ensimismamiento. Era muy bonito verles así.

Pedimos un pescado a la brasa que estaba sensacional y hasta me fijé en cómo mi amigo seleccionaba las mejores partes para servírselas a ella en el plato.

—No me mires así, ¿es que acaso te están entrando celos? —me preguntó bromeando.

—No, capullo, te miro para decirte que más te vale seguir así, porque de lo contrario te las verás conmigo.

Llevábamos nada y menos de viaje, pero es que ya se sabe que algunas historias de amor se cuecen a fuego lento y otras se extienden rápido como la pólvora. Y para mí que a aquellos dos les pasaría eso.

De hecho, no solo compartieron el postre como señal inequívoca de que algo estaba sucediendo, sino que salieron del coqueto restaurante con vistas al mar de la mano.

Yo iba detrás y pude observar bien la maniobra. Como quien no quiere la cosa, los dos fueron acercando las puntas de sus dedos a las del otro y en un periquete ese roce llegó a un apretón. Y así siguieron andando mientras yo los contemplaba tan contento y les dejaba su espacio.

Llegamos al centro de salud, que más bien podría calificarse de pequeña clínica, y allí nos encontramos con el primer hándicap. El chico que nos atendió era bastante sieso, por decirlo de alguna manera, y cuando tomó conciencia de que ninguno de los tres éramos familiares de la persona a la que estábamos buscando nos envió a paseo, sin más.

—Pero eso no puede ser—se quejó mi hermana.

—Lo que no puede ser es que me vengan ustedes a dar la lata, con el calor que hace, a preguntar por una persona que pasó por aquí hace la tira de años y encima a estas horas.

—Sí, que estabas tú por echarte una siestecita—me quejé y fue peor, por mucho que la impertinencia que le solté fuera cierta.

—¡A la calle que se van! ¡Con viento fresco!

No teníamos ninguna dificultad para entendernos con aquellas gentes porque los tres dominábamos el francés, aunque ganas me dieron de mandarle a la mismísima mierda en ese idioma o en alemán (el cual aprendimos también a la fuerza durante nuestras “largas vacaciones” en Berlín) o hasta en lenguas muertas si hubiera sido necesario.

Se armó tal revuelo que en ese momento salió de su consulta el único médico que debía estar en el centro en ese momento, junto con el enfermero. Para mí que entre ellos conformaban la plantilla.

—¿Se puede saber a qué viene este revuelo? ¡¡Esto es un centro de salud!! —señaló el hombre, que debía estar a punto de la jubilación.

—Estos tres, Simon, que se han creído que esto es una verbena para venir a buscar aquí a una amiguita suya que estuvo hace cantidad de años... Como si a nosotros no nos sobrase el trabajo.

Me dieron ganas de aplaudirle la cara porque en ese momento no había ni un alma allí, esa era la verdad. Pero si te topas en la vida con una persona insensible, y era el caso, te pudrirá la sangre, porque irremediablemente te demostrará esa insensibilidad que tanto te dolerá, unida, en el caso de aquel idiota, a una manifiesta ineptitud que me sacó de quicio.

—Esa chica es como mi hermana—salió al paso Aroa con voz firme—, y para mi hermano es...

—La mujer de mi vida. Su nombre es Simon, ¿verdad? —me dirigí a él—. Por favor, si tiene unos minutos le rogaría que nos atendiese. Llevo años esperando encontrarla y siento que cada vez estoy más cerca. No sé si usted habrá amado alguna vez como yo la amo a ella, pero si es así, se lo ruego... Por favor, dedíquenos esos minutos.

—Mi esposa murió hace dos años y siempre fue la única. Entren por favor—nos indicó él que pasáramos.

Lo hicimos a su despacho y tomamos asiento.

—Sabemos que es una locura, pero es la única pista que tenemos de Maia en todos estos años. La sitúa aquí, en este lugar y en esta fecha—se la enseñé porque la llevaba apuntada en mi móvil—. Sé que usted habrá visto a muchos pacientes en estos años, pero le voy a enseñar su foto. Nunca se sabe. Ella llegó policontusionada y con una fractura en el brazo, alegó que se había caído.

—¿Y cómo saben ustedes todo eso si no tienen contacto con ella desde hace mucho?

—Por favor, dejémoslo en que hemos tenido acceso a esa información. Pensamos que ella podía estar mal en aquel momento y no sabemos dónde ni cómo estará hoy. Necesitamos encontrarla. En concreto yo lo necesito para poder seguir viviendo. Usted es doctor y estoy seguro de que el juramento ese que hacen incluye ayudar a un moribundo... Si yo no encuentro a Maia lo seré, le doy mi palabra.

Noté que cuanto le dije le hizo mella. Se tomó unos momentos para suspirar y entonces Aroa sorbió por la nariz porque las lágrimas acudieron a sus ojos al escucharme decirlo.

—¿Tienen una foto de ella? —nos pidió a continuación.

—Por supuesto. Miles si las quiere.

—Supongo que con una me será suficiente—se aclaró la voz.

—Este es un primer plano—se lo enseñé. Era una de esas fotos en las que la persona parece viva, como si se fuera a salir de ella. La mirada de Maia reflejaba una preciosa sonrisa un día de playa tras salir del agua, con el cabello mojado y los ojos resplandecientes.

—Recuerdo esos ojos, los recuerdo—nos comentó el hombre y todos mis vellos se pusieron de punta.

e

—¿Puede recordarlos? Son los ojos verdes más bonitos del mundo. No le quepa la menor duda.

—Es cierto que lo eran, aunque ya le digo yo que cuando vi a esa chica no le brillaban como en la foto.

—¿Es posible que lo recuerde con tanta nitidez, doctor? —le preguntó un asombrado Eneko.

—Sí, puede que no recuerde lo que desayuné esta mañana, pero siempre me quedé bien con los rasgos de las personas. Y esta chica me llamó la atención por varios motivos. Empezando por esos bonitos, pero tristes ojos...

—¿Qué más recuerda? Por favor, haga memoria, se lo ruego—le pedí.

—Recuerdo que no me creí ni una sola de las palabras que me dijo. Alegó haber sufrido una caída que no era tal. Detecté el miedo en sus ojos desde el mismo momento en el que entró en esta consulta, si bien conforme se fue dando cuenta de que no daba crédito a su relato, comenzó a ponerse más y más nerviosa. A duras penas pudimos escayolarle el brazo. Ni siquiera esperó a que le recetase los calmantes y demás.

—Creemos que pidió el alta voluntaria o algo así interpretamos—carraspeé porque nosotros no debíamos poseer tal información.

—Ya, ya... Bueno, lo del alta voluntaria es una manera de expresar que salió a la carrera sin tratamiento y sin nada. Creo que temió que yo llamase a la Policía.

a

—No se cayó, ¿verdad? Maia no se cayó—me lamenté.

—Estoy seguro de que no. Esa chica recibió una llamada y se puso mucho más nerviosa. Hablaba casi en murmullos, pero yo oía su miedo. Era total. Estoy tratando de hacer memoria, pero no caigo en nada más. Lo

siento mucho.

—Nos está ayudando todo lo que puede. Es más de lo que yo hubiera podido soñar. Se lo agradezco de corazón—le comenté.

—No es nada. Me gustaría poderles ayudar más. Déjenme un teléfono, nunca se sabe.

—Claro, tome el mío—le pedí.

—Solo una pregunta, joven, ¿por qué no la buscó antes? Es decir, si tanto la quiere... Han pasado muchos años.

—Porque estuve preso, por eso.

—¿Cometió un delito? Nunca lo hubiera dicho por su aspecto.

—Cometí el delito de dejarla sola, doctor. Por favor, ¿hará memoria? Cualquier dato, por insignificante que le pueda parecer, quizás sea clave para encontrarla.

—Sí. Les deseo toda la suerte del mundo en su búsqueda.

—Y nosotros se lo agradecemos mucho.

Salí a la calle y Eneko me sujetó. Mi amigo me conocía bien y detectó la rabia en mis ojos. Si me hubiese dejado hacer, me habría partido los nudillos contra la puerta de salida, la cual hubiese abollado también.

—Ya, ya, ya, ¡quieto! La vamos a encontrar, palabra. Te lo debo, tío, te prometo que la vamos a encontrar—me decía Eneko.

—Y yo también te lo prometo, hermano. No pararemos hasta dar con ella. Por nosotros no quedará—prosiguió Aroa.

—Es que ya lo habéis escuchado. No se cayó, ella no se cayó, ¿quién cojones le hizo eso? Lo mato, es que lo mato—amenacé.

—Te tienes que calmar o le estarás haciendo un flaco favor a Maia. Puede que estuviese huyendo y, en su huida, alguien le hiciera daño. Es cierto. Pero seguro que se las ingenió para liberarse. Tú lo sabes igual que yo. Maia es una chica muy inteligente, mucho—me recordaba Aroa.

—Lo sé, cariño, lo sé. Pero siento un miedo atroz ante la posibilidad de que no lo lograra. ¿Por qué no ha vuelto a dar la cara? ¿Por qué no sabemos nada más de ella? No me neguéis que es raro porque lo es y de cojones.

—Ya, Iván. No conjetures. Vamos por pasos. Hoy hemos dado el primero y estoy segura de que vendrán muchos más.

—Oye a Aroa. Nuestro único fin será el de encontrarla. Vamos a consagrar nuestra vida a ello.... Ya lo verás.

Me senté en los escalones que conducían al interior de la clínica. Vimos que Simon, el doctor, apartaba las cortinas de su consulta para ver qué estaba pasando allí fuera.

No había pacientes y traté de calmarme. Todos ellos tenían razón... La tenían y yo debía serenarme. Así me lo pidió ese hombre desde el interior de su consulta. Su gesto bonachón me indicaba que haría todo lo posible por ayudarme. Se notaba que deseaba hacerlo y ojalá que fuese así. Algo me decía en su gesto que nos serviría de gran ayuda. De hecho, ya lo había sido, aunque la información que nos dio hiciera que me entraran ganas de morirme e incluso más de matar... De matar a aquel que le hubiese hecho daño a la niña de mi vida, a un ser de luz como era Maia, a la criatura con los ojos verdes más intensos que hubiese nacido.

—Ya, Iván. No conjetures. Vamos por pasos. Hoy hemos dado el primero y estoy segura de que vendrán muchos más.

—Oye a Aroa. Nuestro único fin será el de encontrarla. Vamos a consagrar nuestra vida a ello.... Ya lo verás.

Me senté en los escalones que conducían al interior de la clínica. Vimos que Simon, el doctor, apartaba las cortinas de su consulta para ver qué estaba pasando allí fuera.

No había pacientes y traté de calmarme. Todos ellos tenían razón... La tenían y yo debía serenarme. Así me lo pidió ese hombre desde el interior de su consulta. Su gesto bonachón me indicaba que haría todo lo posible por ayudarme. Se notaba que deseaba hacerlo y ojalá que fuese así. Algo me decía en su gesto que nos serviría de gran ayuda. De hecho, ya lo había sido, aunque la información que nos dio hiciera que me entraran ganas de morirme e incluso más de matar... De matar a aquel que le hubiese hecho daño a la niña de mi vida, a un ser de luz como era Maia, a la criatura con los ojos verdes más intensos que hubiese nacido.

Capítulo 9



Me fui solo a la playa aquella tarde. Necesitaba poner un poco de orden en mis ideas y ellos lo entendieron.

Además, también deseaba darles algo de privacidad. En un momento dado, a lo lejos, les vi pasear de la mano, con la tranquilidad y la paz que proporciona el enamoramiento, y me alegré muchísimo por ellos.

Incluso juraría que se pararon, a lo lejos, y se dieron un beso que me sacó la sonrisa. En la búsqueda del amor estaba naciendo otro, uno que me alegraba y que a la vez me daba una sana envidia que supongo que ellos podrían imaginar.

Cuánto hubiese dado por poder pasear como ellos, con Maia cogida de la mano. También vi pasar a varias familias, parejas con sus niños, y me imaginé que pudiéramos ser nosotros... ¿Sería Maia madre? ¿Y con quién? Todas esas preguntas hacían que me rompiera la cabeza. Ella terminaría conmigo, apostaba por ello... Y en el caso de que tuviera hijos no me importaría en absoluto, yo los querría como la prolongación de su vida que serían eso no me suponía ningún problema.

Al final de la tarde, nos fuimos para el hotel y entonces, justo al salir de la ducha, recibí una llamada de Simon, el médico.

Me citó en su casa. Era obvio que cumpliría su palabra de ayudarnos en cuanto pudiese, aunque resultaba asombroso que pudiese hacerlo después de tantos años, ¿habría recordado algo más?

Pasé por la puerta de la habitación de mi hermana y escuché risas en su interior. No quise molestarles y les envié un mensaje diciéndoles que no me esperasen para cenar, que ya aparecería más tarde.

No les di más explicaciones y me encaminé en coche hacia esa dirección en la que Simon me esperaba. Él vivía en una de esas encantadoras casitas coloniales a la que me invitó a entrar en cuanto llegué. Lo hacía en compañía de su gato y de cientos de libros que pendían de cantidad de librerías que revestían las paredes del amplio salón.

Nervioso, y en tanto él se tomaba su tiempo para comenzar a hablar, me agaché a acariciar al minino.

—Era de mi mujer y llámame loco si quieres, pero creo que en cierto modo ella sigue viviendo en él, de modo que la mirada de este compañero es la suya. Permíteme que te tutee y haz tú lo mismo, por favor. Me siento mejor sin

tantas formalidades.

—¿Cómo se llamaba tu mujer, Simon?

—Clara, se llamaba Clara.

—No es posible—le dije ladeando la cabeza.

—¿Por qué no es posible? Aún no se me ha ido la cabeza, chaval. Y eso que cuando ella falleció barajé esa posibilidad, pero de momento sigue en su sitio.

n A mí me comían los nervios por saber para qué me había citado allí y, sin embargo, por otro lado sentía tanto miedo que me enfraqué en aquella conversación que me resultó tan sorprendente.

—Es que verás, Simon. Maia solo era una niña cuando tuve que marcharme, pero una niña con sueños. Yo también los compartía con ella. Todos y cada uno. Soñábamos despiertos con el día que tuviésemos una familia y ella siempre decía que, de alumbrar una niña, la llamaríamos Clara, porque era su nombre preferido.

—Una señal, sin duda una señal. Creo mucho en ellas, muchísimo. Cantidad de señales me han conducido por la vida. Quizás por ello, para evitar que el paso de los años termine por borrarlas, hace mucho que me dio por escribir un diario—se fue hacia una de las estanterías en las que sacó uno correspondiente al año en el que Maia pasó por su consulta, por lo que pude ver en cuanto lo acercó.

—¿Lo tienes todo apuntado en esos diarios? Lo que te pasa cada día, ¿no?

—No creas. No soy tan metódico como para escribir a diario. Pero sí todo aquello que me llama la atención y la visita de tu chica me la llamó. Cuando esta tarde estuvisteis en mi consulta, me asaltó la duda de si apuntaría algo al respecto, aunque no quise darte falsas esperanzas. En cuanto llegué, lo consulté y, para mi alegría, así fue, de manera que por eso te he llamado.

—¿Qué apuntaste? Por favor, necesito saberlo.

—Apunté que percibí el miedo de esa chica. Y que en esa llamada mencionó el nombre de Pierre y de la ciudad de Marsella, creo que dijo algo de que volvería. Lo hizo con apenas un hilo de voz. Eso fue justo antes de que la perdiera de vista y se marchase.

—Gracias, de veras que me has ayudado mucho. Solo una cosa más, ¿no se te ocurrió llamar a la Policía? Verás, Simon, yo no quiero poner en tela de juicio tu trabajo, pero me imagino que quizás se te pasó por la cabeza...

—Y lo hice. Lo que sucedió, no te voy a mentir, es que no le pusieron demasiado empeño. Salieron a la calle, miraron por los alrededores, y no la vieron. Y tampoco pusieron más ganas en la búsqueda. Según ellos, no había

pruebas fehacientes de ningún maltrato y dieron verosimilitud a la hipótesis de su caída.

—Maldita sea—me lamenté.

Simon me invitó a una copa durante la cual estuvimos intercambiando impresiones. La acepté de buen grado porque necesitaba algo de alcohol que me ayudara a asimilar que, al menos en ese momento, la vida de Maia debió ser de lo más complicada... Que mi querida niña entró en una espiral peligrosa de la cual igual le fuera muy complicado salir... Ojalá que estuviera bien.

Debía darles algo de tregua a los chicos, por eso no salí de inmediato hacia Marsella como me pedía el cuerpo. De hecho, os confieso que fueron varias las copas que Simon me sirvió, a petición mía, tanto que él terminó llevándome en mi propio coche al hotel y volviéndose en un taxi.

Le di una y mil veces las gracias antes de encerrarme en la soledad de mi habitación. Mi hermana me escuchó llegar y tocó a mi puerta junto a Eneko. Con lengua de trapo les conté.

—Saldremos por la mañana, en cuanto se te pase la melopea que traes encima...

—Yo podría salir ahora mismo, de verdad.

—Tú vienes piripi. Mañana será otro día.

pruebas fehacientes de ningún maltrato y dieron verosimilitud a la hipótesis de su caída.

—Maldita sea—me lamenté.

Simon me invitó a una copa durante la cual estuvimos intercambiando impresiones. La acepté de buen grado porque necesitaba algo de alcohol que me ayudara a asimilar que, al menos en ese momento, la vida de Maia debió ser de lo más complicada... Que mi querida niña entró en una espiral peligrosa de la cual igual le fuera muy complicado salir... Ojalá que estuviera bien.

Debía darles algo de tregua a los chicos, por eso no salí de inmediato hacia Marsella como me pedía el cuerpo. De hecho, os confieso que fueron varias las copas que Simon me sirvió, a petición mía, tanto que él terminó llevándome en mi propio coche al hotel y volviéndose en un taxi.

Le di una y mil veces las gracias antes de encerrarme en la soledad de mi habitación. Mi hermana me escuchó llegar y tocó a mi puerta junto a Eneko. Con lengua de trapo les conté.

—Saldremos por la mañana, en cuanto se te pase la melopea que traes encima...

—Yo podría salir ahora mismo, de verdad.

—Tú vienes piripi. Mañana será otro día.

Capítulo 10



Marsella no sería igual que Colliure. Hablamos de una gran ciudad y eso lo complicaba todo. Y de una en la que no aparecían sus datos tampoco, pues Eneko lo fue comprobando durante todo el trayecto mientras que mi hermana, sentada a su lado en el asiento trasero, miraba con admiración todos los pasos que él daba y la cantidad de datos que conseguía de la forma más pirata del mundo, la mayoría extraídos de páginas oficiales.

—No me extraña que ese malnacido os quisiera trabajando a su lado. Me dais miedo... Joder, vosotros empezáis a teclear y os enteráis hasta de los empastes que tiene cualquiera. Madre mía...

—Así es, de manera que no sabes la impotencia que nos causa no saber nada de Maia. Es la primera vez que nos pasa con alguien—le explicaba él.

—Y justo tenía que ser con ella. Maldita sea—me lamentaba yo al volante.

—Tú pendiente de la conducción que pronto tendremos mucho que celebrar, hermanito.

—El universo te escuche, porque me estoy empezando a poner de lo más nervioso—le contaba yo.

Llegamos a la Capital del Mediterráneo, como se la conoce, y Marsella se mostraba majestuosa ante nosotros. Algo no me cuadraba allí. Sin duda era una magnífica ciudad costera, pero esa no sería del gusto de Maia.

Me explico, que sus rincones son de una belleza indescriptible y que cuenta con mil sitios para perderse, pero que Maia era más de lugares de playa pequeñitos como ese del que veníamos. Ella soñaba con perderse en alguno de ellos, en su paz, y lejos del bullicio de Bilbao o de la misma Marsella, donde no me pegaba que estuviese viviendo. Y menos con ese malnacido cuya llamada, según me contó Simon, hizo que le temblara la voz.

El sol seguía siendo de justicia y, al bajarnos del coche, sufrimos su rigor. El encanto de Marsella es pintoresco, eso poco lo podíamos dudar.

En busca de un hotel en el que alojarnos, cosa que en esa ocasión se nos complicó bastante debido a las fechas en las que estábamos, mi hermana se deleitó con el pintoresco encanto de las adoquinadas calles del Barrio de Panier

—Me muero con esos balcones—decía mirando hacia arriba—. Son tan coloridos y cuidados...

—Para colorido tu pelo, preciosa. Yo no puedo dejar de mirarlo—le decía Eneko.

Mi amigo, a esas alturas, ya estaba como hipnotizado por ella. Para mí que habían consumado, eso lo tenía yo bastante claro, y ahí ya fue cuando Eneko cayó totalmente rendido a los muchos encantos de mi hermana, que competían con los de la ciudad.

Horas después aún no contábamos con habitaciones de hotel. Y eso que ya solo buscábamos dos por razones obvias. La búsqueda estaba convirtiendo a aquellos dos en inseparables, y yo que me alegraba, como AuronPlay, el famoso youtuber.

En fin, que a media tarde aún no contábamos con nada y decidimos modificar la búsqueda hacia algún apartamento turístico.

A Aroa le gustaban mucho esas cosas y ella misma se fue dedicando a hacerla mientras Eneko y yo charlábamos tomando un café y un delicioso dulce, porque resultaba evidente que había que echarle combustible al cuerpo.

—Ya tenemos uno. Ahora mismo llamo. Barato no te saldrá, Iván, aunque sé que eso te importa un bledo.

—Daría todo lo que tengo en la jodida cuenta por recuperar a Maia y me esclavizaría el resto de mi vida si fuera necesario.

—No te pongas tan profundo que tú y yo por fin somos libres, tío. Ni menciones otras cosas que los vellos se me ponen de punta. Hay muchos tipos de esclavitud y nosotros ya hemos sufrida la nuestra. Ahora llegó el momento de brindar por nuestra libertad y por nuestra felicidad, ¡por la de los cuatro!

—¿Piensas brindar con café? Pues sí que eres raro tú, amigo.

—Sí, hoy toca café, que ayer te bebiste hasta el agua de los charcos...

—Lo necesitaba—le comentaba yo mientras Aroa cogió el teléfono y se apartó para hablar.

A los pocos minutos se acercó con la sonrisa en la cara.

—Ya tenemos apartamento, ¡y en el Barrio de Panier! —señaló a ese que tanto le había gustado al pasar.

—Raro era que mi hermana no consiguiera uno donde quisiera, tú no la conoces todavía lo suficiente, Eneko—le decía yo.

—Pero estoy en proceso de conocerla, ¿verdad, preciosa? —le preguntó reclamándole un beso que ella multiplicó por diez.

—¿Os podéis cortar un poco? Que vale que estoy muy feliz por vosotros, pero ¿lo de los besos delante de mí es necesario? —les preguntaba yo con la sonrisa en los labios.

Al poco llegamos al apartamento y descubrimos que era el lugar ideal para alojarnos durante los días que durase la búsqueda, que ojalá y fueran muy pocos, aunque eso no podíamos saberlo.

El buen gusto de Aroa se dejó ver también a la hora de escogerlo, ya que no solo contaba con todo tipo de comodidades, sino con una ideal terracita en la que sentarse a tomar algo o a pensar, algo que yo hacía mucho en los últimos tiempos.

Ya comenzaríamos a buscar al día siguiente, por lo que tras dejar nuestras cosas bajamos en busca de un restaurante en el que comenzamos a deleitarnos con algunas de las especialidades marselesas.

Sinceramente, no sabíamos ni por dónde meterle mano al asunto, y no lo digo por la cena, que esa cayó en un santiamén dada su exquisitez, sino por la búsqueda y en un lugar así de grande. Simon nos había puesto sobre una nueva pista... pero una que se remontaba a muchos años atrás, ¿seguiría allí Maia?

—¿Os podéis cortar un poco? Que vale que estoy muy feliz por vosotros, pero ¿lo de los besos delante de mí es necesario? —les preguntaba yo con la sonrisa en los labios.

Al poco llegamos al apartamento y descubrimos que era el lugar ideal para alojarnos durante los días que durase la búsqueda, que ojalá y fueran muy pocos, aunque eso no podíamos saberlo.

El buen gusto de Aroa se dejó ver también a la hora de escogerlo, ya que no solo contaba con todo tipo de comodidades, sino con una ideal terracita en la que sentarse a tomar algo o a pensar, algo que yo hacía mucho en los últimos tiempos.

Ya comenzaríamos a buscar al día siguiente, por lo que tras dejar nuestras cosas bajamos en busca de un restaurante en el que comenzamos a deleitarnos con algunas de las especialidades marselesas.

Sinceramente, no sabíamos ni por dónde meterle mano al asunto, y no lo digo por la cena, que esa cayó en un santiamén dada su exquisitez, sino por la búsqueda y en un lugar así de grande. Simon nos había puesto sobre una nueva pista... pero una que se remontaba a muchos años atrás, ¿seguiría allí Maia?

Capítulo 11



Unos días más tarde, os puedo asegurar que no podíamos más. Todos estábamos reventados tras habernos pateado Marsella al completo, qué clase de locura era aquella de buscar sin descanso a alguien entre tantísimas personas como había en aquella gran ciudad, a las que habíamos de sumar la barbaridad de turistas.

Buscar una aguja en un pajar habría resultado más sencillo que aquello, por lo que no os miento si os digo que mi ánimo estaba por debajo del subsuelo.

Aroa y Eneko hacían por ayudarme en todo lo posible a que no decayera y aunque en ciertos momentos lo conseguían, en otros me sentía morir, no os lo voy a negar.

—Tenemos que salir esta noche a divertirnos un poco—sugirió mi hermana.

No estábamos allí de turismo, eso desde luego. Y al terminar cada jornada acabábamos rendidos en la cama, aunque algo me decía que aquellos dos no se dormían del tirón. Tampoco yo, aunque en mi caso por distintos motivos, porque entrecerraba los ojos y veía a Maia. Y, por si acaso no aparecía esa noche en mis sueños, no quería dejar ir su imagen.

No le había contestado nada a Aroa, motivo por el cual me lo repitió.

—Claro. Id vosotros, os merecéis divertirlos—le contesté entonces.

—Claro. Y tú no, tú te mereces un montón de palos, ¿no? Somos como los Mosqueteros, así que o nos divertimos todos o no se divierte ninguno, ¿me oyes?

—Yo no quiero ser aguafiestas, Aroa.

—Pero lo eres, hermanito. Y esta noche salimos de fiesta sí o sí. No le harás ningún mal a Maia con eso.

—Si hace demasiado que no salgo de fiesta. Ya ni me acuerdo.

—Yo tampoco, pero hay que hacer un esfuerzo, amigo—me animó Eneko también.

—Nos lo debes. Si tú no vas, no vamos ninguno—insistió mi hermana.

—Vale, pero yo mañana sigo buscando—asentí.

—Y nosotros contigo. Mañana es mañana y hoy es hoy—subrayó ella.

Terminamos saliendo por la zona de La Joliette que, según nos comentaron era uno de los mejores lugares para tomar algo en Marsella y en fin de semana, como era el caso. Muy cerquita del Puerto Viejo y también, por tanto, de ese mar que me daba vida, acabamos en la gran fiesta de una discoteca donde mogollón de gente bebía y bailaba con la alegría propia en el cuerpo de quien sale a divertirse sin tener que pensar en nada más.

Mi hermana bailaba con Eneko aunque sin perderme en absoluto de vista. Insistió en que fuese también hacia la pista, pero eso ya no lo logró. Me quedé charlando un poco con el camarero, que era un tipo simpático y que debí notarme que estaba de capa caída.

Me daba cháchara cuando escuché hablar a dos tíos, más o menos de mi edad. Curiosamente eran alemanes, por lo que no tuve ningún problema para entenderlos a la perfección.

Hablaban de las chicas que bailaban en un garito. Iban ya borrachos como piojos a esa altura de la noche, pero parecían saber lo que decían.

—A mí la que me flipó fue la de los ojos verdes, cómo se movía. Era sensualidad pura—le decía el uno al otro—. Hubiera pagado por llevármela. Lo que me hubiera pedido, en serio.

—Pues vamos ahora otra vez y se lo propones.

—Que no, tío, ¿es que tú no te enteras? Que ya se lo ofrecí cuando se volvía al camerino y me dijo que no, que ella no se iba con nadie.

—No le ofrecerías demasiado, tú no eres generoso precisamente, ¿cuántas copas te he pagado ya esta noche? ¿Y tú a mí? Tú a mí ninguna, no hace falta ni que te lo recuerde. Pues entonces...

—¿Tú crees?

—Yo creo que eres tela de rácano. Lúcete por una vez e igual la consigues...

—Es que no era solo cómo bailaba en el puto interior de la jaula, sino luego cuando se puso a cantar la canción esa tan sensual porque todos se lo pidieron. Joder, qué voz... Tío es que...

Yo los escuchaba hablar y todos los pelos se me pusieron como escarpas. Sé que debía darse mucha casualidad para que fuera ella, pero lo de los ojos verdes, la voz... No tenía nada que perder por comprobarlo, ¿y si era una

de esas señales de las que me habló Simon? ¿Y si me lo estaban poniendo en bandeja allí, con aquella conversación justo a mi lado?

Mis más bajos instintos me salían escuchando a aquellos dos. Solo de pensar que en realidad hablaran de Maia y que estuviera trabajando en un antro de ese tipo en el que a una mujer se le pudiera ofrecer dinero a cambio de sexo me mataba. Igual que eso que dijeron del baile sensual en la jaula...

En fin, que si algo tenía claro era que estaba entrando en modo “furia asesina”, pero también que debía seguirles por si les daba por darse una vuelta por ese lugar. Sería la forma más fácil de obtener esa información, porque no me veía haciéndome colega de los dos para que me contasen.

Mi hermana y Eneko continuaban de lo más acaramelados en la pista. Cada vez había más gente y ya apenas sabía dónde estaba yo. Por eso no me resultó difícil salir del local sin que me vieran. No quería joderles la noche...

Debía actuar con tanta cautela como rapidez. Aquellos dos energúmenos no tardaron en marcharse y para hacerlo pidieron un taxi. Yo mientras fui pidiendo otro, porque no llevamos mi coche hasta allí, con la mala suerte de que el mío tardaba y ya ellos se estaban subiendo cuando ni siquiera había rastro de él.

Sin pensármelo, evité que cerraran la puerta y les hablé.

—Perdonad, ¿os importa si voy con vosotros? Es que busco algo de ambiente y es mi primera noche en Marsella. Me gustaría ver chicas guapas. Y no solo verlas—saqué mi lado más sátiro guardando mis ganas de liarne a puñetazos con los dos.

Se miraron el uno al otro. Y el que tenía fama de rasco habló.

—Vale. Nosotros te llevamos, pero tú pagas la carrera.

—No le hagas caso a mi amigo, tío. Sube, sabemos dónde encontrar las mejores chicas.

—Sí, lo sabemos, pero tú pagas—insistió el primero, que debía pertenecer a “La Hermandad del Puño Cerrado”, eso por lo menos.

—Claro, yo pago la carrera y hasta os invito a unas copas.

—Cojonudo—contestó el tío, a quien los ojos le hicieron chiribitas.

Capítulo 12



No me extrañaba que estuviese contento con que yo pagase la carrera del taxi porque había una distancia hasta el lugar que buscaban.

Salimos de la ciudad y ya se encontraba en un lugar apartado. Por fuera, el lugar se veía bastante lujoso, aunque olía a lo que olía... A un mercadeo de sexo que me provocaba náuseas.

Varios gorilas en la puerta te disuadían de buscar ningún tipo de camorra. Aparte, para entrar, había que pagar una sustanciosa cantidad que, por lo que pudiera pasar, me apresuré a abonar por los tres. Si no la veía, si no era ella, quizás pudieran darme más pistas de otros lugares o al saber... Por esa razón terminé por meterme mi orgullo en el bolsillo y entablé conversación con ambos.

Se les veía emocionados, sobre todo al que se había quedado prendado de aquella chica de ojos verdes. Por un lado, yo quería dar con ella de inmediato, pero por otro rezaba para que no fuese mi Maia, porque encontrarla en un sitio así provocaría que el alma se me cayese a los pies.

Entramos y el local era enorme y lujoso, muy lujoso... en él trabajaban cantidad de mujeres que se te acercaban nada más entrar para que las invitaras a una copa. Entre murmullos, soltaban en el oído de los hombres frases que a muchos podrían sonarles como si se les abrieran las puertas del mismo paraíso, todas ellas relacionadas con aquello que pudieran hacer una vez traspasadas la frontera de las habitaciones dispuestas en el piso de arriba, como señalaban.

Os digo muy en serio que me estaban dando náuseas que, si contuve y no salí corriendo de allí, fue a la espera de las noticias de Maia. Imaginármela en un sitio así, es que no podía.

Los dos negaron y mucho más cuando preguntaron y les hablaron de unos precios que al menos desprendido se le antojó como una fortuna. Si llega a ponerse a regatear allí mismo, de veras que cobra y que no se pusiera contento porque no sería una nómina.

Continuaron andando hacia una especie de pista de baile en el que otras chicas, igual de ligeras de ropa que las que nos recibieron, bailaban melosas mientras muchos las magreaban, haciendo de sus parejas de baile, cuando lo cierto es que aquello que hacían se parecía mucho más a follar en vertical que a otro cosa, pues les metían mano por todos los sitios posibles.

—Esos son los que ya han concertado un servicio, que se van calentando antes de subir. Por eso tienen derecho a tocar así—me contó aquel tío que seguía buscando con la vista a la sugerente muchacha de ojos verdes.

Para ello, miró hacia una especie de jaulas que había situadas a los lados de la pista, comenzando a correr hacia ellas.

—¡¡Es aquella!! ¡¡Está allí!! —chilló y yo le pisé los talones.

El corazón se me paró en el momento en el que la reconocí. Era Maia, mi Maia... Seguía siendo la misma, aunque el candor había desaparecido de un rostro que tampoco parecía conocer la sonrisa.

Mi querida niña, mi novia, mi amada, mi razón de vivir... De pronto se había convertido en el ser más sugerente del mundo... sus movimientos no parecían de este planeta, aunque sin lugar a ninguna duda lo que más me conmovió fue que sus inmensos ojos verdes carecían de luz.

¹ Decenas de tíos se contoneaban delante de su jaula y trataban de acercarse, algo que otro gorila impedía, porque de otro modo no habría podido bailar. La manera de decirle guarradas y de jalearla puso en jaque mi paciencia en el que estaba siendo uno de los momentos más extraños de mi vida.

Yo había soñado cada noche de mi vida con encontrarla, aunque jamás pude imaginar que el momento del encuentro fuese así de contradictorio, ¿se metió en líos hasta acabar así?

A Maia nunca le gustó llamar la atención. Ella era de pasar desapercibida y pese a que su cuerpo resultaba increíblemente llamativo, hasta donde yo la conocí no trataba de sacarle partido, en el sentido de que su imagen era tan fresca y juvenil que no necesitaba de nada más.

Allí, dentro de aquella jaula en la que la encontré, parecía un animal sexy, tremendamente sexy... Uno que no conocía la libertad más allá de los barrotes.

Sus altísimos zapatos de tacón negros llevaban al resto de sus desnudas piernas y estas a aquel mini tanga de cuer que hacía juego con una parte superior que, abierta por una cremallera, dejaba ver en parte unos turgentes senos que provocaban que todos se relamieran con su simple contemplación. Y no digamos ya nada cuando, dándose la vuelta, mostraba ese duro trasero que, de arriba abajo, se iba moviendo de un modo que los hipnotizaba y los hacía jaderar como perros rabiosos.

El movimiento de su melena y cada uno de los que hacía me recordaba a los de un autómatas. Por muy ardiente que fuese su imagen, a mí me llegaba helada... Puro hielo procedente de unos ojos que no parecían tener vida y que, por tanto, no vivían sino sobrevivían.

Evité que me viese. Ignoraba cuál sería su reacción y lo último que deseaba en el mundo sería causarle problemas

Si lo hacía no me lo perdonaría, aparte de que quizás la pondría en peligro. Y ese lujo no me lo permitiría a mí mismo.

Estuvo bastante rato bailando, el mismo que me imaginé fulminando a cada uno de esos tipos. Tuve que cortarme morderme la lengua y poner hasta una falsa sonrisa cuando alguno de ellos me hacía un gesto para que la mirase, no entendiendo que no me mostrase como ellos, como salidos sedientos de sexo.

El alemán que pretendía acostarse con ella la siguió una vez bajó de la jaula. Yo también los seguí a él y a su amigo, pues iban a dúo.

;

—Ofrécele también esto y nos vamos los dos con ella—soltó el otro un fajo de billetes y yo le hubiera soltado un rechazazo capaz de noquearle.

Tenía que mantener la mente fría y procurar que Maia no me viera.

—Pero si tú no me habías dicho que te gustase—se quejó el primero.

—¿Eres idiota? ¿Cómo no me va a gustar? Me la follaría mil veces...

Yo también les hubiera pateado a ambos el estómago mil veces. Y si no lo hice en ese momento fue porque no podía.

El primero se acercó a Maia, cogiéndola por el brazo. El gorila que la acompañó al camerino lo retiró y le dio un buen empujón, cosa que agradecí al cielo.

Ella le miró y le reconoció.

—Ya te dije el otro día que no hago eso por dinero, ¿es que acaso tú no te enteras?

Era la primera vez que escuchaba su voz después de tanto tiempo y también me quedé sorprendido porque no utilizó el tono en el que ella hablaba. Obviamente, Maia se revistió allí de una coraza que me llevó al desaliento, sobre todo al pensar que la utilizara para huir de una vida tan dura que me mataba pensarlo.

^aSé que cada cual es muy libre de escoger el camino por el que quiera transitar en la vida. Ella no se prostituía, pero trabaja allí. Y también sabía desde el mismo momento en el que tuve esa certeza que no lo hacía por voluntad propia.

e

Maia era un alma libre. Aunque pueda sonar como algo metafórico, jamás habría elegido por sí mismo bailar en una jaula, eso os lo puedo asegurar. Yo contaba con esa absoluta certeza. Hay cosas por las que uno pondría la mano en el fuego sin pensarlo, y yo lo hubiera hecho sin contemplación.

.

Maia dirigió una mirada a la barra, donde había acodado un tipo mucho mayor que ella que le hizo un gesto afirmativo en el que detecté una absoluta posesión.

, Me dio por pensar que pudiera ser el tal Pierre que la telefoneó exigiéndole su vuelta a Marsella y os juro que en ese instante sí que tuve que hacer un verdadero esfuerzo para no abrirle la cabeza allí mismo y comprobar qué mierda tiene un tío así dentro.

Evidentemente, un paso en falso en ese lugar podía llevarme a que entre todos sus gorilas, porque parecía el mandamás absoluto de aquello, me dieran una paliza de muerte en un callejón contiguo, de manera que me guardé para mí esa rabia que me reconcomía y esperé allí, tomando una copa, el desarrollo de los acontecimientos.

Ya era bastante tarde, por lo que Maia no volvió a salir a bailar. Con ropa de calle, apareció por el local y se fue hacia él, quien la tomó por la cintura y le dio un beso al que ella no pareció corresponderle en absoluto, pero que por supuesto se llevó puesto.

Como mínimo, podía ser su padre o hasta más, porque me pareció mayor que Imanol, a quien ya le valía también haberse deshecho de su hija solo para estar con una mujer más joven, ¿es que el mundo se había vuelto loco?

En realidad, quien se estaba volviendo loco era yo. Como si me hubieran echado una droga en el vaso, que no era así para nada, de pronto el local me daba vueltas y vueltas... Aunque todas ellas terminaban en las manos de aquel energúmeno sobre mi chica, la cual se mantenía allí a desgana total y él le hacía gestitos sátiros para que sacara una sonrisa que no le salía.

Como unos 10 minutos duró aquel suplicio. El tiempo suficiente para que todos vieran que la chica más deseada del local, porque lo era, en realidad le pertenecía. O eso se creía él, porque no me conocía.

Transcurrido ese tiempo, salieron de allí. Lo hicieron por una puerta trasera a la que yo no pude acceder. Maldiciendo, salí a toda pastilla por la principal para poder encarar el callejón en el que los esperaba un coche conducido por un chófer.

Al subirse, pude contemplar con nitidez una de sus preciosas piernas y recordé cuantas veces me embelesé acariciándolas. Las suyas eran las piernas más bonitas y torneadas del mundo... Las mismas que él comenzó a sobar en el momento de perderse ella en el asiento posterior.

Si no me tiré sobre el coche en ese momento fue porque un par de gorilas les acompañaban y hasta les siguieron en otro coche. El maldito se movía con guardaespaldas, estaba ante un auténtico pez gordo.

Me quedé allí en el callejón y comencé a caminar en la misma dirección en la que se marcharon ambos coches, hasta salir a una calle principal en la que me encontré un taxi al que paré.

Casi no me salía la voz del cuerpo para darle la dirección del apartamento. Solo podía pensar en todo lo que

acababa de ver y en la manera de sacarla de esa vida lo antes posible.

Cuando llegué, mi hermana y Eneko ya estaban allí. No acostados, sino esperándome.

—¿Dónde se supone que te has metido? Por el amor del cielo, Iván, nos has dado un susto de muerte. Te hemos hecho mil llamadas, ¿tanto te costaba responder? —me reprochó ella con un cabreo tal que no le había visto otro similar en su vida.

—Tu hermana tiene razón, Iván. Estábamos muy preocupados, ¿de dónde sales? Se supone que somos un equipo, no deberías actuar así por libre. Estábamos acojonados, ya no ganamos para más sustos.

—La he encontrado, chicos, he encontrado a Maia—acerté a contestar.

acababa de ver y en la manera de sacarla de esa vida lo antes posible.

Cuando llegué, mi hermana y Eneko ya estaban allí. No acostados, sino esperándome.

—¿Dónde se supone que te has metido? Por el amor del cielo, Iván, nos has dado un susto de muerte. Te hemos hecho mil llamadas, ¿tanto te costaba responder? —me reprochó ella con un cabreo tal que no le había visto otro similar en su vida.

—Tu hermana tiene razón, Iván. Estábamos muy preocupados, ¿de dónde sales? Se supone que somos un equipo, no deberías actuar así por libre. Estábamos acojonados, ya no ganamos para más sustos.

—La he encontrado, chicos, he encontrado a Maia—acerté a contestar.

Capítulo 13



¡¡Los teníamos!! Con solo meter la matrícula del coche y los datos del negocio, Eneko y yo podríamos descubrir hasta el número de pie de Pierre Lefevre, que así se llamaba el hijo de mala madre del tipo que estaba con Maia, pues si algo me quedó claro mientras los veía juntos es que ella le detestaba. Y no digamos ya yo, quien no soportaba ni recordar su repugnante cara. Cara que, por cierto, reconoció mi hermana como la del tipo con el que vio a Maia por la calle.

—¿Qué quieres saber, amigo? —me preguntaba Eneko abriendo pestañas y pestañas a la vez que nos revelaban información sobre aquel tipo.

—Todo, lo quiero saber todo.

—Vive en una mansión a las afueras de Marsella, en una zona súper lujosa. Básicamente, es un proxeneta que tiene negocios sucios repartidos por toda Europa, si bien ha establecido aquí su residencia en Marsella.

—Pero ¿está casado con ella? ¿Es su esposa? Me da igual porque juro por Dios que la separaré de él, pero quiero saberlo.

—No, obviamente no es su esposa. Déjame que intento acceder a sus mails y resto de conversaciones. Seguro que en algún momento habla de ella con alguien, es evidente que lleva muchos años en su vida y, en alguna medida, debe considerarla especial.

—¿Especial, Eneko? No me toques las narices, la expone ante toda esa gentuza. La hace bailar de la forma más sugerente sin apenas ropa y hasta debe tenerla como una especie de juguete al que manejar a su antojo, porque también la hace cantar para deleitar los oídos de esos cerdos y sabe Dios cuántas cosas más, ¡¡qué hijo de puta!!

—Tranquilo, hermano. La parte buena es que has comprobado de primera mano que no la prostituye.

—Es que si lo hiciese, lo pagaría muy caro. Te doy mi palabra, Aroa—le prometí con los ojos inyectados en sangre.

—Ya está... Ya salió. Mira, este mail es de hace años—me comentó Eneko, que estaba muy centrado en la búsqueda y no como yo, que no podía más que maldecir. No sé qué hubiese hecho sin mi amigo en las que estaba

siendo las horas de mi vida que más contrariedad me generaban, porque había dado por fin con Maia y, sin embargo, la había encontrado en unas condiciones más que problemáticas.

—¿Qué es lo que está? ¿Qué dice ese tipo?

—Mira, se comunica por mail con otro que debe ser una especie de jeque árabe o algo similar. Un tipo que parece que la conoció en uno de sus locales y que le ofrece una millonada por llevársela, supongo que para que formase parte de su harén o algo, qué se yo. Y Pierre se niega en rotundo. El otro sube la oferta, mucho... Y lejos de tentarle, se altera. Mira en qué términos le contesta.

—Si te soy sincero, no puedo mirar ninguno de esos correos sin sentir ganas de vomitar y más aún de matar. Prefiero que me hagas un resumen sin entrar en detalles o potaré aquí mismo.

—Está bien. El otro le dice que no le entiende, que si la tiene trabajando en uno de sus locales no será tan importante para él. También añade que a una pareja se la cuida y se la aparta de esos ambientes sórdidos y él vien a contestarle que Maia es suya y que hará con ella lo que le salga de... Ya sabes de dónde, Iván.

—Qué hijo de la gran puta. ¿Maia es de él? ¿Eso dice? Maia no es de nadie, ella es la dueña de su vida. Ni siquiera fue mía nunca, yo tuve la suerte de estar con ella, la increíble suerte. Os juro que me voy a volver loco aquí encerrado, necesito llegar a ella. Voy a ir a esa casa y...

—El cerebro se te está fundiendo, hermanito, y no te culpo por ello—me comentó Aroa—. A mí tampoco me faltan ganas de plantarme allí con un arma y sacarla, pero ¿acaso crees que podríamos entrar en esa mansión como si nada? Debe ser un fortín.

—Exactamente, ya os lo confirmo. Esta es la casa—nos la enseñó el genio de Eneko en la pantalla—. Y os aviso de que está dotada de las más altas medidas de seguridad que hay ahora mismo en el mercado.

—Tenemos que colarnos en el puto sistema, dejarle sin seguridad durante unas horas y...

—No es tan fácil, puedo detectar varios de sus sistemas de seguridad, que son brutales. Pero no neutralizarlos... Está jodido, tío, este tipo debe pagar una verdadera fortuna para que nadie pueda saltarse la seguridad de su entorno.

—¡¡Joder!! ¡¡Joder!! Voy para allá, seguro que de primera mano podré sacar más conclusiones.

—Estás muy nervioso y no puedes pensar, Iván—intervino mi hermana—. ¿Cómo vamos a plantarnos allí? Acabaremos todos tiroteados y, encima, le haremos un flaco favor a Maia. Si ella tiene alguna posibilidad de salir de esa espiral turbia en la que vive es con nosotros vivos. Además, que todos nos merecemos vivir.

—Yo no te he dicho que vengas conmigo, hermana. Jamás te pediría algo así, he hablado de ir yo. Tampoco

quiero que vengas tú, Eneko.

—Tú no irás a ningún lado sin mí, también me considero tu hermano. Pero mantén la mente fría porque allí no pintamos nada. Tu hermana tiene toda la razón. Tendremos que tratar de acercarnos a Maia sin que nos hagan más agujeros que a un colador. Y para eso hemos de pensar con la cabeza y no con el corazón.

—Seguro que podemos conseguir su teléfono... Debe pagarlo ese gusano, mira las líneas asociadas al de él. Fijo que paga la de Maia.

—Pues claro que sí, ya las tengo aquí delante, ¿por quién me has tomado? Si estuvieras en tus cabales, cosa que no ocurre, entenderías que no podemos ponernos en contacto con ella a través de su teléfono porque seguro que Pierre se lo controla. No creo que entre nada en ese móvil que no llegue a la vez al de él.

—Estoy totalmente de acuerdo con Eneko—añadió Aroa.

e

—¿Y qué hacemos? ¿Qué hacemos entonces para acercarnos a ella? Siento que se me está derritiendo el cerebro, eso es lo que siento.

—Lo primero que debemos hacer es descansar. Mira, ya ha amanecido y no hemos echado ni una cabezadita. ¿Recuerdas cuando yo era una niña y me comentabas que descansara antes de los exámenes?

—Sí, siempre te cogía el toro, lo mismo que a Maia. Os pasabais la tarde jugando y os quedaba todo para última hora.

—Y tú venías, en un momento dado, y me decías que ya era hora de dormir, que llega un momento en el que la cabeza no puede absorber más información y que, de seguir así, se me fundirían los plomos.

—Es verdad, eso te decía—sonreí al pensarlo.

—Claro que me lo decías. Y ahora soy yo quien te digo a ti que se te fundirán los tuyos, Iván.

—Aroa tiene razón. Yo también necesito descansar, durmamos unas cuantas horas y pensemos mañana.

—Estoy de acuerdo—claudiqué porque no podía tenerlos eternamente a mi lado, pensando conmigo. Aparte, que yo también necesitaba dormir y que todos estábamos haciendo lo humanamente posible para que Maia volviera a nuestras vidas. Y no era cuestión de tirar de la cuerda hasta que se rompiese.

Capítulo 14



Por supuesto que no me fue fácil enganchar el sueño y que tuve pesadillas cada vez que lo hice. Pese a eso, fui capaz de dormir algunos ratos y eso me permitió estar algo más despejado por la mañana.

Preparaba el café cuando ellos se levantaron también. Era casi la hora de almorzar, pero yo necesitaba algo de cafeína en vena antes de salir a almorzar. Y a los otros dos les sucedía lo mismo.

Aroa me hizo una carantoña. Tampoco tenía cara de haber descansado una barbaridad, por lo que estaba más dormida de lo habitual, pero al menos quiso tener ese gesto conmigo.

En cuanto a Eneko, yo notaba la preocupación en su rostro y tampoco es que se mostrase especialmente parlanchín. Salimos a la terraza del apartamento y en ella nos tomamos el café.

—Se me ha ocurrido algo—rompió el hielo Aroa, tamborileando con los dedos, nerviosa, como anticipándose a la incredulidad que me provocaría su alocada propuesta.

—Dime, cualquier idea será bienvenida.

—Eneko ha comprobado que esa casa es un fortín. No hay un solo resquicio por el que podamos colarnos, de manera que no será nada sencillo llegar hasta Maia.

—¿Y eso es lo que se te ha ocurrido, Aroa? Por favor, no me lo tomes a mal, pero necesito que me digas algo que no sepa.

—Está bien, pues te lo diré: voy a infiltrarme en el local de Pierre.

—¿¿Perdona?? A ese local solo tienen acceso hombres, está dirigido a un público masculino, qué me estás contando.

—Salvo si vas a convertirte en una de las bailarinas—repuso ella.

—Un momento, ¿estás sugiriendo lo que creo que estás sugiriendo? Porque si es así, debes haber enloquecido antes de pensar que yo permitiré que te pongas en riesgo de ese modo. Eneko, di tú algo, por favor. No, no me lo

puedo creer—negué al ver que él no se oponía.

—Vamos a ver, Iván. A mí me hace la misma poca gracia que a ti, pero lo que ha propuesto Aroa es la única forma de poder llegar hasta Maia. Por supuesto que no la dejaremos sola, ni que fuésemos unos insensatos.

—¿Y no lo sois? Estáis como una regadera los dos. Me opongo por completo. He dicho que no y es que no.

—Tú puedes decir misa, pero yo ahora sé dónde está Maia y pienso infiltrarme para contactarla. Lo he decidido y...

—Y tienes la cabeza más dura que el mármol, bien lo sé. Sé que eres atrevida, Aroa, y que darías cualquier cosa por recuperar a Maia, pero ponte en mi lugar... Si te pasara algo no me lo perdonaría jamás, entonces sí que estaría acabado.

—No puedes hacer nada para convencerme de que me esté quieta—se encogió de hombros—. Si quieres resultar de utilidad, idea con Eneko la forma más factible de cubrirme las espaldas, porque pienso infiltrarme en ese local le pese a quien le pese.

La miré y supe que no habría ninguna jodida manera de hacerla cambiar de opinión. Y lo peor de todo era que llevaba la razón en eso de que tampoco existía otra forma de llegar hasta Maia sin que los gorilas de Pierre hicieran tiro al plato con nosotros.

A partir de ese momento, ella comenzó a ensayar una coreografía. Aroa y Maia llevaban bailando toda la vida y aunque lo que en ese lugar se bailaba no tenía nada que ver con el ballet, ambas llevaban el ritmo en el cuerpo.

Eneko prefería no mirar y yo ni digamos... Teniendo en cuenta que se trataba de mi hermana, me ponía fatal.

Era cuestión de trazar un plan que nos llevara hasta el mismísimo Pierre, ese miserable que debería considerar la posibilidad de darle una oportunidad a Aroa para bailar en su local.

—Seguro que no hay ninguna chica con el pelo rosa y esa es una baza a mi favor—comentó ella.

En eso tenía razón. Para mi pesar, en aquel lugar había mujeres de todo tipo, como si fueran un muestrario que ofrecer a los canallas que estaban dispuestos a pagar por lo que no podían conseguir gratis. O para gente con escrúpulos que pagaba por llevar a cabo perversiones o fantasías.

Sin embargo, con el pelo rosa no había ninguna y mi hermana encarnaba un tipo de mujer que también pudiera tener tirón entre aquella gentuza. Me estremecía solo de pensar que allí dentro terminasen ambas, aunque tenía que rendirme a la evidencia: solo Aroa podría acercarse a Maia sin despertar unas sospechas en Pierre que pudieran tener el más fatal de los desenlaces, más que nada para Maia, quien estaba a su merced. Cómo dolía...

Capítulo 15



Dicho y hecho. Mi hermana lo tenía todo preparado para llegarse por el local de aquel delincuente esa misma noche.

Cuando digo “delincuente” lo hago con todas las de la ley, porque estuvimos investigando y no todas las chicas que trabajaban en sus locales lo hacían por voluntad propia, aunque algunas lo negasen ante la Policía.

Por lo que pudimos saber, se trataba de un ser retorcido, capaz de extorsionar a aquellas pobres mujeres de mil y una maneras para lograr doblegar su voluntad.

Cada vez que conocía algún dato más y en ese sentido, si os soy sincero quería que la tierra me tragase, aunque luego pensaba que allí donde me escupiese no estaría Maia y tal idea se desvanecía de mi mente, la cual no lograba despejar en ningún momento.

Aroa parecía muy segura de sí misma, tanto que asustaba. Mi hermana se había convertido en una mujer hecha y derecha, como se suele decir, y yo me sentía tan orgulloso de ella que apenas podía contener la emoción cuando la veía en esa actitud decidida que esa noche mostraba más incluso que otras veces.

La idea, como no podía ser de otra manera, era la de permanecer en el local todo el tiempo que ella estuviese también.

Por esa razón, Eneko y yo ya habríamos entrado, y nos habríamos colado entre el público, cuando ella llegase.

No era probable que el “casting” que aquel hijo de mala madre soliera hacer fuese a las horas del espectáculo en las que el local permanecía abierto, pero yo me negaba a perder de vista a Aroa a horas que no fueran esas, en las que nosotros pudiéramos vigilar lo que se cocía.

A la hora convenida, mi amigo del alma y yo pagamos la entrada mientras mi corazón convulsionaba. Aroa nos vigilaba a cierta distancia. Su idea estaba muy clara: tenía que buscar la protección de los gorilas de la puerta para que la dejasen entrar.

Todavía estábamos allí, pagando, cuando ella se acercó corriendo como alma que lleva el diablo. Los gorilas se miraron entre ellos con cara de mala leche y le cortaron el paso de una forma nada cortés y de lo más

desagradable.

Eneko y yo tuvimos que controlar esos nervios que nos estaban crispando. Yo respiraba hondo y me decía que todo fuera por llegar hasta Maia.

—Tengo que entrar, por favor, tengo que entrar—les suplicaba ella.

—¿Dónde crees que vas? ¡¡De aquí no pasas!! —vociferaron.

—Por favor, por favor... Es que lo necesito—siguió rogando.

—¿Tú qué eres? ¿Una lesbiana desesperada? —se burlaron antes de dejar sonar sus risotadas de gorilas descerebrados—. Pues tendrás que buscarte la vida en otra parte, ¡¡aquí no hay nada para ti!!

—No es eso. Veréis... Me están persiguiendo. Estoy huyendo de mi chulo. Se ha enterado de que yo quiero trabajar con Pierre Lefevre y me ha jurado que me dará una paliza de muerte. Estoy segura de que le intereso a vuestro jefe. Ese hombre viene a matarme, lo hará. Si me permitierais entrar... Por favor, por favor... Decidle a Pierre Lefevre que le estaré muy agradecida, que haré todo lo que él me pida. Es aquel que viene por allí, ¿no lo veis?

Habíamos contratado a un tipo para que nos siguiera el rollo, el mismo que debía salir corriendo si a esos dos gorilas les daba por perseguirle. No es que movieran demasiado el trasero, solo hicieron ademán de hacerlo y el otro, que estaba en complot con nosotros, fingió correr como si tuviese un cohete en el culo.

Una vez lo hizo, a Aroa le “ordenaron” —cómo me jodía eso—, que se quedase en la puerta junto a uno de ellos mientras el otro entraba a hablar con su jefe.

—¿Y vosotros qué miráis? ¿No habéis pagado ya? ¡¡Entrad!! —nos chilló el que se quedó fuera y lo hicimos, temiendo perder el contacto visual con mi hermana.

Una vez dentro, me estremecí como la noche anterior. Ya de lejos, pude ver a Maia bailando en la misma jaula, como si fuera un animal prisionero... Dolía como si hicieran tiro al arco y la diana fuese mi corazón, así venía doliendo.

Por supuesto, y para no liarla más, no nos colocamos en un lugar en el que pudiera vernos, puesto que a Eneko también lo conocía.

—Es ella, es ella—murmuraba mi amigo conmocionado.

—Claro que lo es. Reconocería esos ojos entre cientos de millones de pares de ellos—le comenté.

—La vamos a sacar de aquí, te lo prometo.

Mientras, con la mirada seguíamos a Aroa quien, según el plan trazado, charlaba con el gran jefazo de todo aquel tinglado.

Lo estaba haciendo genial. Sus gestos apurados y suplicantes parecían surtir efecto. No hay que dejar de lado que un narcisista de ese calibre adora mostrarse como un salvador para luego tratar de hacerle ver a la otra persona que le debe la vida. Y apretarle las tuercas hasta el infinito.

Él les dio unas indicaciones a sus secuaces y ella, ladeándose ligeramente, nos hizo con los dedos la señal de la victoria. Había conseguido esa prueba. Era evidente.

El momento más complicado de todos fue ese en el que Pierre le indicó que le siguiera y la perdimos de vista. A mi amigo no le flaquearon las fuerzas ni a mí tampoco, pero el miedo estaba presente, eso por supuesto. Y no era poco, sino un miedo de esos irresistibles que se te mete en el cuerpo y te cala hasta los huesos.

—Todo va a salir bien, todo va a salir bien—me decía él mientras yo cruzaba los dedos para que así fuera. Si por casualidad no sucedía así, si le hacían algún daño a mi hermana, juraba por mi vida que yo no correría mejor suerte, pero que ese saldría del local con los pies por delante.

No en vano, Eneko había conseguido durante el día, en el mercado negro, dos pequeños revólveres que ambos portábamos por si las cosas llegaban a ponerse realmente feas.

De nuestros años en Berlín, habíamos sacado el convertirnos en dos hombres de recursos que no dudarían en echar mano de cualquiera de ellos con tal de defender a las mujeres de nuestras vidas.

Mientras, con la mirada seguíamos a Aroa quien, según el plan trazado, charlaba con el gran jefazo de todo aquel tinglado.

Lo estaba haciendo genial. Sus gestos apurados y suplicantes parecían surtir efecto. No hay que dejar de lado que un narcisista de ese calibre adora mostrarse como un salvador para luego tratar de hacerle ver a la otra persona que le debe la vida. Y apretarle las tuercas hasta el infinito.

Él les dio unas indicaciones a sus secuaces y ella, ladeándose ligeramente, nos hizo con los dedos la señal de la victoria. Había conseguido esa prueba. Era evidente.

El momento más complicado de todos fue ese en el que Pierre le indicó que le siguiera y la perdimos de vista. A mi amigo no le flaquearon las fuerzas ni a mí tampoco, pero el miedo estaba presente, eso por supuesto. Y no era poco, sino un miedo de esos irresistibles que se te mete en el cuerpo y te cala hasta los huesos.

—Todo va a salir bien, todo va a salir bien—me decía él mientras yo cruzaba los dedos para que así fuera. Si por casualidad no sucedía así, si le hacían algún daño a mi hermana, juraba por mi vida que yo no correría mejor suerte, pero que ese saldría del local con los pies por delante.

No en vano, Eneko había conseguido durante el día, en el mercado negro, dos pequeños revólveres que ambos portábamos por si las cosas llegaban a ponerse realmente feas.

De nuestros años en Berlín, habíamos sacado el convertirnos en dos hombres de recursos que no dudarían en echar mano de cualquiera de ellos con tal de defender a las mujeres de nuestras vidas.

Capítulo 16



-
Aroa

Debía aparentar que sabía moverme en aquellos ambientes en los que no me había movido en mi vida.

El miedo estaba dentro y yo debía dominarlo antes de que lograra dominarme a mí. Mi hermano se había opuesto frontalmente a aquello, pero yo sentía que era la única manera. Y de mis dotes de persuasión dependería el que pudiésemos alcanzar el éxito de aquella especie de misión, porque liberar a Maia de las garras de ese proxeneta lo era.

Entramos en lo que parecía una especie de despacho y muy lujoso. Me llamó la atención que, a pesar de todos los pesares, y por mucho que la tuviese allí, expuesta en el local ante el público, hubiera colocado una foto de Maia sobre su mesa. Obviamente era su más preciada posesión.

Un temor incontrolado asomaba por la punta de mis dedos, uno que ni tan mal porque se suponía que me están persiguiendo para darme matarile, por lo cual entraba hasta dentro de la normalidad que las manos me temblaran o que mis rodillas adquiriese la consistencia de la gelatina.

No solo entró Pierre en ese despacho. También lo hicieron dos de sus hombres. Cualquiera de ellos ya me había desnudado con su sucia mirada antes siquiera de que él me diera la indicación que era de prever.

—Desnúdate y demuéstranos lo que sabes hacer.

Me quedé mirándolos.

—¿Del todo? —le pregunté como si fuera un animalillo indefenso y desvalido al que esa indicación le causara mucho pudor.

Miró a los demás con gesto que me causó náuseas.

—Quédate con las jodidas bragas, pero quiero ver el resto del material. Unas tetas caídas no sirven ni para hacer puñetas.

En la vida mis oídos habían escuchado algo tan ofensivo. Cuando no estás acostumbrada a moverte en determinados ambientes, y yo no lo estaba, te parece muy fuerte que haya mujeres que deban soportar a tipejos como esos que se creen los amos del mundo... Y no solo del mundo, sino también de tu cuerpo.

Me fui quitando cada prenda lentamente. Para mí me decía “Tú puedes, Aroa. Piensa que ellos no están aquí y que te encuentras en la playa, haciendo topless. El día está perfecto y los rayos solares te acarician los senos”.

La única manera de salir indemne de una situación así, ya lo estaba yo comprobando, era a través de la imaginación. Me lo había propuesto y pensaba lograrlo. No pensaba fallarle a Maia, no cuando sentí que la perdía una vez y estaba más cerca que nunca de recuperarla.

Me quedé solo con las braguitas y entonces se rieron de un modo que me revolvió el estómago por completo.

—Buenas tetas, sí señor, ¿cómo dijiste que te llamabas?

—Ángela, me llamo Ángela—murmuré porque algún nombre tenía que decir y supe que ese daría juego.

—Pues de Ángela tienes bien poco tú. Más bien pareces una diablesa con esas tetas. Tenerlas las tienes, es cierto, ahora me falta comprobar si sabes moverlas.

Puso música y no me lo pensé a la hora de darlo todo, como no podía ser de otra manera. No me atreví a pedirle ninguna canción en concreto. Sonó una de las de la peli de Moulin Rouge y adapté mi coreografía a su ritmo.

Respiré hondo y me olvidé de que sus repugnantes ojos me contemplaban. La sugerencia se apoderó de mí y pude ver su gesto de aprobación bajo el asqueroso paño de esos mismos ojos.

Nota a nota, me iba entregando y hasta vislumbré el sudor en la frente de todos ellos. Mis ganas de vomitar iban a más, pero debía contenerlas si quería lograr mi cometido.

Cuando la música por fin terminó, entendí que había sido “prueba superada”.

—Está bien, podrás bailar aquí si no bajas el ritmo. No me gustan las idiotas que se acomodan creyendo que les pagaré muevan el culo o no. Si bajas el nivel, te vas a la puta calle. Ya hablaremos de las condiciones económicas mañana. Y recuerda que me debes una y bien gorda. Lo discutiremos todo. Ahora, lárgate, que mis hombres y yo debemos hablar de negocios.

Sin más, cogió mi ropa y me la tiró encima. Jamás vi a un tipo más cerdo ni más déspota y eso que parecía tener prisa porque me fuese, lo cual me libró de que se hubiese acercado a mí para comprobar más de cerca mis atributos. Eso es que ya no lo habría podido soportar.

Me estaba terminando de vestir en el momento en el que la puerta se abrió de repente. Sentí que el corazón se me

paraba cuando mis ojos fueron a dar con los de Maia, a la cual se le cambió el gesto de inmediato al reconocermela.

Yo me encontraba de espaldas a Pierre y a sus hombres, y con los ojos le rogué que no me delatara o ambas estaríamos perdidas.

¿

—¿Qué te pasa? ¿Es que te ha comido la lengua el gato? —le preguntó él sin percatarse de lo que estaba ocurriendo entre ambas.

—Perdona, no sabía que hubiese ninguna chica nueva—le contestó.

—Ha llegado de casualidad, ¿acaso te debo explicaciones de lo que haga o deje de hacer en mi negocio? ¿Qué tripa se te ha roto ahora?

—No, solo venía para comentarte algo, pero no era importante.

—¿Y cuándo lo es? Estoy harto de tus tonterías. Cierra la puta boca y lárgate de aquí. Ah, y de paso llévate a esta zorra, que comienza mañana con nosotros.

Bonita manera de describirme. Le maldije tanto que si no se cayó muerto en ese instante fue porque Dios no quiso, ya que yo desde luego que sí quería.

;

paraba cuando mis ojos fueron a dar con los de Maia, a la cual se le cambió el gesto de inmediato al reconocirme.

Yo me encontraba de espaldas a Pierre y a sus hombres, y con los ojos le rogué que no me delatara o ambas estaríamos perdidas.

—¿Qué te pasa? ¿Es que te ha comido la lengua el gato? —le preguntó él sin percatarse de lo que estaba ocurriendo entre ambas.

—Perdona, no sabía que hubiese ninguna chica nueva—le contestó.

—Ha llegado de casualidad, ¿acaso te debo explicaciones de lo que haga o deje de hacer en mi negocio? ¿Qué tripa se te ha roto ahora?

—No, solo venía para comentarte algo, pero no era importante.

—¿Y cuándo lo es? Estoy harto de tus tonterías. Cierra la puta boca y lárgate de aquí. Ah, y de paso llévate a esta zorra, que comienza mañana con nosotros.

Bonita manera de describirme. Le maldije tanto que si no se cayó muerto en ese instante fue porque Dios no quiso, ya que yo desde luego que sí quería.

Capítulo 17



Aroa

Me apresuré para terminar de vestirme mientras ella me esperaba. Ellos no despegaron sus labios. Bien se veía que aquello que tuviesen que hablar no querían hacerlo delante de nosotras.

La cara de Maia era para enmarcar por mucho que tratara de disimularlo. Algo vale que Pierre no la estaba mirando para nada.

Enseguida salimos y no me atreví a darle el abrazo que le hubiese dado en cualquier otra circunstancia. Sentía pánico ante la posibilidad de que cualquiera se percatase de ello y le fuese con el cuento a ese maldito.

—¿Qué estás haciendo aquí, Aroa? —me preguntó entrando en pánico en cuanto salimos del despacho.

—Maia, por favor no me delates, soy yo...

—Sé quién eres Aroa. Eres la última persona que debiera encontrar en este lugar, ¿cómo has dado conmigo?

—No he sido yo... Ha sido Iván, él te ha encontrado. Por favor, Maia escucha lo que te voy a decir...

—¿Iván? ¿Iván ha aparecido? ¿Cuándo?

—Hace solo unos días, muy pocos días...

—¿Por fin se acordó de nosotros? —me preguntó con sarcasmo.

—Nada es lo que parece, Maia. Iván viene con una historia muy fuerte detrás. Si no regresó antes fue por protegernos a todos nosotros, nos habría metido en un lío muy gordo.

—¿Ese cuento te ha soltado? No me lo creo. Yo ya no creo a nada ni a nadie.

—¿Y si te dijera que lo único que le ha mantenido fuerte todos estos años ha sido la idea de recuperarte? En

cuando ha llegado a Bilbao no ha hecho más que buscarte, te lo prometo.

—¿Sí? Pues yo aquí solo te veo a ti...

—Iván está ahí fuera junto con Eneko. Ya te vio anoche, porque ha rastreado Marsella entera para dar contigo, y el corazón se le heló.

—Eso no puede ser... El mío sí que se heló cuando no volví a saber de él. Me prometió que volvería—me dijo con ojos vidriosos.

—Y lo hizo el primer día que pudo. El tipo al que iban a robar en Alemania les descubrió y les hizo permanecer diez años a su servicio. Él solo ha pensado en ti todo este tiempo. Te lo prometo.

—¿Es verdad? ¿Es eso verdad?

—Tan verdad como que tenemos que sacarte de aquí, cariño. No sabes cuántas ganas tengo de abrazarte.

—Si te hice muchos feos, Aroa, muchos...

—Y yo no te tuve ninguno en cuenta. Mañana comienzo a trabajar aquí, supuestamente, aunque en realidad urdiremos un plan para sacarte. Tienes que estar preparada.

—Eso es imposible. Si lo hacéis, Pierre no solo me matará a mí, sino a todos vosotros. Si queréis seguir viviendo, os tendréis que olvidar de mí.

—Tú sí que debes haberte olvidado de cómo es mi hermano. Vas lista si te crees que él te dejará aquí sin más. Antes daría su vida y lo sabes.

—¿De verdad Iván está aquí?

—Ya te he dicho que sí, pero sabes que no te puedes acercar a él. No despiertes sospechas, por favor.

—No, no puedo hacerlo. El salón está lleno de cámaras. Si Pierre me viera hablando con otro... No sabes cómo es.

—Me lo imagino, cariño. Ahora sal como si nada, por favor. Yo haré lo mismo. Iván viene con una camisa beige de lino y tejanos. Está guapísimo, no sabes cuánto. Igual que tú... —le acaricié el rostro.

—Yo estoy apagada, no hagas esfuerzos porque crea lo contrario.

—Es cierto que hay un velo en tu mirada, pero en cuanto se caiga volverás a ser la chica con los ojos más bonitos

del mundo, Maia. Ahora nos tenemos que separar, yo he de irme. Hasta mañana.

—No vengas, Aroa, no vengas...

—Vendré así se caiga el mundo, te lo prometo.

—Pierre no consentirá perderme, jamás lo hará. Te lo prometo.

—Pierre tampoco tiene idea de con quién se está enfrentando, mi niña. Te quiero con locura, Maia. Te he echado mucho de menos.

—Y tú no te imaginas cuánto te he echado yo a ti...

Salí de aquel pasillo en dirección al gran salón. Yo debía irme antes y ellos un rato después, para que no relacionaran nada. Arquee una ceja y esboqué una sonrisa para hacerles entender a mi hermano y a Eneko que todo había ido bien.

Su gesto fue de gran alivio y entonces vi cómo salió Maia y cómo su mirada, a lo lejos, buscó la de Iván. Nunca, y cuando digo nunca es nunca, había vivido un momento tan emocionante como aquel, hasta el punto de que salí a la calle con los ojos como dos mares.

Recorrí varias calles hasta alcanzar el punto de encuentro en el que ellos me darían alcance una media hora después.

Iván no podía disimular sus nervios.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? —se acercó corriendo—. Dime que estás bien...

—Claro que lo estoy. Me ha hecho bailar medio en bolas y ya—les solté—. Mañana empiezo. Pero eso no es lo importante. Lo importante es que he podido hablar con Maia y ya está al tanto del porqué de tu silencio en todos estos años.

—¿Y qué te ha dicho?

—Se ha quedado conmocionada y ha tratado de disuadirme. El tipo es peligroso, pero eso ya lo sabíamos.

—Le arrancaría la yugular de un bocado a ese miserable, no me da ningún miedo—me aseguró Iván y supe que me estaba diciendo la verdad.

—Lo sé, cariño. A mí tampoco me lo da. El daño más grande ya nos lo ha hecho.

—Estoy de acuerdo, pero mañana debemos ser muy cautos porque nos jugamos el pellejo. Y vosotras las primeras—me recordó Eneko, también muy afectado por la situación.

—Al turrón. Vosotros a lo vuestro y yo a lo mío... Estoy segura de que podremos salir indemnes de esta. Y después, pienso tatuaros a todos, que lo sepáis—bromeé.

—Después todos comenzaremos una nueva vida. Te lo prometo, Aroa. Chicos, no sé cómo podré agradecerlos lo que estáis haciendo.

—Iván, ya... Lo estamos haciendo porque queremos, cariño—le aseguré—. Nadie nos obliga a jugarnos el pellejo.

—Estoy de acuerdo, pero mañana debemos ser muy cautos porque nos jugamos el pellejo. Y vosotras las primeras —me recordó Eneko, también muy afectado por la situación.

—Al turrón. Vosotros a lo vuestro y yo a lo mío... Estoy segura de que podremos salir indemnes de esta. Y después, pienso tatuaros a todos, que lo sepáis—bromeé.

—Después todos comenzaremos una nueva vida. Te lo prometo, Aroa. Chicos, no sé cómo podré agradecerlos lo que estáis haciendo.

—Iván, ya... Lo estamos haciendo porque queremos, cariño—le aseguré—. Nadie nos obliga a jugarnos el pellejo.

Capítulo 18



Teníamos toda la noche para planear la posible salida. Eneko y yo le dábamos vueltas y vueltas hasta que ambos encontramos un pequeño fallo, prácticamente imperceptible, en el sistema de alarmas del local. Concretamente en el dispositivo antiincendios.

—¡Te tenemos, hijo de puta!! —grité dándole un beso a Eneko, algo que nunca había hecho hasta ese día.

—Y yo que me alegro, pero la próxima vez se lo encargas a tu hermana. Los suyos me gustan más.

—Oye, que no ha sido con lengua ni nada. Solo un casto beso en la mejilla.

—Pues aun así—reía él muy contento igual que yo.

—¿Nos ha tocado la lotería? —salió Aroa del baño.

—Mucho mejor que eso. Podremos hacer sonar las alarmas antiincendios en un momento en el que Maia esté fuera de la jaula y en el que tú te situarás cerca de ella. Todo tiene que ir sobre ruedas. No hace falta que te lo recuerde.

—No. No hace ninguna falta. Sé muy bien lo que nos estamos jugando, no te preocupes.

Sobra decir los nervios que a todos nos asaltaron esa noche. Debía salirnos bien y a la primera, porque de otro modo todos podríamos acabar en una caja de pino y el desgraciado de Pierre se habría salido con la suya. Antes muerto que permitir que eso ocurriera, por lo que decidimos tratar de dormir unas horas antes de afrontar un duro día de trabajo en el que tendríamos que asegurarnos de que no existiera ninguna fisura en nuestro plan.

Por la mañana, los nervios hacían mella en todos nosotros, aunque tuvimos la suerte de poder descansar. Es cierto que, a veces, el día que menos lo piensas caes en un profundo sueño, quizás porque el cuerpo es sabio y sabe de la importancia de hacerlo en días tan señalados.

Se me repitió el mismo sueño con Maia, ese que me proporcionaba tanta serenidad y que me indicaba que siempre me estuvo esperando en aquella playa. Mis ojos se convirtieron en dos ríos mientras soñaba con eso, con recuperarme a la niña de mi vida.

Eneko se puso a *full* con la programación de las alarmas antiincendios, las cuales se dispararían a una cierta hora anunciando un peligro que no sería real, pero que parecería serlo, y sembrando el caos en el local, al cual contribuiría unas bombas de humo que Eneko se encargaría de dejar caer por distintos rincones para que la amenaza de fuego pareciese más inminente.

Mientras, yo, repasaba una y otra vez cómo sería la salida de allí de mi hermana junto a Maia.

—Yo creo que salir, salimos... Te lo aseguro. El problema es que ese tipo ya me conoce la cara y, más tarde o más temprano, se percatará de que soy alguien del pasado de Maia. No lo dudes y entonces me relacionará contigo y...—me decía Aroa.

—Sé que todos estaremos en peligro. Por eso los cuatro nos marcharemos una temporada al Caribe hasta que las aguas se calmen—le anuncié.

—¿Una temporada? ¿Cuánto tiempo? Recuerda que yo tengo mi estudio y...

—Sé que resulta injusto, Aroa, pero nos hemos metido en una movida muy gorda y lo mejor que podemos hacer es poner tierra de por medio una temporada. Debemos marcharnos...

—Tu hermano tiene razón, Aroa—me la dio Eneko—. Esa gente no se anda con chiquitas.

—¿Y papá y mamá? Por esa regla de tres, cuando Pierre se entere de que tú eres quien la ha alejado de él, irá a por cualquiera de nosotros.

—¿Recuerdas los años que hace que quieren ir a ver a la tía Eloise a Holanda?

—Sí, es verdad...

—Pues ella los recibirá una temporadita. Ya me he encargado de todo.

—De verdad que eres un fenómeno. Yo también estoy preparando el jodido baile.

—Solo de pensar que todos esos se queden a baba caída contigo—decía Eneko.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —le recordé porque me representaba el mismo infierno saberlas a las dos bailando allí.

—Vamos, vamos... Menos dramas. Chicos, acepto pulpo como animal de compañía. Sacamos a Maia de allí y no quitamos de en medio por un tiempo, pero ¿cuánto?

—Lo suficiente para que demos con el talón de Aquiles de ese criminal. Un resquicio por el que colarnos y amenazarle con arruinarle la vida si vuelve a acercarse a alguno de nosotros.

—¿Y eso será posible?

—Todo será posible. Y más cuando nos estemos tostando al sol y con unos buenos mojitos en la mano, ¿te apetece, nena? —le preguntó Eneko.

—No sabes cuánto, chaval... ¡¡Caribe, para allá que nos vamos!! —chilló ella fuerte y con su buena vibra.

s

Eso era lo que nos hacía falta. Esa buena vibra de mi hermana que lo envolvía todo me resultaba ideal en un día en el que nos lo estábamos jugando todo a una sola carta. En un día decisivo que podría llevarnos a cambiar nuestra vida de una vez y para siempre.

Después de tantos años deseando compartir la mía con Maia, estaba a un paso de conseguirlo y era mucha la emoción que me embargaba, muchísima.

Me concentré a tope en coordinarme con mi hermana y solo deseaba que el reloj se pusiera a mi favor y que las horas pasaran rápidas. Me resultaba esencial que corriera, que las manecillas volaran y que ya estuviésemos en ese lugar de donde por fin podría salir de su mano.

¿Qué estaría pensando Maia? ¿Cómo reaccionaría cuando me tuviese cara a cara? No podía dejar de pensar en ese momento en el que nuestras miradas se cruzaron... Fue el momento más mágico de mi vida y todavía se me erizaba la piel al completo cada vez que lo recordaba.

Pronto, su mirada y la mía podrían cruzarse cuantas veces lo deseáramos, a todas las horas del día, y por fin probaríamos las mieles de estar juntos... Unas mieles que llevaba toda la vida queriendo saborear.

—Lo suficiente para que demos con el talón de Aquiles de ese criminal. Un resquicio por el que colarnos y amenazarle con arruinarle la vida si vuelve a acercarse a alguno de nosotros.

—¿Y eso será posible?

—Todo será posible. Y más cuando nos estemos tostando al sol y con unos buenos mojitos en la mano, ¿te apetece, nena? —le preguntó Eneko.

—No sabes cuánto, chaval... ¡¡Caribe, para allá que nos vamos!! —chilló ella fuerte y con su buena vibra.

Eso era lo que nos hacía falta. Esa buena vibra de mi hermana que lo envolvía todo me resultaba ideal en un día en el que nos lo estábamos jugando todo a una sola carta. En un día decisivo que podría llevarnos a cambiar nuestra vida de una vez y para siempre.

Después de tantos años deseando compartir la mía con Maia, estaba a un paso de conseguirlo y era mucha la emoción que me embargaba, muchísima.

Me concentré a tope en coordinarme con mi hermana y solo deseaba que el reloj se pusiera a mi favor y que las horas pasaran rápidas. Me resultaba esencial que corriera, que las manecillas volaran y que ya estuviésemos en ese lugar de donde por fin podría salir de su mano.

¿Qué estaría pensando Maia? ¿Cómo reaccionaría cuando me tuviese cara a cara? No podía dejar de pensar en ese momento en el que nuestras miradas se cruzaron... Fue el momento más mágico de mi vida y todavía se me erizaba la piel al completo cada vez que lo recordaba.

Pronto, su mirada y la mía podrían cruzarse cuantas veces lo deseáramos, a todas las horas del día, y por fin probaríamos las mieles de estar juntos... Unas mieles que llevaba toda la vida queriendo saborear.

Capítulo 19



La primera en entrar en el local fue Aroa. Ese día ya iba vestida “de guerra”, para nuestra desesperación.

Mi hermana debía dar la pinta de ser una de las chicas que trabajaban allí, lógicamente, y para eso la sugerencia de su look era obligada.

A Eneko le hervía la sangre en las venas lo mismo que a mí. La dejamos a pocas calles de la entrada y luego fuimos avanzando poco a poco hasta allí.

—Todo va a salir bien—me repetía Eneko, aunque bien sabía yo que también lo decía por escucharlo él, ya que los dos teníamos la misma necesidad.

—Por supuesto que sí, no lo dudes.

—No lo dudo para nada.

Imposible indicar cuál de los era más mentiroso en esos momentos, porque el miedo nos estaba matando a ambos. Y no era para menos.

Cuando entramos, pudimos ver cómo el asqueroso de Pierre le daba instrucciones a mi hermana sobre dónde, cómo y con quién debía comenzar a bailar.

—Se te revuelven las tripas igual que a mí, amigo—suspiré.

—Y que lo digas.

Las chicas comenzaron a bailar. Maia se metió en su jaula. Verla allí me dolía como si me estuviesen dando de latigazos. Ni siquiera podía mirar.

Eneko andaba de lo más concentrado. Conocía a mi amigo y sabía que no fallaría. Y menos con lo que había en juego. El tipo de trabajo que debía hacer ya lo había hecho en más ocasiones, por lo que no tendría ningún secreto para él.

Todo estaba preparado para que las alarmas se volvieran locas a la hora que él había dejado programado en el sistema, al cual accedería desde el local y a través de su teléfono móvil.

Cuando tan solo faltaban unos minutos para esa hora, nos surgió un problema: un borracho comenzó a importunar a Aroa, queriendo tocarla en el escenario, y se armó una buena trifulca. Uno de los gorilas le aplaudió la cara y sus amigos acudieron a defenderle. Yo miraba a Eneko y él me devolvía una mirada nerviosa, pues la cosa iba a más... Algunos clientes podrían resultar lastimados y a punto estuvieron de tener que desalojar la pista en la que estábamos.

—Putra madre—murmuraba yo por lo bajini cuando el endiosado de Pierre apareció. Sin más, le asestó tal puñetazo al borracho que lo había comenzado todo, que le tiró de espaldas.

^e —¿Alguno de los demás se anima? —les retó con los puños.

No le hubiera imaginado metido en harina. Creí que siempre dejaría que el trabajo sucio se lo hicieran los demás, pero no... Aquel maldito, porque lo era, había sido boxeador y quiso hacerse notar.

—Es un auténtico chulo. Le encanta destacar como buen perverso narcisista que es—me recordó mi amigo, quien lo tenía bien calado.

Los acompañantes del tipo, quien terminó sin respiración en el suelo, se lo llevaron hacia fuera mientras él les prohibía la entrada en el local de por vida. Iban asintiendo porque el aspecto de Pierre imponía, aunque a mí ni lo más mínimo. A mí me hubiese gustado batirme a puñetazos con él. Era tanta la rabia que sentía que no me amedrentaba lo más mínimo su buen manejo de los puños.

Cuando por fin todo se hubo calmado, Eneko suspiró.

—Te juro que creí que nos echaban a todos. Y ha de ser hoy. La programación que he dejado podría ser detectada si pasasen más días, y entonces sí que la habríamos cagado.

Las chicas comenzaron a bailar de nuevo. Aroa se entremezclaba con otras, aunque llamaba la atención por ser la nueva, y ese era un factor en nuestra contra, pero con el que ya contábamos.

Lo haríamos en el primer descanso, el cual se vería forzado porque ella mostraría signos de cansancio y se bajaría del escenario. Era seguro que entonces harían un receso.

Aroa ya habría hablado con Maia antes de que se metiera en la jaula. Cuando mi hermana actuase así, ella saldría. Entonces comenzarían a sonar las alarmas y las bombas de humo que Eneko esparciría por el local harían el resto.

La gente, confundida, comenzaría a tropezar. Y yo cubriría la retirada de ambas que, mezcladas entre la multitud, alcanzarían la calle donde ya nos estaría esperando un coche.

No había más que pensar, solo que vencer los nervios. Y así lo haríamos...

· Una mirada entre Eneko y yo, y el dispositivo estaría en marcha... Mi amigo portaba una pequeña mochila que logró introducir gracias a que yo, con una excusa, entretuve a los gorilas de la puerta.

Mi hermana imitó un casi desvanecimiento que irritó a Pierre, quien, de lo más jodido, le dio permiso para bajar haciéndole un gesto, antes de que se formara la más gorda en el escenario.

De inmediato, Maia pidió también un receso y salió de su maldita jaula.

Tan solo unos segundos después, las alarmas comenzaron a sonar como unas condenadas, provocando un escándalo que dejó a cuadros a Pierre, quien puso cara de circunstancias. Cuánto disfruté su desconcierto, el cual no tuve tiempo de celebrar porque la gente comenzó a correr de un lado para otro mientras que Eneko se convirtió en ese mago que hizo de aquel lugar una pista de humo.

El humo llevó al pánico y la gente corría hacia la puerta. Aroa tomó a Maia de la mano y comenzaron a correr hacia ella mientras yo cubría su retirada. En cuanto a Pierre, solo chillaba y miraba hacia las alarmas sin comprender de dónde provenía un incendio que solo estaba en nuestra imaginación.

Las chicas llegaron a la calle y el coche nos esperaba. Las empujé a ambas y nos subimos. Solo nos faltaba Eneko quien ya volaba también hacia el exterior y se montó en el coche cuando ya estaba casi en marcha. Aroa le abrazó fuerte y entonces yo me volví...

—Hola, Maia—murmuré entre lágrimas de emoción.

No había más que pensar, solo que vencer los nervios. Y así lo haríamos...

Una mirada entre Eneko y yo, y el dispositivo estaría en marcha... Mi amigo portaba una pequeña mochila que logró introducir gracias a que yo, con una excusa, entretuve a los gorilas de la puerta.

Mi hermana imitó un casi desvanecimiento que irritó a Pierre, quien, de lo más jodido, le dio permiso para bajar haciéndole un gesto, antes de que se formara la más gorda en el escenario.

De inmediato, Maia pidió también un receso y salió de su maldita jaula.

Tan solo unos segundos después, las alarmas comenzaron a sonar como unas condenadas, provocando un escándalo que dejó a cuadros a Pierre, quien puso cara de circunstancias. Cuánto disfruté su desconcierto, el cual no tuve tiempo de celebrar porque la gente comenzó a correr de un lado para otro mientras que Eneko se convirtió en ese mago que hizo de aquel lugar una pista de humo.

El humo llevó al pánico y la gente corría hacia la puerta. Aroa tomó a Maia de la mano y comenzaron a correr hacia ella mientras yo cubría su retirada. En cuanto a Pierre, solo chillaba y miraba hacia las alarmas sin comprender de dónde provenía un incendio que solo estaba en nuestra imaginación.

Las chicas llegaron a la calle y el coche nos esperaba. Las empujé a ambas y nos subimos. Solo nos faltaba Eneko, quien ya volaba también hacia el exterior y se montó en el coche cuando ya estaba casi en marcha. Aroa le abrazó fuerte y entonces yo me volví...

—Hola, Maia—murmuré entre lágrimas de emoción.

Capítulo 20



La llevé abrazada hasta el apartamento, donde le pagamos una buena suma por sus servicios y por su silencio al chico que nos sirvió de chófer.

Maia no había articulado ni una sola palabra hasta llegar allí. Tampoco lo hizo hasta que ya estuvimos en el interior.

—Vamos a dejarlos solos—le comentó mi hermana a Eneko, llevándoselo hacia su dormitorio.

Nos quedamos el uno frente al otro y la emoción fue quien tomó la palabra.

—Mi niña, mi niña... Te prometo, te prometo que jamás pensé en abandonarte.

—Iván, mi Iván—me decía ella con gruesas lágrimas como puños rodando por sus mejillas.

—Soy yo, mi vida, soy yo. Hubiera dado mi vida por encontrarte. Si no te pude buscar antes fue porque hubiese comprometido la tuya. El negocio en Alemania nos salió mal a Eneko y a mí...

—Aroa me contó...

—Os hubieran liquidado de ponernos en contacto con alguno de vosotros, mi vida. Pero te doy mi palabra de que mi único propósito ha sido que pasaran esos diez años para encontrarte... ¿Qué paso, mi niña? ¿Por qué no podía saber de ti? Él te apartó del mundo, ¿verdad?

—Por completo... Yo tampoco me olvidé de ti ni un solo día, aunque sí te digo la verdad, no sabía qué pensar. A veces quería creer que me seguías queriendo, y que algo imposibilitó tu vuelta, y otras que te olvidaste de mí y comenzaste esa vida que decías, igual en el Caribe...

—¿Sin ti? Antes muerto, Maia. Ahora sí que tenemos planes, ya te los desvelaré.

—Pierre nos va a buscar... No parará hasta encontrarnos y matarnos. Tan solo una vez osé escaparme y, a pesar de tenerle bloqueado, su llamada sonó en mi móvil... Supe entonces que estaba acorralada, que no tenía escapatoria.

—Era lógico que tuviera todo tipo de sistemas instalados en tu móvil, eso lo previmos Eneko y yo. Por eso lo hemos tirado por el camino.

—Dios mío, tengo mucho miedo. Iván, nos matará...

—No lo hará. Esta vez sí que podrás escapar de sus garras y no como cuando acabaste en Colliure.

—¿Sabes que estuve allí?

—Sí, hablamos con el médico que te atendió, un señor encantador, Simon.

—Cielo santo, sí que lo era...

—Él se quedó muy preocupado por ti, al marcharte de cualquier manera, y nos puso sobre la pista de la llamada que te hizo ese canalla.

—Me dijo que si no volvía a Marsella, me mataría. Que esa vez sí que lo haría...

—Porque él te dio esa paliza, ¿verdad?

—Sí, por eso...

—Lo mataré, es que lo mataré.

—No digas eso, por favor. Ahora estamos juntos y eso es lo importante. Pero si él nos encuentra...

—No nos encontrará—le aseguré.

—Eso espero—suspiró.

—¿Por qué te pegó, Maia?

—Porque se había enamorado de mí y sabía que no le correspondía. Mi corazón siempre te perteneció. Él supo que había alguien desde el principio, es muy listo, aunque yo nunca le desvelé tu identidad.

—Qué hijo de puta, ¿y por eso te puso la mano encima?

—Sí, las primeras veces fue menos, pero con el tiempo fue a más, hasta que aquel día me dio una buena paliza. Yo me escapé, pero me encontró y me prometió que, si lo volvía a intentar, sería la última. Por eso no lo hice.

—¿Cómo lo conociste, mi amor?

—Cuando te fuiste me metí en líos, lo siento mucho—comenzó a llorar.

—No, cariño, no llores... Te sentías abandonada, tú no debiste pagar un precio tan alto, no sabes cuánto lo lamento...

—Conocí a gente de mala calaña y comencé a coquetear con drogas...

—¿Todavía lo haces? —me quedé mirándola impresionado.

—No, no, solo fue al principio. Yo les compraba a camellos de poca monta hasta que necesité más. No podía con el mono y comenzaron a hacerme favores. Me extrañaba que me dejaran las dosis fiadas hasta que un día apareció él, quien manejaba el cotarro.

—¿Pierre también negocia con drogas?

—Sí, y con no sé cuántos asuntos turbios más. Para mí que está metido hasta en adobo, aunque solo se le conoce como proxeneta.

—Joder, qué hijo de mala madre...

—Lo es y mucho. Cuando apareció me exigió el pago. Yo no era nadie y él muy poderoso.

—Algo muy sospechoso...

—Pues sí. Mi entorno decía que se había enamorado de mí y que no me dejaría en paz bajo ninguna circunstancia. Yo me comencé a asustar, aunque me propuso saldar mi deuda con tal de estar con él.

—Vender tu alma al jodido diablo....

—Más bien vender mi cuerpo, eso no te lo puedo negar. A mi alma nunca pudo acceder. Esa la tenía reservada para ti porque, aun sin saber si me abandonaste adrede o no, yo no podía sacarte de allí ni de mi corazón.

—Mi niña preciosa...

—Al principio él me proporcionaba la droga y me costaba menos hacerlo... Ya sabes... Me daba menos asco. Con el tiempo, una vez que me trajo de Bilbao aquí a Marsella, comprendí que me estaba matando sola y lo dejé. Me costó la vida, pero lo hice. Y entonces vi claro.

—Y quisiste abandonarlo...

—Así es. Varios intentos tras sus malos tratos, hasta el día que logré llegar a Colliure. Desde entonces, nunca más reuní el valor para apartarme de él.

—Pero eso no le era suficiente.

—No. Me ofreció casarme con él y como le dije que era lo que más asco me daba en el mundo, me respondió que era una puta. Sin más...

—No puedo, no puedo con esto—le dije apretando las manos hasta notar una increíble tensión.

—Ya no me duele, tranquilo. Decidí que ya no podría hacerme más daño.

—Pero él buscó maneras más retorcidas de hacértelo.

—Ya. Me llevó a su local y me dijo que bailaría para todos. Que cada uno de esos tíos me desearía, pero que solo sería de él. Yo le contesté que de él tampoco era y me amorató un ojo. Me hizo bailar así, para que los demás comprobasen su poder sobre mí.

—Dios, cuánto dolor...

—Yo ya no sentía. Mis sentidos estaban adormecidos. He sobrevivido por inercia en los últimos años, Iván.

—Ya no recordaba cómo sonaba mi nombre en tus labios, cosita—la llamé así sabiendo que le tocaría mucho la fibra sensible.

. Comenzó a llorar a mares y yo sabía que le haría bien. Fueron muchos los años de presión contenida, de una inaguantable presión que soportó a base de hacerse fuerte, pero que muy fuerte.

Le presté mi hombro para llorar, como siempre hice de joven cuando me contaba los problemas con su padre. Ella lo hizo a moco tendido hasta que logró serenarse.

—Ayer, cuando vi a Aroa en su despacho, creí que él habría hecho realidad una de sus amenazas de muerte y me habría matado, que yo estaba muerta. Y por eso podía verla. Su imagen no me llegaba como real.

—Esa cabezona no dudó en buscarte hasta debajo de las piedras con nosotros. Se ha emparejado con Eneko, ¿lo has visto?

—Siempre le gustó. A mí me lo contó igual que me lo contaba todo. Hasta que me aparté de ella.

—He tenido sueños contigo. Soñaba que me esperabas en una playa, que me decías que llevabas así todo el

tiempo, anhelando mi regreso.

—No puede ser, ¿de verdad lo has soñado? —me preguntó.

—Sí, de verdad... ¿Por qué?

—Cuando logré alcanzar Colliure me encantó, ¿sabes?

—Me lo imaginé cuando estuve allí. Supe que ese sitio era de tu gusto.

—Así, es. Te prometo que me hubiese quedado allí, te lo prometo. Y antes de volver con él, me tumbé en esa playa y pensé que en ese lugar te habría esperado de por vida. Ese día me llegó la vibra de que tú querías regresar conmigo, aunque muchos otros lo dudase.

—¿Eso pensaste? Yo lo soñé tal cual, cosita, tal cual...

—Estamos conectados, siempre lo hemos estado. Y eso que la vida nos hizo presos, a cada uno de nuestras circunstancias.

—Las tuyas mucho más dolorosas que las mías. Nosotros caímos en manos de un mafioso que movía armas...

—Cielos, todos estos están cortados por el mismo patrón. Si no mueven una cosa, mueven otra.

—Así es. Y no tuvimos mala vida, pero nos privó de lo más importante: de la posibilidad de contactar con nuestros seres queridos.

—Y yo pensando que quizás te hubieras olvidado de mí...

—¿Olvidarme? Me volví loco... Completamente loco, te lo aseguro... Creí que no sobreviviría sin ti, hasta que entendí que solo volvería a verte cuando fuese libre y que debía comprar la libertad con mi trabajo. Al menos yo podía hacerlo. A ti, ese miserable te condenó a estar con él.

—¿Cómo lo haremos? ¿Cómo? —me preguntó desesperada.

—Sé que quieres terminar viviendo en el sur de Francia y así será, pero de momento, mañana mismo nos marchamos en un vuelo al Caribe.

—¿Al Caribe? ¿Y cómo nos mantendremos allí?

—Te prometí que traería dinero para comenzar una nueva vida. Esa fue la única de mis promesas que he podido cumplir. Por esa parte no te preocupes.

—Te miro y pienso que no es verdad, que estoy soñando... Iván.

—¿Y si te beso, cosita?

—No será bastante, porque en mis sueños también me besabas y luego el día amanecía y me devolvía a la oscuridad de Pierre, se llevaba tu luz.

—Yo llenaré de luz tus días, porque ahora sí que es cierto que he vuelto. Y lo he hecho para quedarme, cariño. No me pienso apartar de ti ni un solo día de mi vida y sí, como quizás ya estés pensando, se trata de una amenaza que pienso cumplir.

—No sabrás dónde meterte si no llegas a cumplir esa amenaza, ¿me oyes? Ya nos hemos perdido bastante. Tengo mucho miedo.

—Y yo viviré para transformar tus miedos en ilusiones. Ya has debido pasar bastante, no le permitas que siga manipulándote incluso en la distancia.

—No lo haré, sé que su poder reside en mi miedo... Si yo le retiro el miedo, él se queda sin poder.

—¡¡Esa es mi niña!! —exclamé y entonces sí, entonces la besé con toda la intensidad que puede contener un beso

Diez años desde el último beso y sentí que fuese una continuación de este. Ella me sonrió y me dio un enorme abrazo, estuvimos minutos así, en silencio...

Era todo.... El brillo de sus ojos pareció volver de inmediato, como deshaciéndose del paño que los cubría... Su olor, lo rosado y grueso de sus labios, el blancor de sus dientes... La juventud que seguía viviendo en ella.

Maia no es que contase con todos los ingredientes para enamorarme porque jamás, nunca en la vida, dejé de estarlo de ella ni un solo segundo. Pero sí que contaba con los suficientes para que siguiese siendo así hasta mi último aliento.

Entre Eneko y yo ya lo teníamos todo preparado para que nuestra estancia en El Caribe fuese idílica. Entre todos nos lo habíamos ganado. La única que escapó algo mejor fue Aroa y, pese a todo, también vivió lo difícil de mi desaparición junto con mis padres.

Había llegado el momento de comenzar a vivir mientras encontrábamos la manera de impedir que Pierre volviera a acercarse nunca a ninguno de nosotros ni por supuesto a Maia, a quien había tomado por suya cuando reitero que no era de nadie.

Mi “cosita” volvería a tomar las riendas de su vida y, eso sí, yo permanecería a su lado cada día de mi vida

apoyándola, amándola y adorándola.

Estábamos sin reacción. Eran tantas las cosas que deseábamos contarnos que, una vez terminamos aquel largo abrazo, comenzamos a hablar los dos de manera atropellada, igual que nos sucedía en el pasado. Y de la misma forma también comenzó a sonar en medio de la noche nuestro dúo de risas, ese que tanto eché de menos, ese cuyo recuerdo me sacó tantas veces las lágrimas durante aquellos años.

Ya no habíamos de llorar más, ninguno de los dos. Solo nos quedaba reír, terminar de atar cabos ¡y vivir como si , no hubiese un mañana!

apoyándola, amándola y adorándola.

Estábamos sin reacción. Eran tantas las cosas que deseábamos contarnos que, una vez terminamos aquel largo abrazo, comenzamos a hablar los dos de manera atropellada, igual que nos sucedía en el pasado. Y de la misma forma también comenzó a sonar en medio de la noche nuestro dúo de risas, ese que tanto eché de menos, ese cuyo recuerdo me sacó tantas veces las lágrimas durante aquellos años.

Ya no habíamos de llorar más, ninguno de los dos. Solo nos quedaba reír, terminar de atar cabos ¡y vivir como si no hubiese un mañana!

Capítulo 21



Durante diez años soñé con hacerla mía. Soñé con la fusión de nuestros cuerpos, jóvenes y juntos, haciendo maravillas sobre una cama.

Bien sabía el universo que no solo se trataría de sexo, sino también de amor... De un amor que había persistido el paso de los años y que proseguiría con nosotros hasta el fin de nuestros días, porque cuando sabes que has pasado ciertas pruebas que la mayoría no pasaría, entiendes que el tuyo es un amor de esos de matrícula de honor que no entiende de rupturas.

Mis ganas, las ganas de hacer el amor con Maia por primera vez seguían intactas, pero creo que los dos supimos que habrían de esperar a llegar a Punta Cana, que era nuestro destino y el lugar en el que ya podía vernos juntos.

Mi ilusión era máxima. En realidad, tan grande que el pecho me dolía porque ya no me cabía más ilusión ni más amor. Ella estaba agotada y yo no lo estaba menos.

Moría de amor porque, pese a que la vida la había llevado al punto que la llevó, y le robó su candidez, conmigo parecía volver a recobrarla.

La Maia que se fue de mi mano al dormitorio nada tenía que ver con esa otra que bailaba en la jaula de ese local. Esa sería muy sexy, pero estaba desprovista de sentimientos, mientras que mi niña revivía en mis manos, la ilusión volvía a su cara y hasta la vi ruborizarse cuando me dijo de entrar en el baño y un rato después salió con una toalla cubriendo su cuerpo.

Mi sonrisa me salió con tal amplitud que cruzó mi cara de lado a lado. No podía imaginar un cuerpo más bonito a mis ojos ni tampoco tan perfecto. No obstante, no se quitó la toalla y se metió con ella en la cama.

Me esperó de la misma forma, tapada, cuando salí de ducharme yo. Mientras lo hacía, imaginaba un millón de duchas juntos, solo que esas ya llegarían. Era cuestión de ir paso a paso, primero habría de acariciarle el corazón y darle esa seguridad que ella necesitaba.

Me tumbé a su lado en ropa interior y ella se ladeó hacia mí. No era momento de hablar, ya lo habíamos hecho durante horas. Al menos no hablaríamos con los labios, sino que lo harían nuestros ojos.

Con lentitud, ella retiró su toalla y se quedó totalmente desnuda. Yo hube de hacer un ejercicio que me llevase a controlar el aire en el interior de mis pulmones, puesto que las ganas eran muchas, aunque me podían más las de abrazarla y proporcionarle un lugar, el de mi pecho, que fuese “mi lugar en el mundo”, como ella me decía de adolescente al tumbarse en la playa sobre mí.

Yo aspiraba a volver a ser ese lugar en el mundo para Maia. Su pelo moreno lucía más largo que nunca, largo y espeso. Pese a lo desgraciada que se hubiese sentido al lado de ese maleante, estaba muy cuidada en el plano físico.

En su joven cuerpo no quedaba ni una sola huella de esas sustancias que hubiera consumido muchos años atrás. Por suerte para ella y también para mí, porque la preocupación al respecto no me abandonó ni un solo momento desde que mi hermana me lo contó.

En fin, que con ella quise dormir, pero sobre todo que Maia durmiera sobre mí. No sucumbí a los encantos de su exuberante cuerpo porque, como digo, preferí esperar a que llegase un mejor momento... Un mejor momento para poseerla, un mejor momento para hacerle sentir que conmigo nada tendría que temer y que hay muchos tipos de hombres, pero uno solo que te quiera.

Ella lo sabía muy bien y por eso, mientras yo acariciaba la exuberancia de su cuerpo desnudo, se dejó mecer por mis brazos para alcanzar el sueño.

La veía muy cansada, eso sí. Y no hablo solo del cansancio físico, sino de ese otro cansancio que a veces es mucho más fuerte: el cansancio mental. Maia había vivido muchas vidas en una, pero todas ellas terribles. Había llegado el momento de que pudiera vivir la suya, una sola, pero que la colmara de alegría y de todo eso bueno que la vida nos regala y a lo que ella tan injustamente hubo de renunciar.

En el camino de su vida apenas hubo rosas. Más bien estuvo plagado de espinas y yo dedicaría la siguiente etapa de la mía a retirar todas y cada una de ellas, a hacer que transitara alegre, feliz y confiada por un camino en el que ⁿ pudiera saltar y brincar sin miedo alguno a que una de esas malditas espinas volviera a hacerle daño.
a

En Punta Cana, el cual era nuestro siguiente destino, encontraría esa paz que necesitaba proporcionarle. A Eneko y a mí nos quedaban aún cabos que atar para que el canalla de Pierre no siguiera con su idea de hacernos la vida ^t imposible, pero esa era nuestra tarea y nada tenía que ver con las chicas.

Maia y Aroa vivirían allí unas idílicas vacaciones, cuya duración no podíamos conocer de antemano, pero que les servirían para cargar pilas y para volver a acercarse la una a la otra, pues también se habían echado muchísimo de / menos.

En definitiva, mi objetivo era crear el mejor futuro para ella mientras me encargaba de que ese corazón que un día sin quererlo para nada, le hice pedazos, volviese a latir de una pieza después de recomponerlo a base de besos, caricias y generosas dosis de amor del bueno, de ese que todo lo cura igual que el mar.

Ella ya dormía y a mí me costaba la vida hacerlo. Mis nervios estaban a flor de piel y solo quería sacarla de Europa, cruzar el charco y ponerla a salvo.

Finalmente, también el sueño me rindió y esa noche no soñé con ella... No tuve ninguna de necesidad de hacerlo porque cada vez que me despertaba la veía a mi lado: desnuda, delicada, increíble...

Ella ya dormía y a mí me costaba la vida hacerlo. Mis nervios estaban a flor de piel y solo quería sacarla de Europa, cruzar el charco y ponerla a salvo.

Finalmente, también el sueño me rindió y esa noche no soñé con ella... No tuve ninguna de necesidad de hacerlo porque cada vez que me despertaba la veía a mi lado: desnuda, delicada, increíble...

Capítulo 22



Las horas previas a tomar el avión fueron igualmente una locura. En cuanto a nuestra identidad y demás, habíamos tomado todas las precauciones habidas y por haber, por lo que nuestros nombres figurarían en otro vuelo. ¿Cómo? Eso no fue difícil para Eneko y para mí, ya que entramos en la página de otra compañía en la que hicimos paz y guerra a nivel informático.

Para un buen hacker, y nosotros tuvimos que convertirnos en unos magníficos para sobrevivir en Berlín, esas cosas son pan comido. Algo que, sin duda, logró despistar a Pierre.

Era evidente que él sospechó que pudiéramos salir del país en avión en las siguientes horas, por eso hubimos de hacer esa maniobra. Nuestros nombres aparecieron en un vuelo a Roma y, al mismo tiempo, desaparecieron del vuelo que realmente cogeríamos.

Por esa razón, una vez que estuvimos en el aeropuerto, reconocimos algunas de las caras de sus hombres.

—Están ahí, están ahí—me señalaba Maia temerosa.

—Están mirando el embarque del vuelo que Eneko y yo queremos que miren, tranquila. Les hemos despistado.

—Dios mío, también Pierre. Míralo, ahí llega. Tengo mucho miedo, creo que me falta el aire y que me voy a desmayar.

—No debes tener miedo, pequeña. Te prometo que están mirando donde no darán con nosotros...

Tenía la certeza de que Eneko y yo habíamos hecho bien los deberes, aunque reconozco que tampoco pude respirar tranquilo del todo hasta que embarcamos. Y digo más, hasta que el avión comenzó a surcar los aires rumbo a Punta Cana.

A Maia no le volvió la sonrisa a la cara tampoco hasta ese momento, ya que su rostro se había desencajado y no era para menos. Los nervios que pasamos en el aeropuerto fueron muchos, ya que ni siquiera podíamos portar las pequeñas armas que compró Eneko en el mercado negro.

De cualquier forma, nos haríamos con otras en cuanto llegásemos a Punta Cana, por lo que pudiera pasar. Esas

siempre irían con nosotros, pues todo se nos haría poco para defender a nuestras chicas, aunque no veíamos en absoluto probable que ese criminal diera con nuestro paradero.

El vuelo transcurriría de lo más apacible, ya que la tranquilidad de abandonar suelo francés y, por tanto, de dejar atrás a Pierre calmó a Maia, quien durmió durante el primer trayecto como una bendita, lo mismo que Aroa.

Eneko y yo íbamos dándole vueltas a nuestros muchos planes, pues no podríamos estar tranquilos del todo hasta poner en jaque a Pierre. No si un día pretendíamos volver y también que lo hicieran mis padres, quienes ya volaban igualmente rumbo a Holanda a ver a nuestra tía durante una temporada hasta que las aguas se calmasen.

Cuando las chicas se despertaron, parecían de lo más contentas. Era normal si tenemos en cuenta que por fin se reencontraban.

Ni ropa tenía Maia, a quien sacamos del local medio desnuda, razón por la cual iba “vestida de Aroa” como ella decía.

—Me encanta tu estilo—le comentaba mirando sus prendas.

—¿Sí? Es el mismo de siempre, pero ya con más personalidad.

—Lo veo, lo veo. Y por fin te pusiste el pelo rosa, te queda genial.

—¿Te gusta? —se lo tocaba mi hermana. Parecían dos crías entusiasmadas en su primer día de instituto.

—Mola mogollón... Yo también tengo que hacerme algo, quiero cambiar un poco el estilo.

—Te diría de teñírtelo de rosa también, pero mi estilo no es el tuyo, a no ser que haya cambiado.

—No, no, no... Yo lo veo monísimo para ti, pero quiero seguir de morena. Hay muchas cosas que quiero cambiar en mi vida, pero no esa.

Yo la hubiera amado con el pelo de cualquier color, como si quería ponerse un arco iris en él, pero reconocía que su cabellera morena me perdía y me alegré.

—El flequillo, deberías sacarte el flequillo—observó Aroa.

—¡¡Esa idea te la compro!!

—Pues, si quieres... Yo misma te lo cortaré en cuanto bajemos porque aquí no tenemos tijeras y, por muy vascas que seamos, no nos lo cortamos a bocados como piensan algunos—rio Aroa y sacó las carcajadas de Maia, quien terminó secándose las lágrimas de risa con las manos.

—Ay, por favor, ya no recordaba lo que era reírse así.

—Pues nosotros estamos más que dispuestos a refrescarte la memoria, cosita, le aseguré porque así era.

Ella me abrazó y se me quedó mirando sonriente. No hacía falta que dijera ni una palabra: simplemente estaba feliz y yo no digamos nada.

En Punta Cana lo teníamos todo listo para recibimos. Habíamos alquilado una preciosa casa con piscina para los cuatro, al lado de la playa. Una especie de paraíso en el que ella volvería a la vida poco a poco, porque Maia llevaba demasiado tiempo sin vivir.

Aroa sería determinante para su recuperación. Juntas volvían a ser niñas... Y en cuanto a mí, qué decir... Yo me dejaría la vida en hacer de cada uno de sus momentos uno inolvidable.

Después de tantos años deseándolo, había llegado la hora de hacer nuestros sueños realidad y en un rincón idílico del mundo. Cada una de las risas de las chicas en el avión era compartida por Eneko y por mí. Una alegría que comenzamos a disfrutar desde el mismo momento del despegue y que nos acompañaría durante toda la aventura caribeña que estábamos emprendiendo.

Una alegría que nos llevaría por cada uno de los rincones de un lugar que ya estábamos deseando descubrir juntos. Ninguno de los cuatro había viajado nunca a ese destino y hacerlo juntos era una verdadera oportunidad.

A Maia no paraba de besarla y ella se dejaba besar... No me refiero a dar la nota morreándonos a saco, sino a que besaba su rostro, su cuello, su nuca... Cualquier centímetro de su piel que me pusiera a tiro era “besable” por lo que no perdí la oportunidad de hacerlo hasta que el comandante nos anunció que el aterrizaje estaba próximo y que, con él, nuestra nueva vida comenzaba.

—Ay, por favor, ya no recordaba lo que era reírse así.

—Pues nosotros estamos más que dispuestos a refrescarte la memoria, cosita, le aseguré porque así era.

Ella me abrazó y se me quedó mirando sonriente. No hacía falta que dijera ni una palabra: simplemente estaba feliz y yo no digamos nada.

En Punta Cana lo teníamos todo listo para recibarnos. Habíamos alquilado una preciosa casa con piscina para los cuatro, al lado de la playa. Una especie de paraíso en el que ella volvería a la vida poco a poco, porque Maia llevaba demasiado tiempo sin vivir.

Aroa sería determinante para su recuperación. Juntas volvían a ser niñas... Y en cuanto a mí, qué decir... Yo me dejaría la vida en hacer de cada uno de sus momentos uno inolvidable.

Después de tantos años deseándolo, había llegado la hora de hacer nuestros sueños realidad y en un rincón idílico del mundo. Cada una de las risas de las chicas en el avión era compartida por Eneko y por mí. Una alegría que comenzamos a disfrutar desde el mismo momento del despegue y que nos acompañaría durante toda la aventura caribeña que estábamos emprendiendo.

Una alegría que nos llevaría por cada uno de los rincones de un lugar que ya estábamos deseando descubrir juntos. Ninguno de los cuatro había viajado nunca a ese destino y hacerlo juntos era una verdadera oportunidad.

A Maia no paraba de besarla y ella se dejaba besar... No me refiero a dar la nota morreándonos a saco, sino a que besaba su rostro, su cuello, su nuca... Cualquier centímetro de su piel que me pusiera a tiro era “besable” por lo que no perdí la oportunidad de hacerlo hasta que el comandante nos anunció que el aterrizaje estaba próximo y que, con él, nuestra nueva vida comenzaba.

Capítulo 23



Ya estábamos en Punta Cana y nunca olvidaré la emoción con la que Maia entró en esa casa que nos serviría de alojamiento por tiempo indeterminado.

Cierto que era verdaderamente preciosa, como ella reseñó, y no solo eso, sino que resultaba muy comfortable y daba la apariencia de un verdadero hogar.

Contaba con varios dormitorios, un par de ellos dobles, los más bonitos y amplios de la casa, así como los más luminosos. Se trataba de una construcción moderna, minimalista, con enormes miradores. Tanto desde los dormitorios como desde el salón podía verse el mar. Eso era algo que yo había tenido muy en cuenta y no paré hasta encontrar una que nos ofreciese las mejores vistas.

El mar había sido determinante en la villa de Maia y yo tenía la certeza de que lo sería también en esa recuperación que tanta falta le hacía a mi cosita.

—Guauu, es una verdadera maravilla—comentó ella al verla.

Al lado de Pierre habría compartido espacios muy lujosos, pero ese lujo se le transformó en absoluta amargura mientras que en aquella casa todo parecía representarle felicidad.

Los espacios no estaban en absoluto recargados. Contaba con el mobiliario necesario, pero dejando mucho espacio para que la estancia allí resultase muy cómoda.

El blanco predominaba tanto en el exterior como en el interior y eso era algo que nos reportaba también mucha paz.

Aroa sabía muy bien cuáles eran las teclas que debía tocarle y lo hacía genial.

—Mira, Maia. Creo que en este jardín hay lugares magníficos para pintar—le comentó.

—¿Para pintar? Yo es que hace mucho que no pinto, desde que... Bueno, lo último que pinté fue un retrato que le entregué a tu hermano la última vez que lo vi, de ambos...

—Espera un momento—le indiqué y abrí mi maleta. A continuación, lo saqué y se lo enseñé.

—¡¡Es este!! —chilló—. Ahora veo que lo has conservado todo este tiempo.

—¿Que si lo he conservado? ¡¡Y como oro en paño, cariño!! —le comenté.

—Cielos, somos nosotros... Somos nosotros, en otra vida—murmuró.

—No, en esta vida, lo que sucede es que se vio interrumpida por una especie de “kit kat”, pero es la misma. Y te prometo que ahora será más bonita que nunca.

—¿Lo has visto, tontona? Debes volver a pintar... Además, que ahora tenemos un estudio de tatuaje—le comentó Aroa.

—¿Cómo que tenemos un estudio de tatuaje?

—Bueno, que yo abrí el mío, pero que la idea era de las dos... Si quieres, allí donde te establezcas, montas otro. Y los hacemos así en plan franquicia—le guiñó el ojo.

—Así que cumpliste tu sueño, Aroa.

—Nuestro sueño, y lo disfrutaremos juntas.

—Yo tengo la sensación de haber perdido la práctica en todo. Tampoco volví a practicar danza ni...

—Yo tengo guardadas tus zapatillas de ballet, las que me devolviste—le contó mi hermana.

—Ay, cielos, lo siento—me miró—. Eran tu regalo y yo...

o

—Y yo lo entiendo perfectamente. Ahora bien, si me quieres hacer un regalo, vuelve a calzarlas a nuestra vuelta y baila de nuevo, cosita.

—Lo haré, lo haré por ti, te lo prometo—me abrazó.

Nos habíamos hecho daño a nosotros mismos sin pretenderlo y era hora de volver a disfrutar no solo el uno del otro, sino de todas esas cosas que siempre fueron importantes en nuestra vida, que nos llenaron de alegría y que conformaron nuestra personalidad.

Cuando llegó la hora de irnos a la cama, yo notaba que la Maia que salió del baño ya iba teniendo poco que ver con la que huyó de aquel local. En cuestión de pocas horas, se había ido convirtiendo de nuevo en ella misma y nada me alegraba más.

Mis nervios estaban presentes cuando ella abrió la puerta del baño. Yo ya me había duchado y no, esa vez no apareció con la toalla. El rubor sí que aparecía en sus mejillas, tiñéndolas de rosado, pero salió no solo con el alma desnuda, sino con el cuerpo también.

En aquellos años se había transformado en la más sugerente de las mujeres. Sus senos habían crecido al compás de sus caderas, en una sintonía que era un deleite para la mirada. Sus pezones, oscuros y apetecibles, representaban la máxima de las tentaciones y el que se mantuvieran duros como pitones contribuía a que mi erección fuese a más.

Por debajo de esas caderas en cuyo movimiento uno se perdía aparecía un pubis perfectamente depilado que avanzaba hacia mí.

Las tablas adquiridas por ella en aquellos años eran innegables. Yo la vi bailar en aquel local como una sugestiva diosa, como una capaz de hacer que ardiera en llamas cualquier hombre. Y, sin embargo, pese a esos andares felinos, a la hora de entregarse a mí también adivinaba en su interior la candidez de esa niña cuyo cuerpo jamás llegué a penetrar.

La mezcla era de total locura y más cuando jugaba con su larga melena de la forma en que jugaba. Ella no tenía que hacer nada especial para volverme loco, pero si ya activaba el protocolo para acelerar esa locura... Entonces apaga y vámonos.

Sus pasos eran firmes, sus movimientos armoniosos y la lujuria la seguía pisándole los talones.

Sus pies descalzos alcanzaron la cama y avanzó a cuatro patas hacia mí. Sus senos se dejaron caer sobre mi torso y entendí entonces de golpe el concepto de combustión espontánea, pues muy a punto estuve de echar a arder.

El calor nos abrasaba a ambos en ese momento en el que mis labios alcanzaron los suyos. Fui tirando poco a poco de su cuerpo hasta lograr sentarla en mi cara y entonces... Entonces sentí que el más sublime de los placeres me envolvía.

Maia sabía moverse al compás que le marcaba mi lengua, la cual primero comenzó a recorrer sus labios vaginales para más tarde abrirse camino entre ellos. Diez años deseando hacer aquello y, de un solo movimiento, mi lengua entró en su más llameante cavidad, en esa que me recibió con fuego.

Me hubiera quemado dentro de ella, hubiera avivado ese fuego hasta reducirme a cenizas, pero el abanico de su cuerpo me refrescó al comenzar a moverse sobre mi boca de la forma más insinuante que jamás hubiese imaginado.

Maia hacía magia con su cuerpo y con su pelo, deslizándose sobre mi lengua, caldeándola, recorriéndola... mis dedos buscaban su clítoris mientras mi lengua no abandonaba aquella cavidad fogosa en la que se hubiera quedado.

a vivir... Fogosa como su dueña, quien se movía de un modo que me secaba la garganta al máximo.

^a Su sola visión ya era un espectáculo, pero si a ello le unía el modo en el que se movía, ya no se podía pedir más. Maia representaba algo que cualquier hombre hubiese anhelado y por lo que hubiera dado la vida hasta el más cabal de ellos.

Mientras mi lengua la seguía inspeccionando, mis dedos abultaban un clítoris cuyo sabor tampoco tardaría en probar, aunque para eso antes la haría estallar.

Cuántas veces, en mis sueños, la hice estallar de placer. Y de pronto la tenía ahí, entusiasta, caliente y entregada, restregándose contra mi boca. No había prisas, el reloj no existía para ambos.

Demasiado tiempo anhelando aquello como para que las horas tuvieran cabida entre ambos. Allí solo cabíamos ella, yo y nuestras ganas. Aunque estas últimas eran tantas que amenazaban con echarnos de la cama.

Cuando el estallido le llegó, corrí a probar eso que emanaba de su interior y que me ayudaría a identificar su sabor para siempre. La punta de mi lengua lo probó y supe entonces que, de entre todos los sabores del mundo, desde aquel día ese sería mi preferido.

Maia seguía moviéndose de un modo que no sabía identificar, de un modo que solo estaba creado para ella, de un modo que me reducía a brasas.

Entonces, y sin que yo lo esperase, optó por darse la vuelta y me dejó de nuevo su sexo a tiro, pero con ella mirando hacia mis pies. A continuación, tomó mi pene y, tras masajearlo a conciencia, se lo llevó a la boca.

Mi dureza se hizo mayor en su cavidad bucal, en esa que parecía estar llena de brasas. Su manera de recorrerme me convirtió en acero por esa parte de mi cuerpo que se asemejaba a una espada con la que ensartar el suyo.

Había lujuria en su mirada, en esa que me ofrecía ladeando su cabeza. Pero a la vez veía a la adolescente que un día fue y que se entregaba a mí por primera vez. Como digo, la mezcla más explosiva y adictiva del mundo.

El recorrido que me hizo con la lengua me endureció y me engrosó. Mi pene creció en sus manos, en esas que ardían tanto como su boca. Se tomaba su tiempo para degustarlo y después lo llevaba hasta la antesala de su garganta, poniendo en jaque mi aguante.

No, no terminaría así un acto que quería demorar más, mucho más... Y no porque no pudiera continuar después, que yo la amaría hasta entrada la mañana, sino porque era la primera vez y yo deseaba eternizarla.

Me contuve una y mil veces porque me puso a dura prueba. Antes de lograr que me corriese, conseguí yo que ella lo hiciese de nuevo. Y entonces sí... Entonces aproveché que su esencia se desparramaba desde la salida de su ^ovagina para entrar en ella. Lo hice de un modo pausado, haciéndola disfrutar y disfrutándolo. Llevaba una

eternidad imaginando cómo sería penetrarla y esa noche hice realidad mi sueño. Ella, que había tomado aire, lo fue soltando lentamente sobre mi rostro mientras yo me aventuraba a entrar en lo más hondo de su vagina, desde arriba, con su cuerpo de espaldas al colchón y las piernas abiertas, permitiendo que la naturaleza siguiera su curso y aumentando los grados centígrados de un dormitorio que estaba a punto de necesitar que utilizásemos un extintor de incendios, de un incendio que, aunque metafórico, allí sí que se estaba dando de verdad.

Una vez hice tope en su interior, mi sonrisa se igualó con la suya. Ninguno de los dos se movió, solo queríamos sentirnos una y otra vez, solo que nuestros cuerpos se llenaran del otro, solo percibir que por fin nos habíamos hecho uno, que el momento había llegado...

Parados, la abracé fuerte, muy fuerte... Permanecimos así varios minutos hasta que ella me indicó, con un sexy movimiento de cadera y con un guiño de ojo que no lo fue menos, que había llegado el momento de darle caña a nuestros cuerpos.

Al principio no cogí velocidad, en absoluto. Me fui moviendo sobre Maia con tremenda mesura, entrando y saliendo de ella, recreándome en ese hueco que me servía para penetrar su vagina, el cual recorrí con mi pene de distintas maneras, también describiendo círculos mientras ella se derretía entre jadeos placenteros.

De entre todos los sonidos del mundo, ninguno me podía estimular tanto como esos jadeos que salían de su garganta para entrar directos en la mía, pues comencé a besarla conforme cogía velocidad.

Eran muchas las maneras de las que deseaba disfrutarla, pero tiempo habría... Esa noche, y sobre ella, me sentía el mortal con más suerte de este jodido planeta, mientras la recorría de fuera adentro, mientras entraba en esa caverna en la que mi pene era acogido con la mayor de las ansias mientras Maia estrechaba su canal invitándome a quedarme allí, inmóvil. La locura se cernía sobre mí y entonces comencé a darle más caña pues así me lo pidió... Ya nos habíamos deleitado de un ritmo lento que la llevó a explotar de nuevo y en cada una de esas explosiones me entregaba al completo a ella.

Maia sabía lo que se hacía y a la hora de hacerme correr por primera vez, se colocó encima de mí. Sugerencia pura, comenzó a mover su pelo al compás de su cuerpo y me resultó indomable.

Siempre imaginé potencia en su vida de adulta, pero aquello era demasiado... Su vagina me recorría de arriba abajo gracias a unos impulsos que me petrificaban... Solo podía mirar sus ojos, perderme en lo infinito de su verde y recorrer su mente a través de ellos igual que estaba recorriendo esa vagina caliente que me insuflaba vida.

Sudorosa, no por ello se cansaba. Maia tenía cuerda para rato y yo luchaba contra los impulsos de una naturaleza que, de un modo irremediable, me llevaba al alivio. Ella así lo quería y su gesto me decía que no pararía hasta lograrlo.

Maia era puro fuego, pero a la vez candor. La perfecta mezcla para poner a prueba mi cordura, una cordura que de nada me servía cuando ella tiraba de mí hacia el abismo de la locura... Una locura en la que ambos nos perderíamos, una locura que me llevaría directo a hacer pleno en su corazón, porque allí no se estaba practicando

sexo, allí se estaba consolidando un amor...

Cuando por fin me llegó ese alivio que ella esperaba con ansia, comencé a besarla... Y la besé sin salir de ella... La besé con tanto ímpetu que mi recuperación fue casi inmediata. No había esperado tanto tiempo para de pronto perderlo... De inmediato ambos comenzamos a amarnos de nuevo y así continuaría siendo hasta que el día tocara a nuestras puertas.

Cuando ya no pudimos más, cuando estuvimos llenos el uno del uno, la acurruqué en mi pecho para que durmiese sobre mí. Jamás se me podría haber ocurrido otra manera mejor de conciliar el sueño... Jamás cuando esa, y solo esa, era con la que yo había soñado durante toda la vida o durante todas las vidas... Porque tenía la sensación de haber vivido varias en una sola.

sexo, allí se estaba consolidando un amor...

Cuando por fin me llegó ese alivio que ella esperaba con ansia, comencé a besarla... Y la besé sin salir de ella... La besé con tanto ímpetu que mi recuperación fue casi inmediata. No había esperado tanto tiempo para de pronto perderlo... De inmediato ambos comenzamos a amarnos de nuevo y así continuaría siendo hasta que el día tocara a nuestras puertas.

Cuando ya no pudimos más, cuando estuvimos llenos el uno del uno, la acurruqué en mi pecho para que durmiese sobre mí. Jamás se me podría haber ocurrido otra manera mejor de conciliar el sueño... Jamás cuando esa, y solo esa, era con la que yo había soñado durante toda la vida o durante todas las vidas... Porque tenía la sensación de haber vivido varias en una sola.

Capítulo 24



Despertar con Maia era el mejor regalo con el que la vida me pudiera obsequiar.

—Buenos días, cosita—le dije amorosamente.

—¿Buenos días o buenas tardes? Porque no lo tengo yo nada de claro—me contestó mientras me besaba.

—Ni yo tampoco...

Corrí las cortinas y vi a Aroa junto con Eneko bañándose en la piscina. Se morían de la risa, no podían estar más contentos.

—Hacen una pareja preciosa—murmuró ella.

—¿Y nosotros? ¿Qué hacemos nosotros? —le pregunté yo.

—Nosotros hacemos “la pareja del año” —me contestó en tono cantarín aludiendo a la famosa letra de Myke Towers y Sebastián Yatra.

—Ven aquí, pareja mía—la levanté en brazos y la besé.

—No es por nada, pero estoy desnuda—me comentó y entonces volví a correr las cortinas.

No tenía ni la menor idea de la hora a la que nos habíamos despertado, pero es que tampoco me quitaría el sueño en absoluto.

Cuando por fin salimos del dormitorio, los otros dos nos estaban preparando el almuerzo. Eneko estaba en todo y encargó cantidad de provisiones para cuando llegásemos.

—Pero bueno, si son los Bellos Durmientes—nos saludó mi hermana—. Qué buenos colores, niña—le dio un codazo a Maia.

—Será que tú los tienes malos, guapa...

—¿Malos al lado de este semental? Eso nunca—miró a Eneko.

—¿Es necesario que yo sepa eso? —le pregunté risueño.

—Es necesario que tú seas otro, que no es lo mismo. ¿Lo es, Maia?

—Lo es, lo es—le comentó ella mordisqueando graciosamente un trozo de pan que se llevó a la boca—. ¿Por qué me miras así, Iván? Es que estoy muerta de hambre...

—No es por eso, ¿yo soy un semental? —reí.

—Pues claro que lo eres, un pura sangre ahí que lo das todo—me soltó sin el más mínimo complejo por hablar así Yo es que me partía.

—Siempre fuiste un poquito bruja y eso ya lo vaticinaste la primera vez que te fijaste en mi hermano, ¿te acuerdas?

—Es verdad, Aroa, que estábamos en tu dormitorio y él creía que no había nadie en casa. Pasó en bóxer y casi hiperventilo. Yo tenía 15 años y soñé con él aquella noche. Un sueño húmedo, obviamente.

—No puede ser, Eneko, vayamos al jardín que....

—Sí, no sea que tus cándidos oídos no puedan escuchar esto—rio mi amigo, quien me siguió mientras las chicas seguían parlotteando en la cocina.

Le vi con interés de enseñarme una grabación. Le conocía muy bien y Eneko era más inquieto que yo en el sentido de que le costaba más andar sin hacer nada, él siempre debía traer algo entre manos.

—Mira, quiero que veas algo... Es Pierre tirándose de los pelos en el aeropuerto al no encontrarnos. Ya se iba y desesperado. He conseguido la grabación y la estoy disfrutando.

—Ese tipo es el mismo demonio. No descansaré tranquilo hasta buscarle las cosquillas y saber que un día podremos vivir libres donde nos dé la gana sin pensar que...

—Que nos demos la vuelta y nos encañone. Ya te digo yo que sí. Pero igual te aseguro que no tiene ni puta idea de dónde estamos, por esa parte quédate tranquilo porque me he empleado a fondo.

—No sé qué haría sin ti, Eneko, te lo digo en serio...

—Te debo muchas y no te pienso defraudar nunca, ¿lo sabes?

—Claro que lo sé. Un día hicimos un pacto y nos lo llevaremos hasta la tumba, ¿verdad?

—Pero dentro de unos cuantos siglos, porque yo no tengo ni ganas ni tiempo para morirme. Y mucho menos con este panorama...

Qué divertido. Él miró para la cocina y las chicas estaban bailando salsa.

—Es que hace mucho que no practico, demasiado—le decía Maia a Aroa.

—¿Y qué? Hay cosas que no se olvidan...

—. Eso es verdad, cosita, ven para acá—le pedí y la cogí para bailar con ella.

Daba lo mismo la intención, cada vez que su cuerpo se acercaba a mí me hacía estremecer de un modo increíble.

“Y dime qué nos pasó
Si éramos tan felices...”

Comenzó a sonar esa canción, también de Sebastián Yatra, y aunque sonaba a desamor, nosotros nos hacíamos gestos con la mano como que sería todo lo contrario.

Era obvio que nos habíamos encontrado y la coordinación con la que lo hacíamos todo me indicaba que lo hicimos en un momento en el que los dos habíamos aprendido tantas cosas que no nos soltaríamos nunca de la mano.

Cuántas veces temí que su corazón estuviese comprometido en el momento en el que diera con ella... Y no. Maia había estado más presa aún que yo, pero su corazón lo reservó para mí igual que hice yo con el mío y para ella.

En Punta Cana, y con toda la felicidad que derrochábamos por el ansiado reencuentro, viviríamos una temporada inolvidable. Una que yo pensaba plagar de todo tipo de experiencias que, día a día, la hicieran olvidarse de lo malo que le tocó vivir, convirtiendo sus miedos en alegrías, haciendo de sus sueños, realidades.

El lugar se prestaba a ello. Teníamos tiempo, teníamos dinero y, sobre todo, teníamos ganas. Nunca hubiera imaginado un verano mejor que aquel que disfrutaría en la compañía de Maia y también de aquellos dos loquillos que, de la noche a la mañana, se habían convertido igualmente en inseparables.

Ellos también bailaban. Y lo hacían con la misma alegría que nosotros mientras las chicas se turnaban como DJs y ejercían con toda la gracia que las caracterizaba, complementándose y a la vez picándose entre ellas, como si el tiempo no hubiese pasado, como si siguieran siendo adolescentes, como si la vida no nos hubiese golpeado a ninguno. Como si nunca, como si nada, como si nadie...

s

/

Capítulo 25



Ya llevábamos varios días en Punta y estábamos seguros de que elegimos bien.

Aquel paraíso no solo lo es por su naturaleza, sino también por sus gentes y por todo lo que tiene que ofrecer a aquel que acierta visitándolo.

Sus paisajes nos cautivaban y era habitual que, a última hora de la tarde, nos acercásemos a la orilla de la playa, tras haber disfrutado de sus blancas arenas y aguas cristalinas durante horas. Allí nos quedábamos pasmados contemplando sus puestas de sol, que se nos antojaban como unas de las más bellas del mundo.

Nada decíamos en esos momentos en los que el astro rey se escondía y daba el pistoletazo de salida a unas noches de diversión y lujuria que más de una vez enganchaban directas con nuestros días.

Entre todos, logramos que Maia volviese a pintar y Aroa la acompañaba. En esos momentos, Eneko y yo le dábamos caña a esas indagaciones que nos llevarían a encontrarle un punto flaco a Pierre, ya que descansaríamos tranquilos del todo el día que nos supiéramos fuera de su alcance.

De momento, habíamos puesto muchos kilómetros de tierra, y también de agua, de por medio. Y estando tan lejos todo se veía con una mayor perspectiva y calma.

Las chicas solían hacer muchas fotos en la playa. Les encantaban sus palmeras, tan características. Y Maia estaba dibujando un precioso paisaje que las incluía.

Ver que volvía a hacer las cosas de siempre me daba muchísima paz y tranquilidad. Y luego, por las noches, nos escapábamos a esos locales en los que se mezclaban cócteles, eventos y bailes, ya que Punta Cana cuenta con una vida nocturna fascinante, aunque a mí lo que me fascinaba de verdad era tenerla a ella en cada una de esas noches en las que, copa en mano, me contagiaba su alegría y su naturalidad, las cuales habían ido volviendo a su ser en un tiempo récord.

Yo quería aparentar absoluta normalidad, aunque si os digo la verdad estaba muy pendiente de sus movimientos en todo momento.

—¿Qué te pasa, Iván? Pareces dos en vez de uno, tío—me preguntó Eneko en aquella noche en la que ella tardaba

en volver del servicio mientras estábamos en uno de los locales.

—Que Maia se fue hace unos minutos, ahora vengo...

—¿Al servicio de chicas? Te la ganarás si entras. Déjame a mí, exagerado, que eres un exagerado—me comentó Aroa, yéndose hacia allá.

—Relájate, Iván. Pierre no tiene manera de dar con nosotros aquí y nos hemos ganado disfrutar de unas buenas vacaciones. Y las chicas también—me decía mi amigo y yo estaba muy de acuerdo.

—Si sé que es así, pero en cuanto la pierdo de vista un momento, me pongo enfermo.

—Pues eso no puede ser. Si ella se da cuenta, le generarás ansiedad. Y no, eso no estaría bien...

—Ya lo sé, Eneko, ya lo sé. Ahí viene Aroa.

El caso es que venía sola.

—Te habrás equivocado, Iván, en el baño no está—me comentó y se me bajó hasta la tensión de golpe.

—No me he equivocado, me dijo que iría al baño—le aclaré—. Tenemos que buscarla...

Me puse muy nervioso. Ellos dos me siguieron y les contagié los nervios.

—Tampoco está en la barra—añadió Aroa.

—Ni en la terraza—Eneko ya estaba histérico también. No hay nada como que uno pierda los nervios para que se los crispe al resto.

Por un momento, pensé de todo. Ya la había perdido durante demasiado tiempo y, si la volvía a perder, no me lo perdonaría. Es que no me lo podría perdonar en la vida, vaya...

Todo, todo mi mundo se tambaleaba. Era la primera vez que no conocía su ubicación exacta desde que nos reencontramos y los nervios hicieron mella en mí.

1

De milagro no me metí en una pelea porque me di la vuelta de cualquier manera y arrollé a un chaval que portaba una copa que acabó entera en su camiseta.

—Joder, tío, se mira por dónde se va, ¿no?

1 —Déjame, ¿vale? —le contesté de muy mala manera.

—Eso es educación y lo demás son tonterías, ¿te vas a disculpar con mi amigo o qué? —me increpó otro chaval que iba con él.

—¡A la mierda los dos! —exclamé.

El primero, al escuchar eso, lanzó un puñetazo que iba dirigido a mi estómago. Uno merecido, por cierto, que logré esquivar gracias a la oportuna intervención de Eneko, quien tiró de mí y se disculpó.

—Perdonad, es que ha perdido de vista a su chica y se ha puesto un poco nervioso. Hace rato que fue al baño y...

—¿Una morena maciza de ojazos verdes? —le preguntó el otro, que empatizó bastante, todo hay que decirlo.

—Esa misma, ¿la has visto?

—Se la han llevado—comentó y entonces me volví como una furia.

—¿Que se la han llevado? ¿Quién? —le cogí por la solapa.

—Joder con tu amigo—le dijo a Eneko—, le vas a tener que poner una correa.

—¿¿Quién se la ha llevado?? ¡¡Dímelo ahora mismo!!

—Nuestras novias, joder... Que necesitaban que les hicieran una foto. Están en la playa.

—Es verdad, es verdad—nos anunció Aroa, quien desde niña desarrolló la habilidad de trepar y se había subido al punto más alto del local.

—Bájate de ahí, amor, que te vas a matar—le decía Eneko mientras yo corría hacia la playa.

Lo hice con tanto énfasis que no pude parar a tiempo y caí encima de Maia, quien no daba crédito. Y no digamos ya el resto de las chicas, que pensaron que la estaba asaltando y casi me matan a golpes.

—¡¡Que es mi novio!! ¡¡Que es mi novio!! —chilló ella, pero entonces sentí un puñetazo por parte de la más grandota de todas que el ojo me lo puso a la virulé.

—Eso se avisa antes, guapa—le respondió porque era tarde, bastante tarde.

Capítulo 26



Maia, sin poder aguantar la risa, me curaba el ojo ya en la casa.

—¿A quién se le ocurre? ¿Pues no sabes tú que están las cosas muy calentitas como para llegar así hasta una chica? —me decía.

—Es que no te encontraba, cosita, no te encontraba.

—Pero si te puse un mensaje al salir del baño. Las chicas estaban aquí de despedida de solteras, igual que sus novios. Es un poco raro, han venido todos juntos, pero luego la celebran por separado. Y necesitaban foto porque ya andaban un poco piripis y no atinaban con el temporizador del móvil—se reía ella.

—Pues para estar piripis, bien que me han acertado en todo el ojo.

—Ya lo veo, mi amor, aunque tú estás guapo de todas maneras. ¿Te duele?

—Ya no me duele nada, pero si no quieres que me vuelva a doler, repítelo, repite eso de “mi amor”.

Qué bien me sonaba cuando me decía esas cosas. La quería de un modo que no podría ni definir. La quería mucho más que a mí vida y no soportaba no saber de ella. Cierto que me escribió, pero a mí el mensaje no me entró hasta más tarde, de ahí el susto.

Con el ojo de aquella manera, y rezando para que no me restara encantos a sus vista, me la llevé a la cama. Me flipaba el modo en el que Maia temblaba de ganas cuando la depositaba sobre el colchón, aunque sobra decir que nosotros no solo lo hacíamos en la cama, sin que cualquier rincón de la isla nos resultaba perfecto para amarnos. Y para hacerlo muchísimo, para hacerlo con toda la fuerza que nos daba nuestro amor.

Esa noche, tras el susto, tenía más necesidad incluso de recordarme que ella seguía allí, que nada malo le había sucedido y que así seguiría siendo.

Retiré su vestido, ese tan monísimo que se había comprado aquella misma mañana—porque Maia llegó sin nada hasta allí—, y comprobé que solo llevaba sus braguitas puestas.

Su cuerpo desnudo me podía, yo la miraba y también temblaba de ganas, pero mis ganas iban por dentro y salían en forma de sonrisas.

La acaricié al completo, me detuve en sus braguitas y se las retiré con los dientes. A continuación, le di la vuelta y palmeé sus nalgas como tanto le gustaba, como tanto le ponía.

En cuestión de muy pocos días nos conocíamos muy bien el uno al otro en la cama. Esa era una de nuestras asignaturas pendientes y la aprobaríamos con nota.

Verla así, a cuatro patas delante de mí también me ponía muchísimo. Entonces comencé a tocarla y con mi estimulación despertaron esos jadeos suyos que eran verdadera música... Una música erótica que ya no saldría de mi cabeza y que me acompañaba en cada momento de mi vida.

El susto pasado me llevaba a necesitar hacerla mía más que nunca, como si entrar en ella me garantizase que nada nos podría separar. La unión de nuestros cuerpos fue total, porque su humedad me indicó que estaba lista y yo ya no me entretuve más... Para mí era una necesidad imperiosa entrar en Maia, lo cual fue muy de su gusto, como as me lo indicó ese grito placentero que salió de su garganta para entrar directo en mi oído.

No me podía gustar más escucharla. Aunque la combinación de escucharla y sentirla ya me resultaba totalmente sublime. Su cuerpo se arqueaba por el placer que mis envites le estaban proporcionando.

En esa postura, apreciaba incluso más esa belleza que provenía de cada poro de su piel. Maia era bonita la mirase por donde la mirase, pero en momentos así yo ya notaba que era el sùmmum, que ninguna otra podría gustarme ni una centésima parte, que la mujer de mi vida era también mi musa y que apareció, aparecía y seguiría apareciendo en cada una de mis fantasías.

Ella se ladeaba para mirarme. El contacto visual con sus ojos verdes me resultaba superior. Cuando su limpia mirada se volvía traviesa ya era lo más de lo más... Y la travesura resplandeció en esos ojos cuando comenzó a tocarse para mí. Lo hizo de un modo suave, proporcionándose unas caricias que me llevaron al límite...

Entonces salí de ella y le di la vuelta, dejándola delante de mí, bocarriba. Sus manos seguían acariciando su clítoris mientras yo me encaminaba al sur de este con la intención de que mi lengua complementara esas caricias que la hicieran abrirse más aún para mí.

Ella sabía muy bien cómo alterarme y en qué momentos tenía que poner énfasis en esos gemidos que no solo me llevaban al total deleite, sino a armarme de un modo que Maia después disfrutaría.

En cuanto vio la consistencia de mi pene, no resistió la tentación de tocarlo. Había mucha, mucha complicidad entre ambos y me encantaba comprobar cuánto le gustaba disfrutar de mi cuerpo, lo mismo que me pasaba a mí con el suyo.

Los ojos se le agrandaban mientras hacía maravillas con él en sus manos, dejando de tocarse para tocarme a mí. Entonces yo aproveché para extender esas caricias bucales a toda su zona vaginal completa, incluido su palpitante clítoris, ese que tantas satisfacciones le daba.

Saltó como un resorte en el momento de correrse, en el cual metí mi mano por debajo de su cintura con la intención de asegurarme de que no se me escurriera. Entonces lo di todo con mi lengua y perpetué un orgasmo que chilló de una manera asombrosa, un orgasmo que fue largo y caliente, tras el cual se perfiló como la más sexy de todas las criaturas, abriéndose al máximo.

Ese movimiento podría asimilarse al de una flor aunque, desde cualquier punto desde el que la mirase, Maia me pareció más bonita que la más colorida y llamativa de todas ellas.

A continuación, entré hasta el fondo y, tomándola nuevamente por la parte posterior de la cintura, me puse en pie con ella. Era de locura la forma en la que me envolvía con su cuerpo mientras yo le entregaba los más fieros de mis impulsos.

Cuando me pedía que los sacara, cuando sus ojos me rogaban que me emplease al fondo, unas ganas increíbles de hacerla disfrutar me invadían, impidiéndome desde todo punto que notara ningún cansancio.

Ese fue el primero de los asaltos de una noche que estaría plagada de otros muchos. El sexo era constante entre nosotros y lo practicábamos durante horas, sin mostrar ninguno de los dos el más mínimo signo de fatiga.

El cuerpo de Maia en la penumbra se me representaba aún más sexy y eso que era bastante difícil. La forma en la que se cogía a mí, en la que me suplicaba que no parase, las cosas que murmuraba en mi oído...

Por muchas expectativas que pudiera haberme creado durante todos aquellos años, aquello lo superaba todo. Estaba viviendo un sueño con ella. Un sueño que, gracias al universo, era muy real.

Cada uno de los pasos que dábamos nos llevaban a consolidar una relación que nunca terminó, una que solo vivió un paréntesis tras el cual nos encontramos ya en nuestra vida adulta, con las ideas más claras que nunca y con ganas incontenibles de entregarle al otro lo mejor de nosotros mismos.

Los ojos se le agrandaban mientras hacía maravillas con él en sus manos, dejando de tocarse para tocarme a mí. Entonces yo aproveché para extender esas caricias bucales a toda su zona vaginal completa, incluido su palpitante clítoris, ese que tantas satisfacciones le daba.

Saltó como un resorte en el momento de correrse, en el cual metí mi mano por debajo de su cintura con la intención de asegurarme de que no se me escurriera. Entonces lo di todo con mi lengua y perpetué un orgasmo que chilló de una manera asombrosa, un orgasmo que fue largo y caliente, tras el cual se perfiló como la más sexy de todas las criaturas, abriéndose al máximo.

Ese movimiento podría asimilarse al de una flor aunque, desde cualquier punto desde el que la mirase, Maia me pareció más bonita que la más colorida y llamativa de todas ellas.

A continuación, entré hasta el fondo y, tomándola nuevamente por la parte posterior de la cintura, me puse en pie con ella. Era de locura la forma en la que me envolvía con su cuerpo mientras yo le entregaba los más fieros de mis impulsos.

Cuando me pedía que los sacara, cuando sus ojos me rogaban que me emplease al fondo, unas ganas increíbles de hacerla disfrutar me invadían, impidiéndome desde todo punto que notara ningún cansancio.

Ese fue el primero de los asaltos de una noche que estaría plagada de otros muchos. El sexo era constante entre nosotros y lo practicábamos durante horas, sin mostrar ninguno de los dos el más mínimo signo de fatiga.

El cuerpo de Maia en la penumbra se me representaba aún más sexy y eso que era bastante difícil. La forma en la que se cogía a mí, en la que me suplicaba que no parase, las cosas que murmuraba en mi oído...

Por muchas expectativas que pudiera haberme creado durante todos aquellos años, aquello lo superaba todo. Estaba viviendo un sueño con ella. Un sueño que, gracias al universo, era muy real.

Cada uno de los pasos que dábamos nos llevaban a consolidar una relación que nunca terminó, una que solo vivió un paréntesis tras el cual nos encontramos ya en nuestra vida adulta, con las ideas más claras que nunca y con ganas incontenibles de entregarle al otro lo mejor de nosotros mismos.

Capítulo 27



Aquel día, las chicas bailaban juntas alrededor de la piscina, provocándonos.

—Ahora vamos, preciosas—les decía yo mientras mi amigo seguía a fondo con el ordenador. Cada uno estaba especializado en sus cosas y aquellas se le daban mejor a él.

—Maia tiene razón, ese pajarraco de Pierre extiende sus malditas alas hacia muchos negocios, más de los que pensamos. Está metido en todo, aunque lo hace de un modo muy inteligente, pero comienzo a seguirle la pista.

—Lo sé, te lo veo en los ojos, ¿crees que pronto tendremos algo que tirarle en toda la cara?

—Y que no sea una tarta, ¿no? No me lo imagino con buen talante para tomárselo a broma.

—No, me refiero a algo que lo deje tan jodido que Maia se convierta en el menor de sus problemas. Que le duela la cabeza de verdad...

—Como cuando a mí me da un ataque de jaqueca, sí.

—Pues uno de esos, pero perpetuo. Eso es lo que le deseo.

—Y eso es lo que está en proceso. No te preocupes. Ve con las chicas, que ya cierro yo el ordenador.

—Iré a decirles que se vistan. Hoy nos vamos de excursión.

—¿Y cuándo me lo pensabas contar?

—¿A ti? Considéralo un premio por emplearte a fondo—le comenté.

Nos merecíamos desconexión total y cerca de los ordenadores a Eneko y a mí nos costaba más. Por esa razón, alquilé aquel velero para un par de días.

Venía con capitán incluido, por lo que no tendríamos que preocuparnos de nada. Las chicas se llevaron las manos

a la cabeza al enterarse.

—¡¡Gracias, gracias!! —me decía Maia comiéndome a besos, puesto que a ella se le hacía poco todo el tiempo que pasara en el mar.

—No hay por qué darlas, cosita. Para mí es un placer verte disfrutar.

—Pues si nos quedamos una noche no solo me verás, sino que también me oirás—murmuró en mi oído y en el más insinuante de los tonos.

Desde luego que todo lo que me decía me dejaba patidifuso. Ese ser ardiente, lograba calentarme más que la misma barandilla del infierno con solo acercarse a mí y dejarme caer alguno de sus comentarios, como quien no quiere la cosa, en el oído.

En nada estuvimos a bordo. El velero era precioso y contaba con todas las comodidades para pasar en él un par de maravillosos días de fiesta.

Eneko me miraba con una copa en la mano.

—Eres el mejor, tío, el mejor—me decía.

—Claro que sí—prosiguió mi hermana—. “Ese Iván cómo mola, se merece una ola”...

—Pues aquí va a tener más de una—Maia se asomaba desde la cubierta. El mar la cambiaba, la hacía aún más bonita sí es que eso era posible.

El capitán se llamaba Roberto y era un encanto de hombre.

—¿Todos ustedes están de luna de miel? —me preguntó cuando me acerqué.

—No, ninguno de nosotros... No estamos casados.

—Pues lo estarán. Esas cosas se notan.

—¿Tú lo estás, Roberto? —le pregunté por darle un poco de conversación.

—Yo soy más bien de los que siempre está buscando a su siguiente exmujer. Nací golfo y moriré golfo, pero reconozco que eso que tienen ustedes es mágico. Yo también soy capaz de vivirlo, solo que por muy poco tiempo. Luego salgo a beber una noche, solo, y la primera que se me cruza por delante sustituye a la otra. Es una manera de vivir, una filosofía... Que me condenará a envejecer solo, eso sí.

Era muy simpático y lo tenía asumido. Se le veía en la cara que había vivido mucho y me dio buenos consejos.

—Tú no eres como yo, compadre, y el otro muchacho tampoco... Conservad a esas chicas, que vida no hay más que una y compartida es más bonita.

Yo miraba a Maia y mi vida era ella. Y tanto que era bonita. Andaba con muchas ganas de bailar todo el tiempo, se removía el pelo y me buscaba.

—Vamos allá—le dije poniendo música y la salsa comenzó a sonar. Sus caderas salieron disparadas hacia mí. Era tanta su sensualidad, tanta su elegancia...

En medio del mar, Maia era libertad y me costaba mucho pensar que hubiera podido vivir de otro modo. Eso demostraba su fuerza, aunque su alegría, esa alegría que estaba experimentando de golpe, venía de la mano de la ansiada libertad y del amor.

Yo la amaba tanto que lo último que se me hubiese ocurrido habría sido cortarle sus alas. Jamás se me hubiera pasado por la cabeza. Si amas a alguien, lo amas por cómo es y no por cómo tú querías que fuese.

A mí me gustaba todo en ella, incluida esa libertad. Además, que Maia la usaba para mantener su independencia, ese mundo interior tan rico que tenía, pero a la vez volaba bajito todo el tiempo, alrededor de mi cabeza, sin intención de separarse de mí. Y eso ya era lo que me remataba, lo que me enamoraba de su persona en general, pero también de cada uno de sus detalles en particular.

Por lo que me contó, llevaba mucho tiempo sin darle el sol. Cuando no bailaba en aquel local, que se me representaba el mismísimo infierno, pasaba mil horas recluida en la mansión de Pierre. Ella había, en cierto modo renunciado a la vida. Y a él, con tal de retenerla, eso no le importaba nada.

Ya todo pasó y el sol, en conjunción con el mar, obraría maravillas en ella. Ya sus ojos verdes volvían a brillar lo mismo que las cristalinas aguas de un Caribe que nos dio la oportunidad de vivir en él los que estaban siendo los mejores días de nuestras vidas.

A lo largo de la mañana nos lo pasamos increíblemente bien, aunque yo sabía lo mucho que le gustaría que practicásemos snórkel y por eso no dudé en pedirle a Roberto que parase para darnos la oportunidad de hacerlo.

A Aroa no le iba demasiado y tampoco es que a Eneko le entusiasmase, por lo que ellos se quedaron recreándose en cubierta mientras que ella y yo bajábamos.

Nunca lo habíamos hecho juntos y muchas veces lo planeamos de jovencitos. Tantos y tantos planes quedaron solo en eso... De repente, teníamos la posibilidad de hacer todo aquello que un día pasó por nuestra mente y yo no pensaba perder la oportunidad de demostrarle a Maia que mi vida tenía un solo fin vinculado con la idea de hacerla feliz.

Nada más meternos debajo del agua, comprobamos por qué es uno de los mejores lugares del mundo para disfrutar de esta actividad. Los colores de la flora y fauna marina que nos envolvieron eran dignos de postal y, de la mano, recorrimos otro mundo... uno acuático y seductor donde nos sentimos más unidos que nunca, al comprobar que todos nuestros sueños comenzaban a hacerse realidad.

Cuando subimos de nuevo al barco nos esperaba todo un festín gastronómico y muy bien que nos sentaría, ya que la actividad nos abrió el apetito una barbaridad.

—Pero bueno, qué maravilla, Aroita—le comentaba Maia porque había de todo en esa mesa. Todo un lujo de parrillada que incluía pescado y marisco a tutiplén y que ellos estuvieron preparando, para nuestra sorpresa.

Eneko era así, siempre lo tenía todo previsto. Y Aroa le seguía en todas sus ocurrencias, incluida ese día en la de hacerle de pinche de cocina porque mi amigo era especialista en preparar comidas así.

—Ni idea de cómo te las has apañado para subir todo esto a bordo—le comenté porque tenía la habilidad de sorprenderme siempre.

—¿Todavía no te has enterado de que me sobran los recursos? Lo encargué todo en cuanto supe que veníamos. Y: estaba a bordo cuando embarcamos.

—Pues menuda idea que has tenido, ¿y champán? ¿No se te ha ocurrido encargar champán? —bromeé.

—Sé que el velero cuenta con bar con todo tipo de bebidas. Eso de momento, porque mañana por la noche cuando desembarquemos tendrán que reponerlas todas—rio.

No iba desencaminado, ya que esa noche celebraríamos tremenda fiesta en un velero que sería el testigo de lo bien que nos lo pasaríamos. También Roberto lo fue, porque cuando el sol se marchó aparecimos todos en cubierta, vestidos para la ocasión, y con unas ganas arrolladoras de bebernos no solo las copas, sino también la noche.

Cena, copas, bailes... Un no parar de risas y hasta un baño nocturno en alta mar que ya fue insuperable... Ningún frío sentimos, y no solo porque la temperatura resultaba ideal, sino porque nuestros cuerpos se fueron caldeando todo el tiempo, gracias a unos besos y unas caricias que terminarían surtiendo efecto en los camarotes.

La subí en brazos, igual que Eneko a Aroa, y nos despedimos de Roberto por unas horas. Comenzaba una emocionante madrugada embarcados.

Nada más meternos debajo del agua, comprobamos por qué es uno de los mejores lugares del mundo para disfrutar de esta actividad. Los colores de la flora y fauna marina que nos envolvieron eran dignos de postal y, de la mano, recorrimos otro mundo... uno acuático y seductor donde nos sentimos más unidos que nunca, al comprobar que todos nuestros sueños comenzaban a hacerse realidad.

Cuando subimos de nuevo al barco nos esperaba todo un festín gastronómico y muy bien que nos sentaría, ya que la actividad nos abrió el apetito una barbaridad.

—Pero bueno, qué maravilla, Aroita—le comentaba Maia porque había de todo en esa mesa. Todo un lujo de parrillada que incluía pescado y marisco a tutiplén y que ellos estuvieron preparando, para nuestra sorpresa.

Eneko era así, siempre lo tenía todo previsto. Y Aroa le seguía en todas sus ocurrencias, incluida ese día en la de hacerle de pinche de cocina porque mi amigo era especialista en preparar comidas así.

—Ni idea de cómo te las has apañado para subir todo esto a bordo—le comenté porque tenía la habilidad de sorprenderme siempre.

—¿Todavía no te has enterado de que me sobran los recursos? Lo encargué todo en cuanto supe que veníamos. Ya estaba a bordo cuando embarcamos.

—Pues menuda idea que has tenido, ¿y champán? ¿No se te ha ocurrido encargar champán? —bromeé.

—Sé que el velero cuenta con bar con todo tipo de bebidas. Eso de momento, porque mañana por la noche cuando desembarquemos tendrán que reponerlas todas—rio.

No iba desencaminado, ya que esa noche celebraríamos tremenda fiesta en un velero que sería el testigo de lo bien que nos lo pasaríamos. También Roberto lo fue, porque cuando el sol se marchó aparecimos todos en cubierta, vestidos para la ocasión, y con unas ganas arrolladoras de bebernos no solo las copas, sino también la noche.

Cena, copas, bailes... Un no parar de risas y hasta un baño nocturno en alta mar que ya fue insuperable... Ningún frío sentimos, y no solo porque la temperatura resultaba ideal, sino porque nuestros cuerpos se fueron caldeando todo el tiempo, gracias a unos besos y unas caricias que terminarían surtiendo efecto en los camarotes.

La subí en brazos, igual que Eneko a Aroa, y nos despedimos de Roberto por unas horas. Comenzaba una emocionante madrugada embarcados.

Capítulo 28



Ya en nuestro camarote, comencé a mimarla. Su cuerpo, totalmente empapado, representaba una de esas tentaciones a la que yo sucumbiría de inmediato.

Su larga melena le caía por la espalda, chorreando... Yo besaba cada centímetro de su piel sin excepción... La cabina de ducha del camarote no es que fuese especialmente amplia, pero nos las ingeniamos para entrar los dos a la vez.

No estábamos borrachos, aunque sí especialmente alegres, con esa alegría que el alcohol intensifica. Una vez dentro, con la alcachofa comencé a apuntar a cada una de las zonas más prohibidas de su cuerpo. Ella se reía y yo atinaba cuanto podía. Contra la pared Maia, y yo acucillado delante de ella, me dediqué a simultanear el juego de mi lengua en su clítoris con el chorro de agua, de manera alternativa.

Ella jadeaba y, cuando fui consciente de que le iba a pasar, retiré mi lengua e hice más placentero su orgasmo gracias a la fuerza del chorro que, enérgico, se dirigió hacia ese clítoris que estallaba sin posibilidad de contenerse.

Después, retiré los restos de sal de su cuerpo al completo, y ya relajada, me la llevé a la cama. Quería jugar con ella, sacar su risa traviesa, y no me costó nada en cuanto la tomé por las muñecas y la inmovilicé.

—¿Así me lo vas a hacer? ¿Sin posibilidad de reacción por mi parte? —me preguntó ladeando su rostro.

—Así te lo voy a hacer, preciosa. Y no quieres reaccionar, ¿a que no?

—Depende de lo que me hagas—se tiró en plancha.

—Estoy seguro de que algo que te guste.

—Muy seguro te veo, eso me lo tendrás que demostrar.

Nos gustaba retornar en la cama, vacilarle al otro y terminar por reírnos. Nos gustaba sacar el lado más potente, llevarnos hasta ese abismo que da vértigo y disfrutar en conjunto de él.

Yo no pensaba soltarle las muñecas porque eso le ponía mucho. Ella se dejaba hacer mientras mi lengua la

recorría enterita, haciendo una parada en su duro trasero, ese que resultaba imposible que me gustase más.

En él, comencé a jugar con mis dedos, entrando con suavidad... Por ahí me gustaba jugar con sutileza, aunque igualmente ella terminaba pidiéndome que la echase a un lado y que jugase con todas mis ganas.

Morbosa, se dejaba hacer mientras controlaba esos suspiros que llevaban mi erección a lo más alto, como si se tratase del mástil de aquel velero que surcaba las aguas.

Mis dedos se iban introduciendo poco a poco en ese trasero suyo mientras mis murmullos la humedecían de un modo que no parecía humano. Ella tenía el poder de hacerme morir de ganas, de anticipar eso que deseaba tomarme con más calma y que jugaba a precipitar.

Una capa de sudor, tan sutil como casi imperceptible, perlaba su cuerpo y el mío. En realidad, yo podría haber sudado a chorros porque mi temperatura se elevaba de un modo bestial, se elevaba hasta hacerme sentir un pico alto de fiebre.

No era así, mi salud estaba perfecta, casi tanto como ella, cuyo trasero se movía sin pudor para mí. Una vez saqué los dedos, tomé un dilatador en crema que había preparado... Maia se mordía el labio inferior, excitada. Todo el sexo, todo lo que tuviera que ver con pasarlo bien cuerpo a cuerpo, le encantaba. Y por eso no se encorsetaba, sino que me pedía que le hiciera cuanto se me pasase por la cabeza.

Sus deseos se convertían en órdenes una vez que llegaban a mis oídos. Yo disfrutaba de un modo increíble viendo cómo ella lo hacía también, así que decidí seguir las indicaciones de sus gemidos, continuando hasta introducir la mayoría de mis dedos en su canal trasero, y entonces ella me pidió que procediera, para lo que lubricó también mi pene... Y dejémoslo en que no utilizó ninguna crema.

Sus murmullos de gusto me fueron llevando con lentitud a su interior... Yo le sujetaba las muñecas y ella se relajó de un modo que me permitió entrar con mucha facilidad por esa puerta trasera de su cuerpo que me invitó a traspasar.

Sentí gran alivio porque no me perdonaría hacerle ningún daño, aunque esa palabra no aparecía entre su vocabulario sexual, por lo que yo iba viendo.

Empecé de un modo tranquilo que cogió consistencia conforme me empleé más y más, atendiendo sus ruegos. Y de ahí pasé a otro mucho más cañero que igualmente me requirió.

Maia sabía bien lo que quería y cómo lo quería. Esa niña, que se me ruborizaba en ciertos momentos, se convertía en otros en lo que venía siendo una diosa sexual sin parangón.

Conmigo dentro y por ese lugar tan íntimo, no se resistió a comenzar a moverse también. Lo hizo provocativa, invitándome a salir y a entrar por el mismo canal pero en distintas posturas, que incluyeron esa en la que,

levantando las piernas, yo la miraba a la cara.

Fue una nueva sesión sexual de lo más movida, y nunca mejor dicho por eso de que íbamos navegando. Cuanto más tiempo compartía con ella, más y más me atraía. Ahora bien, que me aspen si solo era deseo... Yo sentía un amor infinito hacia la mujer que me ofrecía su cuerpo al completo, pero que a la vez me entregaba su alma, lo mismo que hacía yo.

Cada día que pasaba, sentía que la amaba más, y eso que en determinados momentos llegué a pensar que mi amor por Maia hubiese tocado techo.

No era así, ya que otra de sus habilidades consistía en llevarme a lo más alto, en hacerme entender que mi amor por ella siempre fue y seguiría siendo infinito, que cuanto más me mirase con sus profundos ojos verdes, más la amaría yo.

Todo estaba saliendo a pedir de boca y aquellos dos días en velero daban fe de ello. Cualquier cosa que me permitiese compartir mi tiempo con Maia era bienvenida y deseada. En mi chica, en la que lo fue siempre y lo seguiría siendo encontré a la más ardiente de las compañeras de viaje, a la más deseable y a la más bella de todas.

o

,

.

5

.

levantando las piernas, yo la miraba a la cara.

Fue una nueva sesión sexual de lo más movida, y nunca mejor dicho por eso de que íbamos navegando. Cuanto más tiempo compartía con ella, más y más me atraía. Ahora bien, que me aspen si solo era deseo... Yo sentía un amor infinito hacia la mujer que me ofrecía su cuerpo al completo, pero que a la vez me entregaba su alma, lo mismo que hacía yo.

Cada día que pasaba, sentía que la amaba más, y eso que en determinados momentos llegué a pensar que mi amor por Maia hubiese tocado techo.

No era así, ya que otra de sus habilidades consistía en llevarme a lo más alto, en hacerme entender que mi amor por ella siempre fue y seguiría siendo infinito, que cuanto más me mirase con sus profundos ojos verdes, más la amaría yo.

Todo estaba saliendo a pedir de boca y aquellos dos días en velero daban fe de ello. Cualquier cosa que me permitiese compartir mi tiempo con Maia era bienvenida y deseada. En mi chica, en la que lo fue siempre y lo seguiría siendo encontré a la más ardiente de las compañeras de viaje, a la más deseable y a la más bella de todas.

Capítulo 29



Amaneció el día y no queríamos perdérselo. Lo de dormir demasiado no iba con nosotros, puesto que las noches estaban destinadas para que nos amáramos. Pero ya dormiríamos más adelante, era lo que había.

Roberto navegaba feliz. Ese hombre era el típico lobo de mar, dichoso al timón de su velero, ese que nos estaba enseñando los secretos de un Caribe realmente espectacular.

Aroa y Eneko ya estaban desayunando cuando subimos. Ella se reía y ya intuíamos que tramaba algo.

—Oye, Maia—le comentó del tirón.

—Que eso digo yo, cariño, que buenos días—rio la otra.

—Buenos, pero buenos... Que digo yo que espero que hayas tenido tiempo de pensar, en todos estos años, qué tattoo te harás con mi hermano.

A ella se le encendió la sonrisa. Cuando le pasaba eso, que su cara se iluminaba de momento, también mi alma se encendía.

—Tengo el boceto desde que él se marchó—le respondió de inmediato.

—¿Y dónde lo tienes? Porque yo quiero verlo.

—Aquí, en la cabeza—le señaló.

—Mira ella qué lista. Pues yo quiero verlo, ya me lo estás dibujando. Ahora, que si es muy moñas no os lo tatúo, ¿eh?

—¿Cómo va a ser muy moñas? Es una chulada, mira...

De inmediato cogió una servilleta y un bolígrafo. Y como esas niñas tenían un arte que era una verdadera maravilla, dibujó un precioso símbolo de infinito atravesado por una flecha. Una de las partes de esa especie de ocho tumbado, estaba abierta por arriba con su nombre y la otra por abajo incluyendo el mío. Por medio, lo atravesaba una flecha, que bien podría haberla lanzado el mismísimo Cupido y, entre otros detalles, metió sobre la

marcha la figura de unos cuantos pájaros revoloteando, quizás inspirada en unos que en esos momentos pasaban por nuestras cabezas.

—No está mal, niña—le respondió Aroa mirando el boceto, que ciertamente era una chulada.

—¿No está mal vas a decir? Es guay...

—Sí que lo es, ¿te gusta, hermano? —me lo enseñó.

—Claro que me gusta. Me encantará llevarlo con ella, ¿dónde nos lo haremos? —miré a Maia.

—Aquí en el Caribe, sin duda. Y en cuanto bajemos del barco, que me compraré el equipo. Yo no voy a estar sin tatuar tanto tiempo—nos dijo Aroa.

—Me refería a en qué parte del cuerpo, listilla—reí.

—Ah, yo creo que en la cara interna del antebrazo—me comentó Maia.

—Yo también lo veo. ¿Y a ti? ¿A ti qué te tatúo? —le preguntó a Eneko.

—A mí lo que tú quieras, yo me dejo.

—Eso me gusta. Vas por el buen camino... Maia, ayúdame a diseñar algo chulo para él, que tengo mono de tatuar y la pienso liar parda a partir de mañana.

—Venga, ¿qué te gustaría hacerle? —le preguntó ella.

—De todo y en grandes cantidades. Pero eso ya se lo he hecho. Ahora hablo de tatuar—bromeó.

Yo las miraba y era como si el tiempo no hubiera pasado. Cuando eran niñas, ambas se pasaban el día así, ideando una cosa y otra, no pensando nada bueno.

Llamaba la atención lo pronto que se había recuperado Maia del infierno que le tocó vivir. Eso resultaba totalmente asombroso. Nadie que la viera allí y tan contenta como se mostraba, podría haber imaginado la vida que llevó hasta muy poco tiempo atrás.

En resumidas cuentas, que ambas se pusieron a idear ese tattoo para Eneko, pues el otro estaba totalmente decidido.

En cuanto al nuestro, me hacía tremenda ilusión llevar en la piel un diseño que hubiese salido de la cabecita de Maia y para ambos. Nuestros nombres entrelazados a través del símbolo del infinito y atravesados por esa flecha

del amor que tenía un cierto paralelismo con esa otra que un día nos atravesó a ambos, pero que luego nos hizo daño al separarnos. Y encima esos pájaros, revoloteando, en cierto modo también representando esas alas que siempre tuvo y que siempre tendría Maia.

Tomé un café, porque en ese momento no me entraba nada más, y junto con Eneko me acerqué a saludar a Roberto.

—Así que os vais a tatuar. El nombre de mi primera novia fue mi primer tatuaje—nos comentó—. Me lo hice en la parte más alta de la espalda. Menos mal, porque luego llegó el de las demás y claro, ahora ya voy por el culo—bromeó y nos echamos unas risas.

Era un tipo tan sencillo como dicharachero que defendía la filosofía de que la vida se podía tomar de muchas maneras, salvo en serio. Le estuvimos escuchando largo rato, intercambiando impresiones y risas.

El mar brillaba de un modo especial y cada vez que yo miraba hacia la mesa donde Maia y Aroa estaban enfrascadas en el diseño, me encontraba con ese mismo brillo en sus ojos.

Cuando nuestras miradas se encontraban, me daba por pensar en lo increíble que resultaba que hubiera podido pasar tanto tiempo sin ella, puesto que Maia era el combustible que me proporcionaba energía.

Sin duda, mi vida estuvo en pausa durante aquellos diez años que soñé y viví para encontrarla. Ese fue el objetivo de mi vida y a él me consagré.

Ya la tenía allí y todo lo daba por bien empleado con tal de haberla recuperado. Mi ansia de venganza hacia Pierre era lo único que le hacía algo de sombra a esa total felicidad que sentía a su lado.

Todo llegaría y ese cerdo caería. Y entonces nosotros podríamos llevar por fin la vida que quisiéramos y donde ella decidiera. Nada me importaba más que cumplir cada uno de los sueños que salieran por su boca. Maia era pura magia, una magia que no llevaba a cabo con una varita, sino a través de esos ojos verdes que me miraban y me dejaban totalmente hipnotizado.

Me alegraba mucho haber alquilado aquel barco porque en él pasamos un par de días inolvidables. Y de eso se trataba: de sumar momentos que le sacaran la sonrisa como lo estaban haciendo.

del amor que tenía un cierto paralelismo con esa otra que un día nos atravesó a ambos, pero que luego nos hizo daño al separarnos. Y encima esos pájaros, revoloteando, en cierto modo también representando esas alas que siempre tuvo y que siempre tendría Maia.

Tomé un café, porque en ese momento no me entraba nada más, y junto con Eneko me acerqué a saludar a Roberto.

—Así que os vais a tatuar. El nombre de mi primera novia fue mi primer tatuaje—nos comentó—. Me lo hice en la parte más alta de la espalda. Menos mal, porque luego llegó el de las demás y claro, ahora ya voy por el culo—bromeó y nos echamos unas risas.

Era un tipo tan sencillo como dicharachero que defendía la filosofía de que la vida se podía tomar de muchas maneras, salvo en serio. Le estuvimos escuchando largo rato, intercambiando impresiones y risas.

El mar brillaba de un modo especial y cada vez que yo miraba hacia la mesa donde Maia y Aroa estaban enfrascadas en el diseño, me encontraba con ese mismo brillo en sus ojos.

Cuando nuestras miradas se encontraban, me daba por pensar en lo increíble que resultaba que hubiera podido pasar tanto tiempo sin ella, puesto que Maia era el combustible que me proporcionaba energía.

Sin duda, mi vida estuvo en pausa durante aquellos diez años que soñé y viví para encontrarla. Ese fue el objetivo de mi vida y a él me consagré.

Ya la tenía allí y todo lo daba por bien empleado con tal de haberla recuperado. Mi ansia de venganza hacia Pierre era lo único que le hacía algo de sombra a esa total felicidad que sentía a su lado.

Todo llegaría y ese cerdo caería. Y entonces nosotros podríamos llevar por fin la vida que quisiéramos y donde ella decidiera. Nada me importaba más que cumplir cada uno de los sueños que salieran por su boca. Maia era pura magia, una magia que no llevaba a cabo con una varita, sino a través de esos ojos verdes que me miraban y me dejaban totalmente hipnotizado.

Me alegraba mucho haber alquilado aquel barco porque en él pasamos un par de días inolvidables. Y de eso se trataba: de sumar momentos que le sacaran la sonrisa como lo estaban haciendo.

Capítulo 30



Solo tres días después, en cuanto mi hermana se hizo con el equipo, ya nos estaba tatuando.

—A ti primero, por si me sale una birria—me dijo sacándome la lengua.

—Por tu bien, ya puedes aplicarte a fondo....

—No hace falta que me lo adviertas. Soy toda una profesional y te voy a hacer un tattoo que será una verdadera virguería, ¿tú qué te has creído? Ah, Eneko, y cuando termine con ellos vas tú, así que ni se te ocurra perderte—le advirtió a su chico.

—Yo solo me perdí una vez y fue el día que te encontré—le respondió él entre risas mientras iba a lo suyo.

—Muy gracioso, pero tus bromas no te salvarán de caer en mis garras. ¿Tú no serás de esos a los que les dan miedo las agujas? Porque eso te restaría mucho sexapil a mis ojos, que lo sepas.

—Que no, cariño, claro que no...

—Ah, me creía. Porque ni en broma, ¿me oyes? Ni en broma—repetía ella que estaba sembrada.

Allí no se libraba ni el gato de ser tatuado. Es una manera de hablar porque gato no teníamos, a pesar de que Maia contaba con un corazón tan grande que habría adoptado a cualquier animalito de los que veíamos pasar cerca de la casa.

Todo llegaría porque yo deseaba más que nada en el mundo un futuro con ella que, en cierto modo, estábamos dejando plasmado en ese antebrazo, con un precioso y finísimo diseño que permanecería con nosotros para los restos.

Aroa comenzó por mí y Maia no quitaba ojo. Otra de sus habilidades era aprender sobre la marcha. Mi chica robaba con la mirada y su agudeza me hacía una tremenda gracia.

—Mira, se hace así—Aroa le iba dando las oportunas instrucciones sobre el manejo de un instrumental que, sin duda, dominaría enseguida.

—¿Me dejas a mí? —le preguntó Maia—. Solo un trazo, sé que no le haré ningún estropicio a tu hermano.

—Por la cuenta que le trae—rio Aroa, dejándome en sus manos.

—¿Tú te fías de mí? —me preguntó ella.

—Claro—le aseguré porque así era. Nada en el mundo me hacía más ilusión que el hecho de que ella se animase a participar en aquello.

No era ninguna loca y solo hizo, como comentó, un pequeño trazo que le salió perfecto. Enseguida se lo entregó de nuevo a Aroa para que rematase la faena.

Miré el trazo y pensé que, viniendo de sus manos, eso nos unía aún más. Ella parecía orgullosa y a mí me valía muchísimo.

Día a día, Maia iba ganando más confianza en sí misma en todo y por todo. Otra persona que hubiese pasado por lo que ella estaría hundida, pero mi chica no era así. Ella contaba con un coraje y un arrojo inauditos que sacaba a pasear a cada momento.

Cuando Aroa hubo terminado conmigo, le tocó el turno. Yo me quedé a su lado en todo momento dándole cháchara para que apenas notase dolor. En ciertos momentos, y tan graciosa como era, se ponía bizca y entonces yo me daba cuenta de que sí que le dolía, si bien no apartaba el antebrazo ni un solo segundo.

Aroa miraba mi tattoo y luego se concentraba de nuevo. Quería que fuesen gemelos y en ello estaba poniendo todo el empeño. Mi hermana era una tatuadora como la copa de un pino y lo demostró con el hecho de que, al terminar, nos comentó que pusieramos un antebrazo al lado del otro y ambos resultaron idénticos.

—Y ahora tú, listo, que ya sabes que no te escaparás—le comentó a Eneko, quien había elegido una especie de brazalete para la parte alta del brazo muy del gusto de mi hermana. De hecho, es que fue ella, en conjunción con Maia, quien se lo diseñó. Y a él le pareció perfecto.

Mientras, nosotros, salimos al jardín de la casa y nos colocamos en la sombrita para que no nos diera el sol sobre esas dos creaciones que nos unían más aún, si es que eso podía ser.

—Así que juntos hasta el infinito, cosita—le decía yo.

—Juntos para siempre, mi amor... Para siempre—me contestó ella con un beso.

Un “para siempre” y salido de sus labios era el mejor regalo con el que la vida pudiera obsequiarme. Cada uno de los momentos que pasábamos juntos lo era, pero pensar que no tuvieran fin, que fueron para toda la vida, me

ilusionaba sobremanera.

Mi hermana también nos había hecho un precioso regalo que nos acompañaría hasta el final de nuestros días. Y ambos estábamos muy contentos.

Debajo de aquellos árboles y buscando sombra, comenzamos a besarnos. Después nos reímos y, viendo que los otros dos estaban de lo más entretenidos, corrimos a nuestro dormitorio donde siempre encontrábamos diversión, también.

Si nos gustaba hacerlo de noche, con esa privacidad que todos encontramos cuando el sol se va a dormir, no nos gustaba menos el morbo de encontrar cualquier rincón y cualquier momento en el día.

Notaba a Maia algo más mimosa de lo habitual, y eso me aceleraba. Ella era muy activa en el sexo y sensual hasta no poder más, pero cuando adoptaba ese rol mimoso me perdía.

Me agaché y la tomé en brazos. Sus carcajadas se dejaron sentir en todo el jardín y Aroa levantó la vista, mirando por la ventana. Nos hizo el típico gesto de que estábamos locos y así era. En concreto lo estábamos los cuatro, y de amor.

Ella seguía dale que te pego tatuando al suyo, a ese amor que era Eneko y que también había encontrado tras un buen puñado de años. En realidad, no tenía ni idea, pero mi amigo sí que sentía aversión por las agujas, algo que en ningún momento le confesó por no desmoralizarla.

Cuando el amor existe y es de la mejor calidad, nada ni nadie puede interponerse. Se puede hacer el intento, como con nosotros, a quien la vida nos puso la zancadilla, pero yo concluí que el verdadero amor siempre triunfa.

ilusionaba sobremanera.

Mi hermana también nos había hecho un precioso regalo que nos acompañaría hasta el final de nuestros días. Y ambos estábamos muy contentos.

Debajo de aquellos árboles y buscando sombra, comenzamos a besarnos. Después nos reímos y, viendo que los otros dos estaban de lo más entretenidos, corrimos a nuestro dormitorio donde siempre encontrábamos diversión también.

Si nos gustaba hacerlo de noche, con esa privacidad que todos encontramos cuando el sol se va a dormir, no nos gustaba menos el morbo de encontrar cualquier rincón y cualquier momento en el día.

Notaba a Maia algo más mimosa de lo habitual, y eso me aceleraba. Ella era muy activa en el sexo y sensual hasta no poder más, pero cuando adoptaba ese rol mimoso me perdía.

Me agaché y la tomé en brazos. Sus carcajadas se dejaron sentir en todo el jardín y Aroa levantó la vista, mirando por la ventana. Nos hizo el típico gesto de que estábamos locos y así era. En concreto lo estábamos los cuatro, y de amor.

Ella seguía dale que te pego tatuando al suyo, a ese amor que era Eneko y que también había encontrado tras un buen puñado de años. En realidad, no tenía ni idea, pero mi amigo sí que sentía aversión por las agujas, algo que en ningún momento le confesó por no desmoralizarla.

Cuando el amor existe y es de la mejor calidad, nada ni nadie puede interponerse. Se puede hacer el intento, como con nosotros, a quien la vida nos puso la zancadilla, pero yo concluí que el verdadero amor siempre triunfa.

Capítulo 31



La tumbé sobre la cama dispuesto a darle esos mimos que mi preciosa cosita demandaba aquella mañana.

La luz del sol entraba a raudales por el gran ventanal, dándole unos matices a la belleza de su cuerpo increíbles.

Me tomé mi tiempo para ir desnudándola mientras la convertía en la destinataria de infinitos, igual que teníamos tatuados, besos y caricias. Infinitos que la hacían feliz, como me revelaba su mirada.

Ese cuerpo suyo desprovisto de ropa me embelesaba. Comencé a acariciarla desde la punta del pelo hasta la del pie. La idea era regalarle el más relajante de los masajes y eso haría.

Maia se dejaba hacer y, como si fuera una gatita, ronroneaba. Ese sonido me ponía taquicárdico, me aceleraba, me excitaba.

Ya iba bajando por sus piernas y me detuve en sus pies. Igual que el resto de su cuerpo, tenía unos pies preciosos, sin una sola imperfección. Y si tenía alguna, pasaba imperceptible ante mis ojos.

Ella se movía con suavidad y cada uno de esos movimientos suyos iba acompañado de mis caricias. Sabía que las cosquillas en los pies eran su punto débil, por lo que cuando se los tomé se mostró reticente.

Un movimiento por aquí y otro por allá y ya se los estaba acariciando... Maia se me escurría entre los dedos y lo hacía de ese modo tan elegante con el que lo hacía todo.

Yo me deleitaba con esos movimientos evasivos, pero a la vez la sujetaba con fuerza.

—No puedo, no puedo—me decía entre carcajadas nerviosas.

—¿No puedes a lo Chiquito de la Calzada? —traté yo de imitar la forma de mover los brazos del genial artista y ella se tronchaba de la risa.

A menudo lograba sacarle esas carcajadas y es que, sin ser yo especialmente gracioso, o al menos no me tenía por ello, a mi chica me encantaba hacerla reír todo lo que pudiera y más. Lo mejor era que lo conseguía y que Maia volvía a ser niña entre mis brazos.

—Que me duelen hasta las costillas de reírme, que me duelen—repetía mientras se llevaba la mano al estómago, pues se doblaba en dos de la risa.

No solo yo hacía esas cosas para ella. Maia era muy payasa y a menudo me buscaba la lengua con sus gestos o con sus descaradas ocurrencias. Esa faceta suya, tan osada, era nueva para mí y me trastocaba por completo, enamorándome más y más.

De pronto me puse más serio y entonces comencé a recorrer sus pies con mi lengua. En concreto, la planta. Ella hacía todos los intentos por aguantar, muy seria, hasta que de pronto de nuevo estallaba en las más ruidosas de las risas y volvíamos a comenzar.

Abandoné los pies y entonces seguí por sus sedosas piernas. A la piel de Maia habría que ponerle un monumento. Resultaba hasta resbaladiza de lo sedosa que la encontraba y por esa razón a veces la acariciaba por tiempo indefinido, con los dedos deslizándose sobre ella.

En concreto, la piel de la cara interna de sus muslos me resultaba muy llamativa, al parecer más fina todavía. Ocurría lo mismo con la que cubría su pubis, hacia el cual fui avanzando poco a poco.

Cuando llegué a él, se lo acaricié con mimo, logrando que la piel se le erizase, lo mismo que la del resto de su cuerpo. Y entonces de su boca salió un suspiro que me sonó tierno y sugerente a la vez.

En esas ocasiones en las que se volvía niña, pero traviesa al mismo tiempo, me quedaba boquiabierto y terminaba por mordirme el labio inferior nervioso, de la mucha excitación que me provocaba.

En la privacidad de nuestro dormitorio, y con la intimidad de la que allí disfrutamos, me tumbé sobre ella y comencé a lamer ese pubis. Lo hice de un modo esmerado y que no conocía las prisas. Primero lo tenía cerrado, como esperando a que fueran mis caricias las encargadas de abrirlo. Ella no movía las piernas, en realidad no se movía en absoluto. Maia esperaba que yo lo hiciera, remoloneando.

Poco a poco, fui despegando esos labios vaginales que nacieron piel con piel, pero destinados a ser abiertos para que la pasión desenfadada le diera a su dueña todo aquello que un cuerpo joven y fresco como el suyo demandaba.

Maia se removía de un modo dulce, pero también increíblemente sugerente. De un modo que hizo inevitable que mi parte varonil llamase a las puertas de mi bragueta con la intención de que liberase un pene que había crecido demasiado para tan poco espacio como mi ropa le proporcionaba.

El verdor de sus ojos sobre él, sobre ese pene, se hizo más intenso. Se había convertido en el juguete favorito de Maia, aunque esa mañana decidí que ella debería esperar para jugar con él, dándole más emoción al asunto.

Sus movimientos mientras comenzaba a retorcerse de placer me resultaban de lo más estimulantes. Y eso que todavía no había ido yo en búsqueda de esa perla que representaba su clítoris, esa valiosa perla que la madre naturaleza había diseñado para que el placer y ella se hicieran uno, para que de la boca de Maia se escapasen unos gemidos de placer que más parecieran pertenecer al mundo de la lujuria que al nuestro.

Me eché hacia ella y le regalé una batería de besos mientras que mis manos se apoderaban de ese clítoris que comencé a rozar con las yemas de mis dedos. Cuando se lo hacía así, de un modo tan lento, parecía una contorsionista, pues apenas podía resistirlo.

No contento con ello, apuré el movimiento y le di varios toquecitos secos sobre ese clítoris que, como si se tratase de una flor delicada salpicada del rocío de la mañana, se mostraba ante mí de un modo tan apetecible que me invitaba a degustarlo una vez tras otra.

Maia me miraba y murmuraba mi nombre. Su gesto era de un placer que no pretendía contener en ningún momento, sino mostrar libre... Sus piernas se iban abriendo más y más hasta el punto de que creaban la ficción en mi cabeza de que podrían llegar a engullirme. Nada objetaría yo al respecto, porque si en algún sitio hubiera optado por meterme para siempre habría sido en el interior de su candente cuerpo.

Cuando las yemas de mis dedos hicieron el más fino de los trabajos, logrando inflamar su clítoris, mi lengua le di el relevo. Me ardía al contacto con ese clítoris cuyo sabor me extasiaba.

Mientras, comencé a acariciar el resto de su cuerpo en un ritual amatorio que ese día estaría desprovisto de fiereza para demostrarle que también es sexo ese que se lleva a cabo con mimo, estimulando todos y cada uno de los puntos erógenos de tu pareja.

En particular, mientras mis labios continuaban su excursión por la senda que marcaba su clítoris, mis manos se fueron hacia sus turgentes senos.

Los senos de Maia jugaban en otro nivel... Generosos, atractivos, desafiantes y con unos pezones oscuros que se habían convertido en objeto de mi deseo, comencé a masajearlos y a pellizcarlos. Cuando la había estimulado lo suficiente, jugué también a dar tironcitos de esos pezones, unos tironcitos que la doblaban de placer mientras mi lengua ponía su clítoris al cien por cien de su funcionamiento.

Imposible no sucumbir al orgasmo que ya le venía y que pude probar de inmediato. Imposible cuando mi lengua no se resistiría a probar un estallido de sabor que llevó a cabo tirando a la vez de mi pelo, de los muchos nervios que sintió.

El temblor de la cara interna de sus muslos fue el detonante para que yo diera esos toquecitos con mi lengua que la llevaron al delirio... El sabor me lo llevé puesto en la boca mientras que la miraba con la lujuria impresa en mis pupilas.

No estaba exenta de la misma lujuria su mirada. Y tampoco de una súplica de que no parase, porque ya sabía Mai:

muy bien que cuando yo ponía en marcha la maquinaria de darle placer no existía en mí intención alguna de echar el freno.

Sus piernas se abrieron para mí y mucho... Entonces pude colar la afilada punta de mi lengua, esa que parecía haber nacido para descubrir los más íntimos de sus entresijos. Cuando separaba así sus piernas, cuando me indicaba que entrase en ella de ese modo tan descarado, nada en mi persona se resistía a caer rendido ante su invitación y su falta de condiciones, puesto que para Maia estaba bien todo aquello que decidiera hacerle.

Mi lengua se fue colando, como digo, hasta comprobar que le ardían las entrañas. Dado que mi pene también ardía en el interior de esa prenda de ropa interior que tan apretada se le quedó, pensé que la mejor de las ideas sería unirlos.

Saqué entonces mi virilidad del bóxer para entregársela. No sería una entrada en ella abrupta ni inesperada, sino todo lo contrario. Si algo requería la situación, era una entrada lenta y juguetona, antes de la cual coloqué mi glande en la abertura de su vagina, dibujando círculos en ella.

Dado que le llameaba, porque era evidente, ella murmuraba rogando por una entrada que, aun así, no fue inmediata, sino lenta y precipitada, como quien hace una incursión por territorio desconocido y toma por ello todas las precauciones.

No era el caso, por cierto, ya que en la vagina de Maia encontraba yo refugio varias veces al día, pero de todos modos lo hice de un modo cauto y pausado que la llevó a enloquecer.

Mientras entraba, volvía a dibujar círculos en su interior, buscando la más íntima y delicada de las fricciones con el fino canal que me llevaría directo a sus entrañas. Una vez hice tope, me dediqué a controlar el movimiento de mi cadera, comenzando a entrar y salir de ella... Tomándome mi tiempo, haciéndolo de un modo exquisito y no dudando que le estaba proporcionando placer a raudales mientras ella se estremecía y su cuerpo al completo se dejaba mecer por el mío.

En ocasiones le gustaba dejarse llevar por los mimos que yo le proporcionaba, como si su voluntad estuviese anulada... Y entonces se dejaba hacer en la confianza de que todo lo que le llegaría sería de su gusto.

Yo disfrutaba mucho cuando lo hacía así porque lo interpretaba como un gesto de total confianza por su parte, como un gesto en el que su cuerpo y el mío se convertían en cómplices: uno haciendo y el otro deseando que lo llevase a esas cotas de placer que tanto me esforzaba por proporcionarle.

Mientras la amaba con toda la pasión que podía, le repetía en el oído cuánto la quería. Me consta que lo sabía, apero para mí era importante recordárselo. Demasiados años sin que un “te quiero” dirigido a ella pudiera salir de mis labios provocaron que no estuviera dispuesto a perderme ni uno más de ellos. Demasiados años que debía recuperar y por supuesto que lo haría.

aElla se revolucionaba y yo la aplacaba, pasándole mis manos por el pelo. Deseaba que se imbuyera de los placeres

· de aquel sexo pausado, pues no siempre debía mostrarme en plan empotrador, como Maia me recordaba risueña cada vez que venía al caso.

Me estaba enseñando muchas cosas, pese a ser más joven que yo. Sin embargo, de entre todas ellas, la que más me interesaba era cómo enseñarme a amarla en toda su intensidad, asignatura en la que deseaba despuntar.

Cuando la notaba dejarse mecer por mis caricias, intuía que iba por buen camino. El secreto estaba en prestar atención a sus necesidades y correr a darle cuanto tuviese en mí para entregarle: dosis de erotismo, de cariño, de pasión... Dosis de todo aquello que pudiera alumbrarle un alma que cada día desprendía más y más luz.

de aquel sexo pausado, pues no siempre debía mostrarme en plan empotrador, como Maia me recordaba risueña cada vez que venía al caso.

Me estaba enseñando muchas cosas, pese a ser más joven que yo. Sin embargo, de entre todas ellas, la que más me interesaba era cómo enseñarme a amarla en toda su intensidad, asignatura en la que deseaba despuntar.

Cuando la notaba dejarse mecer por mis caricias, intuía que iba por buen camino. El secreto estaba en prestar atención a sus necesidades y correr a darle cuanto tuviese en mí para entregarle: dosis de erotismo, de cariño, de pasión... Dosis de todo aquello que pudiera alumbrarle un alma que cada día desprendía más y más luz.

Capítulo 32



Yo no dejaba pasar demasiados días sin organizar alguna actividad. A diario nos lo pasábamos genial, pero mi fama de culillo inquieto me llevaba a idear distintas actividades de esas que permanecieran grabadas en nuestra mente el día que abandonásemos República Dominicana.

Aquella tarde mi hermana Aroa no se encontraba demasiado bien. Decía estar cansada, aunque Eneko me guiñó el ojo y me dijo que más bien estaba mimosa y que los dejase a solas.

Aroa siempre fue así, una chica muy alegre a la que, sin embargo, de vez en cuando asaltaba un puntito de melancolía que requería refuerzos emocionales. Ella lo definía como una excentricidad de artista y todos nos reíamos.

—Pues nosotros sí que vamos a salir—le comenté a Maia.

—¿De marcha? Pero si quedan mil horas para la noche.

—Eso también, si lo quieres, tras la cena. Pero quiero que veas algo...

Al igual que mi hermana, Maia era muy amante de los animales. A veces yo bromeaba y le decía que por eso se llevaba fenomenal con un becerro como yo.

Cuando vio el paseo a caballo que le tenía preparado, sus intensos ojos verdes se abrieron más de lo habitual. Y entonces supe que había acertado.

Se trataba de la posibilidad de recorrer la playa con ellos, al atardecer, y ver la puesta de sol a su grupa. Ilusionada, se fue hacia uno de los dos animales que nos tenían dispuestos.

—No serás tú el caballo más bonito del mundo—le decía mientras le acariciaba—. Sí, sí que lo eres. Y tu compañero también.

De siempre tuvimos muchas ganas de montar juntos a caballo, un deseo que, como tantos otros, tuvimos que posponer hasta ese día.

Sin embargo, cada uno montamos ya lejos del otro, yo en Berlín y ella en la mansión del miserable de Pierre, quien tenía de todo y tampoco le faltaban caballos. Era la primera vez que montaríamos juntos y por aquel espectáculo de lugar, razón por la que me mostraba tan contento como ella.

En aquel lado de la playa en el que nos los entregaron apenas había nadie a esa hora, al resultar bastante apartado. Eso resultaba ideal para campar a nuestras anchas por el idílico paisaje.

Comenzamos a pasear y ella no me quitaba la vista de encima. La suya era una mirada de mujer enamorada que, a la vez, también me enamoraba cada vez que me la dirigía.

La gratitud de Maia siempre estaba presente y con sus ojos me fue dando las gracias todo el tiempo. Íbamos lentos, sin prisas, sin forzar a aquellos nobles animales que se estaban portando fenomenal.

En ciertos momentos, hasta nos cogíamos de las manos y nos sorprendió el bonito gesto de una señora mayor que estaba allí, con su pelo totalmente blanco al sol, tomando fotografías. No dudó en dirigir la cámara de su móvil hasta nosotros sacándonos una preciosa, casi de portada de revista. Después, nos pidió el número de teléfono y no la envió, todo un detalle por su parte.

Proseguimos con el paseo y a ella no se le borraba la sonrisa de la cara.

—¿Se puede saber cuándo dejarás de darme tantas sorpresas? El verdadero problema es que me estás convirtiendo en una consentida—me decía—. Luego no será mi culpa si me vuelvo insoportable.

—No podrías volverte insoportable ni queriendo—le decía yo.

—Bueno, bueno... yo de ti no tentaría tanto a la suerte, porque luego son los problemas—reía.

—¿Problemas a tu lado? ¿Qué problema podría ser ese?

—¿Crees que yo no puedo hacer que te duela la cabeza? —proseguía picándome.

—Estando cerca de mí, siento comunicarte que no, que eso no es posible...

Yo arrancaba sus risas y verla reír era mi mayor premio. Cuando el sol se fue a esconder, nos pusimos de cara a él y entonces nos tomamos de nuevo las manos.

Los caballos parecían disfrutar igual que nosotros de un espectáculo visual que contemplaban muy quietos. Yo tampoco me movía y Maia sí que un poquito... cuando estaba muy emocionada temblaba ligeramente y yo detectaba ese temblor.

—Quiero ver contigo todas las puestas de sol de mi vida—pronunció en ese momento.

—Más te vale, porque yo no estoy dispuesto a perderme ni una contigo—le respondí.

—Es que lo quiero todo contigo, Iván, ¿tú eso lo has pensado? —insistió, haciéndome temblar a mí.

—¿Y tú? ¿Lo has pensado tú? Porque igualmente te digo que mi vida no tiene sentido si no la complementa la tuya.

—Vamos a ser muy felices, me lo dice este—se señaló a su corazón, que estaba situado debajo de su impresionante escote.

—Es que ya lo somos, cariño, ¿lo sabes? No hay que esperar nada. Ya somos inmensamente felices.

—Es verdad—me contestó con lágrimas en los ojos. Llevaba unos días de lo más sentimental. Quizás todo lo que le había pasado en los últimos años lo estaba echando así poco a poco fuera, me decía yo, y me alegraba de que así ocurriera porque no quería que nada malo quedase en su interior, el cual deseaba renovar por completo.

—Ven aquí, mi vida, ¡¡yo te como!! —le decía acercándome tanto a ella que le dio por reír diciendo que iba a subir un caballo en el otro.

Al poco, iniciamos el regreso. Ella iba relajada hasta que me di cuenta de que se estaba quedando un poco atrás...

—Maia, cariño, te espero—le comenté y entonces me saltaron las alarmas porque no me contestó.

Me di la vuelta y comprobé que no se encontraba bien. Sus ojos iban cerrados y su cuerpo se arqueaba ligeramente hacia delante, como montando por inercia.

—Cosita, espera, que voy—insistí y entonces los abrió.

—Perdona, ¿qué decías?

—Cielo, ¿te estabas quedando dormida?

—Creo que sí. Es que estaba tan relajada que los ojos se me cerraban. Perdona si te he asustado. Estoy bien.

—Quiero que te relajes, pero un poco me he acojonado, sí... Si te llegas a caer del caballo...

—No, no. Si se porta fenomenal... Es que todo lo que planeas me serena mucho. No sé cómo podré agradeceréte ni cuándo.

—¿Tú crees de verdad que yo necesito que me lo agradezcas? Ve delante, anda, no estoy dispuesto a perderte de

vista ni un momento—le pedí y ella, casi desperezándose, me hizo caso.

—Tú lo que quieres es ir mirándome el culo todo el tiempo, a mí no me engañas.

—Vaya por Dios, pues sí que me conoces bien. Estoy en peligro—le sonreí.

í

e

vista ni un momento—le pedí y ella, casi desperezándose, me hizo caso.

—Tú lo que quieres es ir mirándome el culo todo el tiempo, a mí no me engañas.

—Vaya por Dios, pues sí que me conoces bien. Estoy en peligro—le sonreí.

Capítulo 33



Un par de días después, dejamos a las chicas solas un rato para ir a la compra. Eneko y yo llegamos hablando de mogollón de teorías que nos encajaban con las actividades delictivas de Pierre.

Entramos en la cocina y salimos con cuatro cervezas fresquitas, deseando invitarlas.

—Aroa, ¿se puede saber dónde está Maia? —le pregunté al no verla en la piscina a su lado y al comprobar que tampoco estaba en el interior de la casa.

—Iván, no me asustes—murmuró ella.

—¿Qué dices de que no te asuste? Maia debería estar contigo.

—Ella salió justo después de vosotros, dijo que os daría alcance—me comentó mi hermana. Miré a Eneko y él negó.

—A nosotros no nos dio alcance—le comentó—. Y eso que no íbamos rápido ni nada, ¿dónde está? —se preguntó mi amigo.

La llamé por teléfono de inmediato, preso de unos nervios tremendos, y lo tenía apagado.

—No, no, no... Alguien debía estar esperando fuera de la casa, ¡¡se la han llevado!! —chillé.

—¿Fuera de la casa? Pero si no vimos a nadie—murmuró Eneko.

—Es que, si querían llevársela a ella, no se pondrían delante de nuestras narices. Maldita sea, ¡¡ha sido Pierre!! —chillé comenzando a dar patadas y puñetazos a diestro y siniestro.

—No saques conclusiones, ese tío no tiene ni puta idea de dónde estamos. Además, te diré dónde está él en este momento. Voy a localizarlo—me dijo porque le hacía el seguimiento a través de distintos procedimientos.

—Dale...

—No puedo seguirlo, hoy no puedo. El sistema no va bien, sabes que a veces pasa. Maldita sea—corroboró en unos minutos que no parecían acabar.

—Mierda, mierda... O ha detectado que lo estamos siguiendo y se nos jode el invento. Seguro que en estos momentos va camino del aeropuerto con Maia para salir en algún avión particular.

—Eso ya no te lo puedo asegurar. No soy Dios y no tengo acceso a tantas cosas a la vez, ¡¡joder!! —chilló Eneko.

—Chicos, os tenéis que tranquilizar, ¿me oís? —nos pidió Aroa—. Estamos conjeturando.

—¿Conjeturando? Llevamos dos horas fuera, ¿dónde crees que está? Sabes que no nos daría este susto, no cuando es consciente de que me muero de miedo si la pierdo un minuto de vista.

—Eso es verdad, pero debe tener una explicación. Salgamos a buscarla—propuso Aroa—. Debe tratarse de alguna casualidad o...

—¿Y que su teléfono esté apagado también es el fruto de una casualidad? No me jodas, Aroa... Ha sido ese cabrón. Esta vez sí que lo mato....

—No voy a dejarte un revólver en esas condiciones—me comentó Eneko.

—No, me vas a dejar los dos, ¿¿me oyes?? —le cogí por la camiseta.

5 —Suéltame, Iván—me pidió con voz firme.

—Perdona, no quiero parecerte un gilipollas, pero me estoy muriendo en estos momentos, ¿lo entiendes?

—Perfectamente así que, como tantas veces, nos toca mantener la cabeza fría.

Se la habían llevado... Ella estaba en el mejor momento, relajada, contenta, serena... Dormía horas junto a mí y cuando se despertaba me regalaba la más bonita de las sonrisas. De pronto, la apartaban de nuevo de mi persona y la vida volvía a carecer de sentido.

En mi mente, no voy a negarlo, solo aparecía una posibilidad y tenía mucho que ver con aniquilar para siempre a Pierre Lefevre, a esa manzana podrida que lograba pudrirlo todo a su paso.

Me lo imaginaba llevándosela de allí, me lo imaginaba poniéndole de nuevo una mano encima y me juré que lo mataría. Sin más...

Eneko comenzó a mover cielo y tierra y nos tiramos todos a la calle. Fuimos al aeropuerto y allí no conseguimos

encontrar ninguna pista. Mi amigo se estaba devanando los sesos y nada...

—Él no dejará que le sigamos más la pista. Seguro que nos ha descubierto y ha pagado a otro hacker para que tumbe nuestro sistema de seguimiento.

—No te anticipes a los acontecimientos... Es la primera vez que ocurre, pero entraba dentro de las posibilidades que alguna vez fallara. Seguro que puedo restablecerlo en unas horas o...

—Ya, o en unos días. Entonces no hará falta: él tiene a Maia, ¡¡joder!!

Cada minuto, aproximadamente, le hacía una llamada a su móvil. Ella seguía con él apagado y yo no me apartaba de razones: seguro que se lo habían tirado por algún lado.

Solo quería que ese tipo se muriera, porque por su propia voluntad seguro que no me la devolvía. Yo, que solo quería cuidarla, ignoraba dónde estaba mientras que él debía tenerla, apresada entre sus garras, como siempre hizo.

En ningún momento sospechamos que Pierre hubiera dado con nosotros y menos en un espacio de tiempo tan corto. ¿Cómo era posible que lo bueno nos hubiese durado tan poco? Pues así había sido y, por muchas vueltas que le diese, nada me la devolvería a no ser que me enfrentase a ese malnacido lo más rápido posible.

—Necesito volar a Marsella cuanto antes—le comenté a Eneko.

—No puedes precipitarte, ¿y si la tiene aquí? ¿Y si te vas para allá y resulta que te la ha jugado? Sé que no es fácil mantener la sangre fría, pero te tocará hacerlo.

—Eneko tiene razón. Hemos de actuar con prudencia. Además, que igual buscan que nos separemos y, hasta el momento, hemos demostrado que entre los tres podemos hacer las cosas mejor, que somos un buen equipo. Yo opto por quedarnos aquí y juntos—opinó Aroa.

encontrar ninguna pista. Mi amigo se estaba devanando los sesos y nada...

—Él no dejará que le sigamos más la pista. Seguro que nos ha descubierto y ha pagado a otro hacker para que tumbe nuestro sistema de seguimiento.

—No te anticipes a los acontecimientos... Es la primera vez que ocurre, pero entraba dentro de las posibilidades que alguna vez fallara. Seguro que puedo restablecerlo en unas horas o...

—Ya, o en unos días. Entonces no hará falta: él tiene a Maia, ¡¡joder!!

Cada minuto, aproximadamente, le hacía una llamada a su móvil. Ella seguía con él apagado y yo no me apartaba de razones: seguro que se lo habían tirado por algún lado.

Solo quería que ese tipo se muriera, porque por su propia voluntad seguro que no me la devolvía. Yo, que solo quería cuidarla, ignoraba dónde estaba mientras que él debía tenerla, apresada entre sus garras, como siempre hizo.

En ningún momento sospechamos que Pierre hubiera dado con nosotros y menos en un espacio de tiempo tan corto. ¿Cómo era posible que lo bueno nos hubiese durado tan poco? Pues así había sido y, por muchas vueltas que le diese, nada me la devolvería a no ser que me enfrentase a ese malnacido lo más rápido posible.

—Necesito volar a Marsella cuanto antes—le comenté a Eneko.

—No puedes precipitarte, ¿y si la tiene aquí? ¿Y si te vas para allá y resulta que te la ha jugado? Sé que no es fácil mantener la sangre fría, pero te tocará hacerlo.

—Eneko tiene razón. Hemos de actuar con prudencia. Además, que igual buscan que nos separemos y, hasta el momento, hemos demostrado que entre los tres podemos hacer las cosas mejor, que somos un buen equipo. Yo opto por quedarnos aquí y juntos—opinó Aroa.

Capítulo 34



-
Maia
-

Se trataba de uno de los días más tristes de mi vida junto con el de la muerte de mi madre, ¿qué estaría pensando Iván? Me lo imaginaba buscándome sin parar y se me partía el corazón.

No me lo había pensado demasiado a la hora de salir de la casa. Aproveche que él se iba con Eneko y le conté a Aroa la mentira de que les daría alcance. Cuando llegué a la calle, esperé hasta perderlos de vista y entonces salí corriendo en dirección contraria.

Ya habían pasado un buen montón de horas en las que caí presa del desaliento. Me moría de la pena al pensar que me volvía a separar de Iván, y esa vez de manera voluntaria.

En algún momento tendría que dar la cara, aparecer y contarle mi verdad... Quizás cuando hubiese pasado el tiempo, pero ¿y si se enfrentaba a Pierre creyendo que él me hubiese hecho algo malo? Ese era el principal problema.

Pierre no tenía nada que ver con mi huida de su lado. O sí que la tenía, pero no porque me hubiese encontrado y arrancado a la fuerza de los brazos del que era mi único y verdadero amor: Iván.

No, había otro amor en mi vida, por muy contradictorio que me resultase llevarlo en mi vientre. La primera alarma me saltó la tarde que fuimos a montar a caballo y un sueño irresistible me hizo suya. Comencé a observarme y fueron varias más las señales: el pecho me había crecido, sentí náuseas varias veces en aquella semana y entonces eché cálculos, ¿desde cuándo no me venía la regla?

Aterrorizada, me las ingenié para hacerme una prueba de embarazo que dio un positivo como un camión de grande, ¡¡estaba embarazada de Pierre!! Sí, el embarazo era ya de un par de meses y las cuentas no me salían con Iván.

Soy fuerte y lo había demostrado en más de una ocasión. No obstante, el mundo se me vino abajo en ese momento. Si llegaba a oídos de Pierre en algún momento que un hijo suyo crecía en mi interior y que planeaba criarlo lejos, los cuatro podríamos darnos por muertos. Y más tarde o más temprano, llegaría.

Yo ignoraba cuántas posibilidades tendríamos de sobrevivir sin ese crío, pero con él eran nulas. Pierre jamás de los jamases consentiría que su hijo fuera criado por otro... Y en cuanto a mí... También se trataba de mi bebé y me sentía incapaz de arrancarlo de mis entrañas. Respeto todas las posturas, pero yo no lo habría resistido.

Puestas así las cosas, no me quedó otra: tomé dinero de la cartera de Eneko antes de que se fueran. Bastante dinero, porque él llevaba efectivo en cantidad por lo que pudiera pasar, al margen de que Iván fuese quien financiase nuestra estancia allí.

No quise quitárselo a Iván porque Eneko era más distraído. Si se daban cuenta en un primer momento de que les faltaba dinero, comprenderían que mi huida fue premeditada y quizás dieran antes conmigo.

Lo sentía en el alma por todos ellos y más que nadie por Iván, por el hombre de mi vida. Necesitaba tiempo para pensar... No podía hacerle la faena de volver con él porque le condenaría a muerte. Ese niño lo había cambiado todo y para siempre. Y, a pesar de ello, solo podía acariciar mi vientre por muy contradictorias que fuesen las sensaciones.

Algún día le daría a luz y también sería el hijo de Pierre. Eso me ligaba irremediabilmente a él y para siempre. Mi hijo representaba para mí una condena, pero yo no podía borrarlo de un plumazo.

Si no quería que nadie me encontrase, ganando tiempo para pensar, debería ser astuta y moverme con ese dinero en efectivo.

Una chica se me acercó en un mercado. Me comentó que su marido y ella estaban desempleados y que tenían muchas dificultades para sacar adelante a su pequeño, que portaba en brazos.

Lo miré y pensé en que en pocos años yo tendría un peque como aquel.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

^a —Ana María, yo soy Ana María. Y mi niño es Luis, mira qué sonrisa más bonita tiene. Le llamamos Luisillo, ¿nos podrás ayudar?

—Creo que sí, ¿tú me alojarías durante unos días en tu casa? —le propuse.

—¿En mi casa? Pero tú luces muy linda y mi casa es pobre. No creo que te guste.

—Me gustará, no te preocupes por eso. Si tú me ayudas, yo te ayudo.

Ella se quedó con carita de circunstancias, si bien poco tenía que perder por hospedarme y sí bastante que ganar. Por mi parte, eso me permitiría no tener que entregar mi documentación en ninguna parte, ahorrándome que me terminasen encontrando.

Me andaría con pies de plomo hasta que supiera hacia dónde iría mi vida. Me daba pánico comenzarla la sola, pero el destino me había jugado una mala pasada y me sentía incapaz de arrastrar a Iván al fondo del pozo en el que me veía metida. Bastante era con que estuviese yo.

Me marché con Ana María y con su precioso niño a su humilde hogar. No me encontraba bien y he de reconocer que ellos me atendieron de lujo, incluido Rafael, su marido.

No tendrían cómo salir adelante, pero el amor que se profesaban era innegable, igual que ese que sentían por su Luisillo.

—Un hijo es algo muy grande, Maia—me comentó ella cuando, por la noche, nos quedamos solas en su cocinita, tan chiquitina como era. La chica no sabía que yo estaba embarazada y hablaba por experiencia propia.

Ojalá que así fuese porque yo me sentía más perdida que en ningún otro momento de mi vida. Pese a lo mal que me encontraba, logré dormir porque el embarazo me causaba tal sueño que me sentía capaz de haberme dormido i hasta en el palo de un gallinero.

Me andaría con pies de plomo hasta que supiera hacia dónde iría mi vida. Me daba pánico comenzarla la sola, pero el destino me había jugado una mala pasada y me sentía incapaz de arrastrar a Iván al fondo del pozo en el que me veía metida. Bastante era con que estuviese yo.

Me marché con Ana María y con su precioso niño a su humilde hogar. No me encontraba bien y he de reconocer que ellos me atendieron de lujo, incluido Rafael, su marido.

No tendrían cómo salir adelante, pero el amor que se profesaban era innegable, igual que ese que sentían por su Luisillo.

—Un hijo es algo muy grande, Maia—me comentó ella cuando, por la noche, nos quedamos solas en su cocinita, tan chiquitina como era. La chica no sabía que yo estaba embarazada y hablaba por experiencia propia.

Ojalá que así fuese porque yo me sentía más perdida que en ningún otro momento de mi vida. Pese a lo mal que me encontraba, logré dormir porque el embarazo me causaba tal sueño que me sentía capaz de haberme dormido hasta en el palo de un gallinero.

Capítulo 35



El día amaneció y los tres con los ojos como platos. Ni siquiera nos habíamos acostado.

Eneko y yo hacíamos todo lo posible por dar con alguna pista de ella o del paradero del gusano infecto de Pierre.

—No es solo el sistema que le tengo colocado a él, otros también me están fallando. No podemos saber si nos ha descubierto o no, Iván. Trabajaré incansable para restablecerlos—trataba de animarme.

—¿Y cuánto puede tardar eso? —Aroa también comenzaba a dar pruebas de estar al borde del ataque de nervios.

—No lo sé exactamente... Horas o días.

—Lo suficiente para que nos volvamos locos, ya te lo digo yo.

—Iván, tienes que ser fuerte, ya lo sabes. Estamos haciendo todo lo que podemos. No somos máquinas.

—Yo sí que me convertiré en una máquina de matar cuando le tenga cara a cara. No habrá escondite posible en este mundo para esa rata. Me las pagará todas juntas, os lo juro.

Mis ojos no tenían vida. A menos de 24 horas de estar sin Maia sentía el más terrible de los dolores de estómago, ¿cómo gestionaría todo aquello?

Solo había una posibilidad en mi cabeza: matar a Pierre. Por supuesto que de esa no saldría vivo, pues sus gorilas me dejarían fiambre al mismo tiempo, pero si lograba llegar hasta él, la libraría del yugo de ese malnacido.

Quizás todavía estuvieran en Punta Cana o ya no. Quizás en algún momento se pusiera en contacto conmigo para comunicarme que me había ganado la partida sin saber que yo no soltaría mis cartas hasta el último momento.

Igual me salía una úlcera de lo mucho que el estómago me dolía. Me sentía incapaz de probar bocado, ¿cómo había dado con nosotros? Para Eneko y para mí que todo estaba atado y bien atado, ¿cuál de nosotros metió la pat y cometió un error?

En realidad, ya daba lo mismo. El problema era que lo habíamos cometido y que lo pagaríamos inmensamente

caro.

—Come algo, Iván—me ofrecía Aroa con su mejor intención.

—No puedo, hermana, no puedo.

—Sin dormir y sin comer no duraremos ninguno. Tenemos que sacar fuerzas de flaqueza por Maia. Ella nos va a necesitar.

—¿Y si le ha hecho algo malo? ¿Y si no la recupero nunca? —le pregunté con lágrimas en los ojos.

—A ver, Iván, ¿recuerdas cuando soñaste que te esperaba en la playa? —se sentó a mi lado amorosamente.

—Claro, ¿y?

—Que siempre habéis estado conectados de un modo o de otro, así que cierra los ojos y dime lo que te cuenta tu corazón, ¿ella está viva?

—No quiero, no soy capaz, ¿y si siento que no?

—Hazlo, Iván—me empujó.

Lo hice porque igualmente me estaba volviendo loco, muy, muy loco. Y no me sentía capaz de llevarle la contraria.

—Yo diría que sigue aquí, lo diría...

—Claro que sigue aquí. Y sea lo que sea lo que le esté ocurriendo, la volveremos a rescatar. Hasta el infinito con Maia, ¿recuerdas? —le dio la vuelta a mi antebrazo y mi lágrimas cayeron como puños sobre ese tatuaje que nos vinculaba para siempre.

—Venga, tío, Aroa tiene razón. Pase lo que pase, de esta salimos.

—Yo no sé lo que haría sin vosotros dos, de verdad. Prometedme una cosa—les pedí.

—A ver qué chorrada vas a decir—me sonrió mi hermana tratando de sacarme una sonrisa que no, puesto que se me habían acabado.

a

—Que pase lo que pase, cuando llegue el momento, me dejaréis enfrentarme a Pierre solo, que no pondréis vuestras vidas en riesgo.

—Vaya por Dios, yo sabía que dirías una chuminada, pero no imaginaba que sería tan grande. Olvídalo. Ahora voy a preparar un desayuno para los tres y, así se caiga el mundo, nos lo comeremos. No se puede pensar con el estómago vacío.

Cuando has llegado al abismo y no eres capaz de pensar más que en saltar, sin mirar ni un momento atrás, lo mejor es tener a alguien a tu lado que conserve la cabeza. Aroa era esa persona y ella se encargaba de cuidarnos mientras Eneko y yo nos rompíamos la cabeza frente a la pantalla de un ordenador que nada nuevo nos decía.

Desayunamos, sí. Y luego también almorzamos y cenamos... Porque el día fue pasando sin que ninguna noticia tuviéramos de Maia. Al mediodía, Aroa y yo habíamos salido a rastrear las calles mientras Eneko seguía tratando de arreglar eso que ni siquiera nos permitía saber dónde estaba Pierre, un sistema que se nos había caído en el peo de los momentos.

Una mujer hacía la compra cargada con un cesto y un precioso niño. Tenía poquitos años y, mientras ella pedía algunas mercancías en uno de los puestos, el crío salió corriendo hacia la carretera. Un coche venía y no dudé un segundo en lanzarme para cogerlo. A punto estuvo de atropellarme, si bien logré zafarme con solo unas cuantas magulladuras. Tembloroso, lo miré y él estaba sano y salvo.

—¡¡Luisillo, cariño!! —chilló ella y vino corriendo hacia mí—. Dios le bendiga, de verdad. Si no hubiera sido por usted, ¿está bien? —me preguntó mientras Aroa, que vio la escena desde lejos, se acercaba volando.

—Estoy, estoy bien, no te preocupes.

—¿Cómo no me voy a preocupar? Le ha salvado la vida a mi niño. Ojalá pudiera ayudarle en algo.

—Olvídelo, de verdad. Me alegro de que el crío esté bien.

Tan bonita es la inocencia que el niño se reía. Había estado a punto de perder la vida o, al menos, de quedar malherido, pero él lo ignoraba.

Cuando no tienes ni idea de que el peligro se cierne sobre ti, sobrellevas mejor las cosas. El problema es cuando lo encaras y compruebas que, por muy lejos que te marches, el peligro siempre puede perseguirte.

Le hice una carantoña al crío y me pregunté si alguna vez la vida me daría la posibilidad de tener un hijo con Maia, porque era de las cosas que más anhelaba, dado que sería el más bonito de los deseos hecho realidad en los brazos de su radiante mamá.

—Vaya por Dios, yo sabía que dirías una chuminada, pero no imaginaba que sería tan grande. Olvídalo. Ahora voy a preparar un desayuno para los tres y, así se caiga el mundo, nos lo comeremos. No se puede pensar con el estómago vacío.

Cuando has llegado al abismo y no eres capaz de pensar más que en saltar, sin mirar ni un momento atrás, lo mejor es tener a alguien a tu lado que conserve la cabeza. Aroa era esa persona y ella se encargaba de cuidarnos mientras Eneko y yo nos rompíamos la cabeza frente a la pantalla de un ordenador que nada nuevo nos decía.

Desayunamos, sí. Y luego también almorzamos y cenamos... Porque el día fue pasando sin que ninguna noticia tuviéramos de Maia. Al mediodía, Aroa y yo habíamos salido a rastrear las calles mientras Eneko seguía tratando de arreglar eso que ni siquiera nos permitía saber dónde estaba Pierre, un sistema que se nos había caído en el peor de los momentos.

Una mujer hacía la compra cargada con un cesto y un precioso niño. Tenía poquitos años y, mientras ella pedía algunas mercancías en uno de los puestos, el crío salió corriendo hacia la carretera. Un coche venía y no dudé un segundo en lanzarme para cogerlo. A punto estuvo de atropellarme, si bien logré zafarme con solo unas cuantas magulladuras. Tembloroso, lo miré y él estaba sano y salvo.

—¡¡Luisillo, cariño!! —chilló ella y vino corriendo hacia mí—. Dios le bendiga, de verdad. Si no hubiera sido por usted, ¿está bien? —me preguntó mientras Aroa, que vio la escena desde lejos, se acercaba volando.

—Estoy, estoy bien, no te preocupes.

—¿Cómo no me voy a preocupar? Le ha salvado la vida a mi niño. Ojalá pudiera ayudarle en algo.

—Olvídelo, de verdad. Me alegro de que el crío esté bien.

Tan bonita es la inocencia que el niño se reía. Había estado a punto de perder la vida o, al menos, de quedar malherido, pero él lo ignoraba.

Cuando no tienes ni idea de que el peligro se cierne sobre ti, sobrellevas mejor las cosas. El problema es cuando lo encaras y compruebas que, por muy lejos que te marches, el peligro siempre puede perseguirte.

Le hice una carantoña al crío y me pregunté si alguna vez la vida me daría la posibilidad de tener un hijo con Maia, porque era de las cosas que más anhelaba, dado que sería el más bonito de los deseos hecho realidad en los brazos de su radiante mamá.

Capítulo 36



Maia

Ana María llegó muy nerviosa de la compra. Su marido estaba en una entrevista de trabajo que le había salido, por lo que pensé que tuviera que ver con ello.

—¿Rafael encontró empleo? —le pregunté.

—No tengo ni idea, pero ya casi que ni importancia le doy, Maia, ¿tú sabes que hoy he podido perder a mi hijo de un plumazo? Chica, en un momento estamos aquí y en el siguiente... En el siguiente estamos criando malvas. Ay, diosito, qué miedo he pasado.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Luisillo está bien?

—El granuja está estupendamente. Quien va a necesitar entrar en el baño soy yo, ¿puedes creerte que ha ido a cruzar la carretera que está al lado del mercado sin mirar? Si no se llega a meter un muchacho guapísimo y muy valiente que estaba allí, al saber qué tendría yo que estar lamentando a estas horas—suspiró.

—Cielos, cuánto me alegro, ¿era uno de los vendedores?

—Qué va. Si ese vendiera algo podría ser su sonrisa, que más bonita no podría ser. Unos dientes así blancos... Ni siquiera le he preguntado su nombre. Oye, aunque ahora que me fijo...

Se vino directa hacia mi tatuaje y se lo quedó mirando, ¿te puedes creer que él llevaba uno igual? Pero idéntico, palabrita...

Los ojos se me aguaron y no era para menos. Por mucho que nos alejásemos, siempre terminábamos conectados. Yo estaba refugiada en casa de aquella amable pareja e Iván le salvaba la vida a su hijo. Las casualidades no existen, todo sucede por algo.

—Oye, Maia, que te has quedado muy seria, ¿qué te pasa a ti?

—Nada, nada...

—Mujer, que ya te he dicho que a Luisillo no le ha pasado nada. Si él está mejor que quiere y encima, gracias a tu generosidad, estos días come cosas que otros días es impensable. Deberías saber cómo pasamos a veces las semanas. Ojalá tengamos suerte y a Rafael le den el empleo. Está desesperado el pobre.

—Yo creo que sí. El día ha empezado bien para vosotros y seguro que termina mejor. Soy mucho de creer en las señales—le comenté sin contarle nada más y eso que estuve tentada.

—Pues ya te digo que para mí sería una bendición. Es muy complicado vivir sin saber si mañana tendrás algo que darle de comer a tu hijo o no, Maia, muy complicado.

—Ya me lo imagino, Ana María, ya me lo imagino.

La escuchaba y entendía que todos tenemos nuestros problemas y que para nosotros son los más graves, como me sucedía a mí. Y luego te topabas con buenas personas como aquellas y entendías de golpe que los problemas nos azotan a todos. Y tremendos.

Rafael llegó un par de horas después. A mí el día se me hacía muy largo allí metida, si bien no me atrevía a andar por la calle. Aunque Ana María no me dijese nada, porque ni siquiera lo sabría, el motivo de que Iván estuviera en el mercado tendría que ver con mi búsqueda. No me lo imaginaba yo si no comprando comida tan alegremente como si nada hubiese sucedido. Así que yo me refugiaba en aquel humilde hogar donde estaba aprendiendo cantidad de cosas de aquella parejita tan unida.

El hombre nos sonrió y lo hizo con una botella de vino bajo el brazo.

—Marido, ¿es que te has vuelto loco? Esa marca es buena y nosotros no podemos derrochar—le comentó ella.

—Un día es un día. Y hoy debemos festejar, ¡que ya tengo trabajo!

—Ay, qué alegría, ¿me lo estás diciendo de verdad?

—Pues claro que sí, mujer. Sirve un traguito para ti, otro para Maia y otro para mí—le pidió.

—No, gracias, yo no puedo—le comenté.

—¿Y eso por qué? ¿Cómo nos va a poder tomar un traguito, chica?

—Yo ya creo saber la razón—le contestó Ana María, que era muy larga.

—Luisillo, hijo, no hay quien entienda a las mujeres—rio él cogiendo en brazo a su hijo, a quien se le inclinaba el cuerpo hacia la botella de vino.

—De eso nada, granuja. Solo te faltaba a ti estar ebrio, con las que me lías. Mira antes, todavía me tiemblan hasta las pestañas—le contó ella.

—¿Qué ha hecho ahora, Ana María?

Ella se lo comentó todo mientras se tomaban el vino y él no daba crédito.

—Menos mal que no le pasó nada. Yo nunca creí que a un muchachito así se le quisiera tanto—le decía Rafael quien parecía un hombre rudo, pero en cuanto rascabas un poco, le salía un gran corazón.

Yo brindé con ellos con un poco de refresco y me alegré lo indecible de que las cosas, por fin, les mejorasen. Se lo merecían y, a pesar de haber vivido un día muy azaroso, todo fue sobre ruedas.

Ni tan mal el empleo que encontró Rafael y que podría cambiarles la vida. No por eso tuvieron tentaciones en ningún momento de pedirme que me fuese, y eso que ni cama tenían para mí y yo dormía en el sofá. Muy al contrario, esa noche Ana María se me acercó para hablarme.

—Hola, cariño, tú sabes que las cosas no han cambiado y que puedes contar con nosotros, ¿no? —me preguntó.

—Lo sé, lo sé, cielo. Muchas gracias.

—No hay por qué darlas. Solo quiero preguntarte si el motivo de que estés aquí es porque tienes un bebé en esa pancita—me la señaló.

—Las cazas al vuelo, ¿eh?

—¿Tu pareja te maltrata? ¿Es por eso? Conozco a varias chicas a las que les pasa. Nosotros podríamos ayudarte.

—No, mi pareja es un ángel. De hecho, es un ángel que se te ha aparecido hoy—le revelé porque no me lo podía quedar dentro.

—No entiendo eso que dices, ¿cómo que un ángel que se ha revelado a mí?

—El chico del tatuaje, el que ha querido salvar a Luisillo...

—¿Es tu pareja? ¿Por eso lo lleváis igual? Pero si hacéis una pareja de cine y encima me cuentas que es así, ¿cómo puede ser?

—Porque él es un ángel, pero el padre de mi hijo es un demonio. No tardará en aniquilarlo si se entera de que pretende suplantarle. Es una historia muy complicada.

—Una historia muy complicada que entrará mejor con un poco de chocolate. Rafael lo ha comprado esta tarde. Hacía mucho que no lo teníamos en casa. Está tan contento... Voy por un trocito para cada una.

Nada como la forma de compartir de aquellos que menos tienen. Enseguida volvió con el chocolate, el cual degusté con ansia, tras lo cual se lo conté todo.

Ella me escuchaba de principio a fin sin dar crédito. Cuando puse el punto final a mi relato, sus ojos estaban tan llenos de lágrimas como los míos.

—Es de guion de película, lo es... Vaya vidas más intensas las de los dos. Y ese maldito de Pierre, ¿tú crees que se merece tanto sacrificio como estás haciendo?

—No, él no... Pero Iván sí. Pierre lo matará, con el niño de por medio es seguro que lo hará.

—Por lo me cuentas de él, y por lo que yo misma vi, no es ningún inepto. Ese hombre sabrá cómo arreglárselas para poder seguir a tu lado vivito y coleando. A lo que no hay derecho es a que tomes tus propias decisiones dejándole a un lado, ¿tú te imaginas lo que debe estar sufriendo? Si no lo mata el otro, lo matará el sufrimiento. No lo has hecho bien, Maia, tú estás muy equivocada.

—Es que yo lo he hecho por amor—comencé a llorar a mares.

—Y en nombre del amor se han hecho muchas tonterías en la historia. Ahora mismo tú vas a llamar a ese hombre y...

—Yo no tengo ni mi móvil. Lo apagué y luego lo tiré. No sabes cómo se las gastan Iván y su amigo, me hubieran terminado encontrando.

—Muy bonito, ¿y te sabes su número?

—No, hace poco tiempo que nos encontramos, como ya te he contado... Si hiciera años, igual sí, pero a mí no me dio por aprendérmelo.

—Vale, entonces él no puede venir a buscarte. Nosotros te llevaremos a la casa. Le diré a Rafael que saque el coche. Ay, el coche, digo... Menudo cacharro—rio.

—A mí eso no me importa, pero que yo aún no he tomado ninguna decisión, Ana María.

—Pues ¿sabes lo que te digo? Que la he tomado yo por ti, chica. Ya está bien de tanto huir... Toda la vida separados a la fuerza y ahora haciendo el tonto así. Yo no lo aguanto. Y no porque me estorbes, ¿eh? Que en casa me sirves de compañía y Juanillo te adora, pero es que yo esto no lo puedo consentir.

Ana María era de armas tomar. Ya sabía la identidad de Iván y, si yo no daba el paso, igual lo daba ella solita y lo buscaba.

Era hora de enfrentarme a mis miedos y a mis errores. Iván se enfadaría mucho conmigo cuando supiese que me marché de la casa por mi propio pie, pero es que el miedo no solo nos paraliza, sino que a veces nos obliga a dar pasos que de otra manera nunca hubiésemos dado.

Un ratito después, ya estábamos recogiendo mis cosas. Mientras lo hacíamos, ella le contaba mi historia a Rafael.

—Ese hombre, al que tanto le debemos sin conocerlo, se volverá loco de alegría cuando te vea aparecer. Tú no temas, que él lo entenderá todo—me consolaron a dúo después.

—Dios os oiga, porque ahora siento miedo por todo.

—Pues no lo sientas por nada, cariño. No lo sientas... Rafael te llevará en el coche y nosotros dos te acompañaremos—me comentó ella.

—¿Luisillo y tú? No, que es tarde y el peque está cansado.

—Él no tiene nada que hacer por la mañana, vive a gastos pagados y en esta época del año no hay escuela—me comentó mientras yo lo abrazaba.

—Te extrañaré, chiquitín, aunque seguiremos en contacto—le confesé porque le había cogido mucho cariño en el poquito tiempo que pasé en la casa. Pero es que se hacía querer, igual que sus padres.

Ya Rafael nos esperaba en su coche, que era verdad que estaba de pena. Ojalá yo hubiera podido comprarles uno como pago por todo aquello, aunque en la vida les iría mucho mejor con su nuevo empleo.

El coche comenzó a rodar y yo noté un inesperado dolor en el vientre. Ana María se fijó.

—Rafael, ve despacito que esta niña no parece estar muy bien.

—No, si no ha sido nada, ya se me ha pasado—le dije.

—Pues tienes muy mala cara ahora, Maia, ¿tú estás segura de que andas mejor?

No lo estaba, aunque tampoco quería causarles más problemas. El vientre me dio otro aviso y de pronto me mareé

Noté que paraban el coche y que trataban de hablarme, pero apenas los escuchaba. Tampoco los veía y solo una especie de nube negra aparecía ante mí. Luego volvieron a arrancar y nos movíamos.

Sus voces me llegaban muy, muy lejanas y no podía verles. Notaba como si el vientre se me desprendiera y un malestar general difícil de describir. Nunca me había sucedido nada igual y sentí mucho miedo. La vida se me iba en esa oscuridad y solo podía ver la cara de Iván.

Mi chico parecía venir a mí en el que estaba resultando el momento más complicado de mi vida. Contemplar su cara era lo único que me mantenía a flote aunque el miedo en mí crecía y crecía.

Les escuché decir algo de un hospital. Yo no podría ir a ninguno porque, si les daba por hurgar en mi bolso y sacaban mi documentación, nos pondrían a todos en peligro.

Seguro que Pierre tenía contratada a gente que pudiera detectar cualquier movimiento a mi nombre en el lugar que fuese del mundo. Quise decirles que no era buena idea, que yo no podía permitirme ir a ese hospital. Quise, pero no pude hablar y caí en un profundo sueño.

Sus voces me llegaban muy, muy lejanas y no podía verles. Notaba como si el vientre se me desprendiera y un malestar general difícil de describir. Nunca me había sucedido nada igual y sentí mucho miedo. La vida se me iba en esa oscuridad y solo podía ver la cara de Iván.

Mi chico parecía venir a mí en el que estaba resultando el momento más complicado de mi vida. Contemplar su cara era lo único que me mantenía a flote aunque el miedo en mí crecía y crecía.

Les escuché decir algo de un hospital. Yo no podría ir a ninguno porque, si les daba por hurgar en mi bolso y sacaban mi documentación, nos pondrían a todos en peligro.

Seguro que Pierre tenía contratada a gente que pudiera detectar cualquier movimiento a mi nombre en el lugar que fuese del mundo. Quise decirles que no era buena idea, que yo no podía permitirme ir a ese hospital. Quise, pero no pude hablar y caí en un profundo sueño.

Capítulo 37



Maia

Me desperté con una extraña sensación de sequedad en la boca. Quería hablar, pero no podía.

Me sentía cansada, tan cansada que apenas podía abrir los ojos. Y solo una pregunta rondaba mi mente, ¿dónde estaba? Conforme fui viendo la luz, caí en la cuenta de que no conocía aquella habitación.

La cara de aflicción de Ana María, quien me sujetaba la mano, me devolvió a la realidad.

—¿Cómo estás, Maia? ¿No puedes hablar? Espera, que llamo a un médico.

Le hice un gesto de que así era y, cuando llegó a la habitación, el médico le dijo que podía darme a beber un poco de agua, la cual me fui tomando a sorbos pequeños hasta que mi garganta fue volviendo poco a poco a la normalidad.

—¿Qué ha pasado? ¿Esto es un hospital? —les pregunté con mucho miedo mientras me echaba mano al vientre.

—Sí que lo es—afirmó ella.

—Tenemos que hablar contigo, Maia.

El médico era joven, más o menos de la edad de Iván, y su cara me anticipaba que no tenía buenas noticias para mí.

—Sí, por favor, necesito saber si mi bebé está bien.

—Me temo que no. Hubo complicaciones. No pudimos hacer nada. Lo siento de corazón—me informó apretándome la mano y yo sentí un dolor desgarrador.

Él me estuvo dando ánimos durante unos minutos más y luego nos dejó a ambas a solas.

—Lo lamento mucho, cielo. Rafael fue a llevar a Luisillo con mi madre y ahora anda de camino para informar a ese chico, a Iván, seguro que viene enseguida a verte—ella se sentó al borde de la cama.

Como otras tantas veces en mi vida, me sentí desvalida, ¿cómo era posible que aquella criatura se hubiese perdido de la noche a la mañana? Soy de creer en las señales y en eso de que el destino no está escrito, si bien me pareció un destino muy cruel para una vida que ya no vería la luz.

Rafael no tardó en estar de vuelta y ese rato me lo pasé llorando con Ana María tomándome la mano. Cuando le vi llegar, recé para que Iván me hubiese perdonado y viniese tras él, y no me equivoqué ni en lo uno ni en lo otro.

Su entrada en la habitación fue poco menos que apoteósica, corriendo hacia mí y arrodillándose delante de mi cama, besándome las manos.

—Cariño, ¡¡estás aquí!! Creí que él te había llevado, que el maldito de Pierre...

—No, lo siento mucho, me fui por mi propio pie. No sabes cuánto lamento haberte asustado de esa manera, ¿podrás perdonarme?

—Claro que sí, Rafael me lo ha contado todo. Pero nunca, te ruego que nunca, vuelvas a hacerme algo así. Lo siento muchísimo, siento muchísimo que lo hayas perdido. Te prometo que no me hubiese amedrentado y que lo habría querido como si fuese mío.

Las lágrimas corrieron de mis ojos a mis mejillas como si ese trayecto fuese el curso de un río. Sabía muy bien que esas palabras procedían de su corazón y que así lo hubiese hecho.

Tras él, a unos pasos, se quedaron Aroa y Eneko. Ella se acercó, cuando Iván se apartó.

—Cariño, nunca, nunca, nos vuelvas a dar un susto como este. Lo sentimos mucho, ojalá no hubieras tenido que pasar por algo así, aunque sabemos que has estado bien acompañada.

—Sí, ella es Ana María. Y a Rafael ya le conocéis.

—A ella también la conozco—respondió Iván, dándole un abrazo a esa mujer que tanto me había ayudado.

—Sí, yo te debo la vida, Iván. Gracias por salvar a mi niño—le comentó ella muy emocionada.

—¿Y tú me las das? Mientras yo hice eso, tú también estabas salvando a quien más quiero en este mundo, Ana María. Ese era nuestro destino, ayudarnos mutuamente.

En ese momento, Eneko miró su teléfono móvil, en el que parecía haber recibido alguna información. Yo no lo sabía, ya ellos luego me explicarían que sus sistemas se les habían caído durante bastante tiempo, pero desde unas

horas antes les volvían a funcionar. Eso fue caótico porque, al no conocer la posición de Pierre, creían que él me había secuestrado.

—Iván, tenemos un problema, te lo advertí—le comentó.

—¿Es Pierre? —le preguntó él arqueando una ceja.

—Es el maldito de Pierre, correcto. Ahora sí que acaba de tomar un vuelo en esta dirección. Te dije que al haber ingresado Maia en el hospital, probablemente conociese nuestro paradero.

Eso que tanto tratamos de evitar había ocurrido. Ellos me llevaron hacia allí con su mejor intención y, de no haberlo hecho, yo podría incluso haber muerto, pero al dar mis datos en la recepción, Pierre conoció el lugar en el que nos encontrábamos.

Puede que conociese hasta el motivo de mi ingreso. Era más que probable. Y entonces nadie le pararía hasta dar con nosotros, igual creía que ese embarazo seguía su curso y me lo imaginaba ciego de la rabia.

Muchas veces le vi como a un perro rabioso, muchas... Pero me imaginaba que, de todas ellas, esa sería la peor.

—Nos tenemos que ir de aquí, mi amor, nos tenemos que ir. No dejes que nos dé alcance o todos lo lamentaremos —le pedí.

—Cada uno de nosotros debe apagar los móviles, ya nos haremos con otros nuevos—le comentó Eneko a Iván y Aroa.

—¿Podemos ayudaros en algo? Nuestra casa está a vuestra disposición—nos comentó Rafael Eran las mejores personas del mundo, una pareja ejemplar que no tenía nada, pero que te lo daba todo.

Iván negó en principio con la cabeza, aunque con un gesto de agradecimiento, y entonces Eneko se lo pensó mejor.

—¿Tenéis algún sitio seguro donde escondernos? Puede que sea la mejor idea... Pero en vuestra casa no podrá ser, es muy céntrica.

—Yo tengo otra casita, casi en ruinas, a unos 30 kilómetros de aquí. No vale nada, era de mis difuntos padres y no he podido venderla porque hay casi que demolerla y es demasiado trabajo. Está hecha una pena, pero...—nos contó Rafael.

—Ese será el lugar ideal, nadie nos buscará allí—afirmó nuestro amigo.

Capítulo 38



Pese a que su estado emocional era delicado, el médico nos dijo que podríamos llevarnos a Maia siempre que la cuidásemos con mimo en los siguientes días. Lo que había que hacer, una vez más, era cuidarle el alma, aparte de evitar que se levantase, hiciera esfuerzos y demás.

Rafael nos trasladó en su coche hasta ese lugar, que cierto que a nivel de estructura y demás estaba hecho polvo. Se trataba de una casita pequeña y muy pobre, pero que ellos mantuvieron cerrada y que contaba con un poquito de mobiliario que incluía unas camitas.

Maia debía guardar reposo total al menos un par de días y luego comenzar a hacer vida poco a poco, sin grandes esfuerzos. Yo mismo la metí en esa camita después de que Rafael le diese a Aroa un juego de sábanas que sacó de un cajoncito, sin apenas color, pero confortable.

—Es todo lo que tengo, ojalá os pudiera ofrecer más—me comentó mientras yo sostenía a Maia en brazos. Ella estaba muy triste y le faltaba el rubor rosa de sus mejillas, aunque ya me encargaría de que volviese.

—Nos das todo lo que tienes, Rafael. Nunca vamos a olvidar lo que tu mujer y tú estáis haciendo por nosotros, ¿me oyes? Nunca—le aseguré.

Así era. Cada uno íbamos cumpliendo una función y él ya debía irse. Además, que Maia necesitaba un descanso que entre todos le pensábamos proporcionar.

Mientras, Eneko, hacía maravillas para tratar de tener a Pierre controlado, calculando las horas para que llegase.

Rafael se marchó y yo la acosté. La camita era individual, pero al lado había otra que acerqué hasta poder acostarme a su lado, que fue lo que ella me pidió.

—Lo siento tanto, mi amor... Pierre no habría soportado que tú criases a ese niño. Me fui por protegerte, te lo prometo.

—Lo sé, pero no vuelvas a hacer algo así. Somos mucho más fuertes unidos, aparte de que no puedo soportar la idea de que te suceda algo malo, cosita. Creí que eso lo tenías claro.

—Y yo también, pero cuando llegó el momento solo pude pensar en protegerte.

—¿Y en qué lugar me deja eso a mí? —le pregunté y pareció entenderlo.

—No volveré a hacerlo nunca, te lo prometo.

—No lo hagas o tú sola me habrás matado de antemano—le advertí.

—De acuerdo, nunca lo olvidaré.

—¿Y ahora cómo estás? No sabes cuánto lamento lo sucedido.

—Estoy triste, pero bien... Hice todo lo posible por continuar con ese embarazo. Quiero que sepas que lo hubiera dado todo porque ese bebé fuese tuyo, pero sí que era mío, y yo no podía....

—No tienes nada que explicarme. Sé muy bien cuáles son tus valores. Y parte de lo mucho que te quiero tiene que ver con eso—la abracé.

; Eneko daba vueltas y vueltas por la casa. Yo me estaba poniendo muy nervioso. Cuando Pierre pusiese un pie en Punta Cana, solo sería cuestión de tiempo que nos encontrase.

Esperé a que ella se durmiese, algo que no tardó en suceder debido a los calmantes que le habían suministrado. Entonces me levanté para hablar con mi amigo, a cuyo lado estaba Aroa.

—Veo que tienes la cabeza bien caliente, Eneko. Supongo que la solución será volar a otro lugar en cuanto Maia pueda hacerlo, ¿verdad? Ese cabrón vendrá con un verdadero ejército, pero este es un lugar apartado, tardaría mucho en dar con nosotros. Esta casita está en medio de la nada, nos hemos deshecho de nuestros móviles por si intentan localizarlos, todo irá bien—traté de que se relajase.

—La pensaba vender al jeque árabe, Iván. No quiero quemarte la sangre, pero así es. He interceptado un mail que le ha enviado hace un rato. Al enterarse de su embarazo, le dice que en cuanto nazca el niño se lo quedará y a ella se la venderá. Ahora la odia con todo su alma.

—¿Venderla? ¿De verdad se piensa que es su esclava? Cada vez tengo más ganas de matarle, muchas más...

—Relájate porque él no llegará a Maia. Ninguno de sus hombres lo hará tampoco. El asunto es que hay algo más.

—¿Algo más todavía? —le preguntaba yo enfurecido hasta un punto que él no podía ni imaginarse.

—Sí, Iván. Pretende que alguien más, un tipo poderoso, le ayude en esa transacción. Una especie de intermediario que es de su total confianza y que no ha aparecido en escena hasta ahora. Algo me huele a chamusquina y mucho.

Hay algo, tengo un presentimiento...

—No te entiendo, Eneko. Haz el favor de hablarme más claro.

—Ahora mismo no puedo, lo siento. Pero en cuanto averigüe algo más, te lo haré saber.

—Sí, por favor. Tengo la sensación de que me estoy perdiendo en todo esto.

—Tranquilo, es normal. Tienes muchos frentes abiertos a la vez. Tú dedícate a ayudar a Maia, que yo me haré cargo de todo lo demás.

—Sí, yo te echaré un cable con ella, hermano. Maia es muy fuerte, pero ya es demasiado todo lo que le está ocurriendo.

—Y que lo digas, hermanita. Ven aquí—le di un beso porque ellos estaban siendo un apoyo increíble.

»

—Venga, que nosotros podemos. Pronto quitaremos al tal Pierre de en medio y volveremos a ser libres para hacer locuras por todo el mundo. Como ahora tienes pasta a tutiplén...

—Oye, ¿es que piensas vivir a costa mía toda la vida? —bromeé—. Te recuerdo que tu novio tiene la misma pasta y a él no le sacas los ojos.

—No, a él más bien se los vuelvo del revés en ciertos momentos—me soltó para picarme porque ella era así, sabía muy bien en qué momento quitar hierro al asunto con una broma que me hiciera corretearla por toda la casa, como fue el caso mientras me sacaba la lengua.

,

Hay algo, tengo un presentimiento...

—No te entiendo, Eneko. Haz el favor de hablarme más claro.

—Ahora mismo no puedo, lo siento. Pero en cuanto averigüe algo más, te lo haré saber.

—Sí, por favor. Tengo la sensación de que me estoy perdiendo en todo esto.

—Tranquilo, es normal. Tienes muchos frentes abiertos a la vez. Tú dedícate a ayudar a Maia, que yo me haré cargo de todo lo demás.

—Sí, yo te echaré un cable con ella, hermano. Maia es muy fuerte, pero ya es demasiado todo lo que le está ocurriendo.

—Y que lo digas, hermanita. Ven aquí—le di un beso porque ellos estaban siendo un apoyo increíble.

—Venga, que nosotros podemos. Pronto quitaremos al tal Pierre de en medio y volveremos a ser libres para hacer locuras por todo el mundo. Como ahora tienes pasta a tutiplén...

—Oye, ¿es que piensas vivir a costa mía toda la vida? —bromeé—. Te recuerdo que tu novio tiene la misma pasta y a él no le sacas los ojos.

—No, a él más bien se los vuelvo del revés en ciertos momentos—me soltó para picarme porque ella era así, sabía muy bien en qué momento quitar hierro al asunto con una broma que me hiciera corretearla por toda la casa, como fue el caso mientras me sacaba la lengua.

Capítulo 39



Habían pasado un par de días desde que llegamos a aquella modesta casita, que por muchos lados sí que estaba en ruinas, aunque nuestras habitaciones más o menos se podían salvar.

Rafael nos trajo provisiones cada uno de ellos para que tuviésemos de todo, por supuesto que me encargué de pagarle bien por ello para que en su casa tampoco faltase de nada.

Maia podía comenzar a levantarse e iba recobrando las fuerzas. Anímicamente, también se comenzaba a recuperar y eso era lo más importante.

Yo tenía la certeza de que, en su momento, nuestros hijos llegarían. Solo era cuestión de tiempo y de poner nuestra vida en orden. Y entonces ella vería cubierta esa faceta de madre que tan bien le sentaría, porque era muy amorosa.

Eneko seguía rompiéndose la cabeza con todo aquello hasta que llegó un momento que dio un grito.

—¡¡Hijo de puta, te tengo!!

—¿Qué pasa? —corrí hacia él.

—Ya sé quién es el cómplice de Pierre Lefevre... ¡¡acabo de cazar su verdadera identidad!! No ha sido fácil, pero a base de cruzar unos mails con otros he llegado a dar con ella. Y te juro que no te lo vas a creer.

—Al grano, Eneko.

—Es Herman Wagner.

—¿Herman Wagner? ¿Nuestro “jefe” alemán?

—El mismo. El caso es que no está por la labor de ayudarme con lo de la venta de Maia al jeque árabe—murmuró porque ese tema era tan peliagudo que no se lo habíamos contado a ella, de momento—. Es que como si pasara de su culo, cuando en otros mails ha habido buen rollo. No sé, detecto algo raro.

—Tú sabes que conocemos todos los entresijos de Herman Wagner. Vayamos a Berlín a hablar con él y pongamos las cartas encima de la mesa.

—¿Quieres que vayamos a amenazarle con cerrar su chiringuito? A ver si te crees que ahora vende helados en la playa. Tío, que sigue moviendo armas a lo grande en todo el mundo. Igual que Pierre, que también está metido en eso. Era el eslabón de la cadena que nos faltaba. Maia tenía razón al sospechar que Pierre estaba metido en más negocios turbios de los que imaginamos.

—Joder, pues por eso... Le diremos a Herman que nosotros caeremos, pero que él lo hará también. Que si no convence a Pierre de que nos deje en paz, haremos llegar a la prensa todos sus movimientos delictivos.

—Joder, nos freirá a tiros en ese mismo momento.

—No, porque le diremos que esa información verá la luz en cuanto nos pase algo. Que él nos matará, pero que se pudrirá en la cárcel porque sus oscuros negocios se harán públicos de inmediato.

—¿Amenazar a Herman Wagner? Ahora que lo pienso, mola tela. Tú sí que sabes ponerme cachondo, amigo—me soltó.

—¿¿Perdón?? ¿¿Me he perdido algo?? — Aroa apareció por detrás y se partió de la risa.

—Te has perdido que casi le doy un beso en los morros a tu novio, de lo bien que lo ha hecho—le comenté entre risas.

—Luego tú también te has puesto cachondo—siguió el otro con el jueguecito.

Maia llegó y se unió a las bromas. Por fin comenzaba a tener ganas de participar en todo y yo me moría de esas mismas ganas de que así fuese. La abracé fuerte y entonces les explicamos que cogeríamos el siguiente vuelo con destino a Alemania en cuanto ella estuviese recuperada del todo.

Si Herman Wagner sabía lo que le convenía, y de tonto no tenía un pelo, convencería a Pierre de que nos dejara en paz, puesto que los negocios del francés también saltarían por los aires de seguir tocándonos las narices.

Amenazados ya nos tenía, así que era hora de demostrarle que nosotros también podíamos cogerle por los huevos. Y así lo haríamos.

Había una conexión entre aquellos dos y eso no podía ser casualidad. Herman Wagner tendría mucho que explicarnos.

Mientras, permaneceríamos en la casa unos días más... Unos días en los que Eneko tuvo todo el tiempo, en la distancia, controlados los movimientos de Pierre y sus gorilas. En ningún momento llegó a estar más cerca de die:

skilómetros de allí, aunque la tensión se dejaba sentir de todos modos.

Transcurridos esos días, nos las ingeniamos para volar de incógnito hasta Berlín. Nuestras ganas de que todo saltara por los aires eran tales que la emoción me podía.

Maia se encontraba muy recuperada. Para ella fue un trance muy duro, pero que nos unió más. Yo sentía que a nuestra historia solo le faltaba una vuelta de tuerca y que se la daríamos muy pronto para poder saborear por completo esa libertad total que tanto ansiábamos.

Demasiado tiempo presos todos, cada uno de nuestras circunstancias. Si Eneko y yo jugábamos bien nuestras cartas, y estábamos seguros de que así sería, por fin la podríamos saborear.

El vuelo se nos hizo corto porque, tras tantísima tensión, logramos dormir durante él. Antes de conciliarlo, esboqué una sonrisa pensando en Pierre Lefevre y en la forma en la que se estaría tirando de los pelos sin dar con nosotros.

Maia dormía como un lirón y eso era lo que más me importaba. Su cara estaba echada sobre mi pecho y yo acaricié su pelo hasta que me quedé dormido también.

Soñé con el futuro, soñé con que por fin encontrábamos la paz y la disfrutábamos como tanto nos merecíamos. De vez en cuando, ella se removía en su asiento y yo me despertaba. Entonces comprobaba que no era un sueño, sino la realidad que estábamos a punto de lograr.

Llegamos a Berlín y fue algo raro. El día que salimos de Alemania nos prometimos que no volveríamos a pisarla. Y allí estábamos, con mucho valor y con ganas de apretarle las clavijas a Herman Wagner. No podía imaginar la cara que ese hombre pondría cuando nos viera. Y teníamos que buscar la forma de llegar hasta él de la manera más discreta posible o su entorno podría abatirnos a tiros antes de abrir la boca.

kilómetros de allí, aunque la tensión se dejaba sentir de todos modos.

Transcurridos esos días, nos las ingeniamos para volar de incógnito hasta Berlín. Nuestras ganas de que todo saltara por los aires eran tales que la emoción me podía.

Maia se encontraba muy recuperada. Para ella fue un trance muy duro, pero que nos unió más. Yo sentía que a nuestra historia solo le faltaba una vuelta de tuerca y que se la daríamos muy pronto para poder saborear por completo esa libertad total que tanto ansiábamos.

Demasiado tiempo presos todos, cada uno de nuestras circunstancias. Si Eneko y yo jugábamos bien nuestras cartas, y estábamos seguros de que así sería, por fin la podríamos saborear.

El vuelo se nos hizo corto porque, tras tantísima tensión, logramos dormir durante él. Antes de conciliarlo, esbocé una sonrisa pensando en Pierre Lefevre y en la forma en la que se estaría tirando de los pelos sin dar con nosotros.

Maia dormía como un lirón y eso era lo que más me importaba. Su cara estaba echada sobre mi pecho y yo acaricié su pelo hasta que me quedé dormido también.

Soñé con el futuro, soñé con que por fin encontrábamos la paz y la disfrutábamos como tanto nos merecíamos. De vez en cuando, ella se removía en su asiento y yo me despertaba. Entonces comprobaba que no era un sueño, sino la realidad que estábamos a punto de lograr.

Llegamos a Berlín y fue algo raro. El día que salimos de Alemania nos prometimos que no volveríamos a pisarla. Y allí estábamos, con mucho valor y con ganas de apretarle las clavijas a Herman Wagner. No podía imaginar la cara que ese hombre pondría cuando nos viera. Y teníamos que buscar la forma de llegar hasta él de la manera más discreta posible o su entorno podría abatirnos a tiros antes de abrir la boca.

Capítulo 40



Nos alojamos en un discreto hotel en una localidad cercana a Berlín. Las chicas no conocían la ciudad, pero se daba la circunstancia de que no podíamos correr riesgos en ese momento. Hasta allí no habíamos llegado precisamente de turismo.

Tres días después de nuestro aterrizaje en tierras germanas, Herman Wagner asistía a la boda de un amigo suyo, otro mafioso. Eneko logró que nos hiciéramos pasar por miembros del equipo de seguridad de ese otro y, cuando Herman Wagner entró en el baño nos aseguramos de trabar la puerta y pillarle a solas.

Su sorpresa fue mayúscula porque estaba a punto de sacársela cuando miró a un lado y me vio a mí. De inmediato miró al otro y se encontró con la cara de Eneko.

—¿Vosotros? ¿Se puede saber qué estáis haciendo aquí? —nos preguntó asustado, pensando en que el pasado siempre vuelve y quizás en que la recompensa que nos entregó por nuestros años de servicio nos hubieran sabido poco.

—Ahora somos nosotros los que hacemos las preguntas, Herman, y tú quien las contestas—le tuteé por primera vez en aquellos años, pues siempre le tuvimos que tratar como si estuviera por encima del bien y del mal, menudo era.

—Llamaré a mis hombres y os aniquilarán.

—Lo primero es que no llegarías—le enseñamos nuestras armas—, pues para eso simulábamos ser del equipo de seguridad de la casa—. Y lo segundo es que igual no te conviene, porque si nos llega a pasar algo la prensa contará, con pelos y señales, a qué llevas años dedicándote.

—¿Qué carajo queréis? —nos preguntó de la peor forma—. ¿Es más pasta?

—No estaría mal, pero no hemos venido a eso, sino a que nos cuentes cómo tu amiguito Pierre Lefevre llegó en su día a dar con la que era mi novia. Y no me digas que no tienes ni idea porque ya sería casualidad que tú no estuvieras detrás de eso. Has sido su cómplice todos estos años, no lo niegues.

—Yo no tuve que ver en eso. Supo de vuestra existencia de casualidad. Él viajaba mucho al norte de España y se

ofreció a controlar a vuestro entorno. Por eso conoció a tu chica. Yo le dije que se apartara de ella, se lo pedí por activa y por pasiva, no quería intromisiones... Pero Pierre siempre tiene que salirse con la suya. Él no me fue leal, pero eso ya no me extraña. No es la única vez que ha hecho lo que le viene en gana. Y ahora seguro que estáis aquí porque os habéis enterado de lo que planea... No me he ofrecido a ayudarle con eso. No lo haría nunca, yo no trafico con mujeres. Y, aunque lo hiciera, jamás le haría un favor cuando sé que planea traicionarme.

—¿Planea traicionarte? ¿O es una treta para que pensemos que os lleváis como el perro y el gato? —le pregunté con sorna.

—Os lo puedo demostrar. Sé que está detrás de quedarse con mi negocio, aunque no sabe que estoy al tanto de ello. No me agrada que hayáis venido hasta aquí para amenazarme, pero os entiendo. Os ofrezco su cabeza en bandeja de plata a cambio de que me dejéis en paz.

—¿Su cabeza?

—Sí, ¿queréis hablar con él sin que nadie os moleste? Yo fijaré una cita y apareceremos todos. Allí le dejaremos claro que abandonará el tema de las armas y que no volverá a tocarle un pelo a esa chica, o lo hundiremos. Yo os apoyaré, estoy deseando verle caer. Puedo daros información suficiente para encarcelarle de por vida. Me he cubierto las espaldas desde que sé que ese mierda me quiere robar. Ya sabéis que a mí no se me roba.

—Sí, de eso tenemos una ligera idea.

^a —¿Hay trato entonces? Vamos a dejarle claro que se aparte de todos nosotros y de por vida. O pagará las consecuencias.

Nos pareció justo. No esperábamos encontrar a Herman Wagner de nuestro lado y lo estuvo. Se le veía muy quemado con él y nosotros fuimos a meter el dedo en la llaga, acelerando algo que ya tenía en mente y que era acabar con Pierre Lefevre.

Él nos concertaba una cita y nosotros le dejábamos claro que, un movimiento más, y sus actividades aparecerían en toda la prensa.

Herman podía habernos engañado, pero no parecía ser el caso. Pese a obligarnos a trabajar para él durante tantos años, siempre cumplió su palabra cuando nos la dio.

Aquella ocasión no parecía distinta y él también salía ganando con todo aquello.

¹ Las chicas se mostraron un poco reticentes cuando se enteraron. No nos quedaba otra que vernos con él. No había más manera. Y si os digo la verdad, a mí me podían las ganas de tenerle frente a frente.

Maia sentía mucho miedo porque lo conocía, pero yo también me conocía y tenía muy claro que jamás daría un

paso atrás cuando le tuviera delante. Esa rata sarnosa le había hecho mucho daño a mi chica y planeaba hacerle , mucho más. Venderla como esclava sexual era su último y más sucio golpe maestro, uno que no llevaría a cabo mientras a mí me quedase aliento para impedirlo.

paso atrás cuando le tuviera delante. Esa rata sarnosa le había hecho mucho daño a mi chica y planeaba hacerle mucho más. Venderla como esclava sexual era su último y más sucio golpe maestro, uno que no llevaría a cabo mientras a mí me quedase aliento para impedirlo.

Capítulo 41



El encuentro se celebró unos días más tarde y en el mismo Berlín.

Pierre viajó hasta allí porque Herman le hizo llamar, con la excusa de que se lo había pensado mejor y de que le ayudaría con el tema del jeque árabe y la venta de Maia.

Solo escuchar que se mencionaba esa posibilidad me provocaba náuseas. Yo la amaba mucho más que a mi vida, la cual habría dado para que nada le pasara a ella, eso lo tenía clarísimo.

El encuentro se celebraría de un modo distendido. Para Pierre, que ellos seguían siendo colegas y que todo iría sobre ruedas.

Por esa razón, no dudó en acudir a la misma casa de Herman, donde este le citó. Lo que no esperaba fue que, mientras sus gorilas se quedaban en la puerta principal, Herman le apuntase con una pistola para salir por la puerta de atrás, donde ya le esperábamos con un coche tanto Eneko como yo.

Herman le seguía apuntando en el asiento trasero cuando yo, que iba sentado en el del copiloto, me volví.

—Buenas tardes, aunque más para unos que para otros, creo—le dije y vi cómo en su cara se dibujaba la furia más asesina mientras que sus puños se cerraban.

—¿Qué está pasando aquí? Herman, ¿todavía trabajas con esta chuma? —le preguntó—. ¿Qué te han contado? ¿A dónde me llevas? ¡¡¡Eres hombre muerto!!! Y vosotros más... Vosotros estáis muertos desde que os la llevasteis, cabrones...

—Mucho hablas tú para estar encañonado—le respondí—. Si aquí hay algún muerto eres tú... Se te acabó el pisarnos los talones. Te tenemos cogido por los huevos y, si vuelves a merodear cerca de Maia, te juro que todo lo que haces, hasta el último detalle, saldrá en la prensa: mujeres, drogas, armas... Te crees el puto amor, pero se te acabó el chollo.

—Y de las armas te puedes ir olvidando. Sé que planeas quedarte con mi parte y antes de eso, te meto un balazo en tu jodida sesera, ahora que vamos de paseo. ¿Te queda claro o quieres comprobar lo mucho que me excita apretar el gatillo? —le preguntó Herman.

—Sois todos unos hijos de puta—dijo en el momento en el que, sin saber cómo, le dio un fuerte puñetazo (os recuerdo que fue boxeador) a Eneko, quien conducía.

El coche se salió de la carretera y, de inmediato, le dio un codazo a Herman, haciendo que el arma saltara por los aires y noqueándole de otro puñetazo.

En cuanto dejamos de dar bandazos, y el coche cayó a la cuneta, pude abrir la puerta y salir, con la intención de ver cómo estaba Eneko. Pero Pierre se había hecho con el arma que empuñaba Herman y me apuntó.

Yo también llevaba una en el bolsillo pero, sin tiempo para sacarla, me agaché para evitar el tiro y le golpeé con todas mis fuerzas, dando con mi cabeza en su estómago y tirándole de espaldas.

Su arma saltó por los aires y él sacó los puños, comenzando a golpearme con fiereza. Yo no era manco y mi ira no era menor que la suya, por lo que le correspondía golpe a golpe.

La previsión era que nos íbamos a destrozar. Yo notaba la sangre chorrear por mi cara, tras una buena batida a puño limpio, cuando un tiro sonó y Pierre cayó de rodillas.

Tras él, apareció la figura de Eneko, quien había vuelto en sí y le abatió de un tiro y con su propia arma.

a —Le has matado—murmuré.

—Un día hicimos un pacto y dijimos que nos lo llevaríamos a la tumba. Pues ese día ha llegado. Y el que se va a la tumba no es solo el pacto, sino también esta rata infecta—repuso.

s Comprobamos que estaba muerto y así era. No sentí el más mínimo remordimiento, sino todo lo contrario. Le habíamos quitado la vida, pero es que él se la quitó durante muchos años a Maia, y pretendía causarle un mal mayor.

\ Un ser como ese, que hace un daño así a las mujeres, no merecía vivir.

—¿Está muerto? —nos preguntó entonces Herman, quien acababa de “resucitar” también.

, —Así es—afirmé con gusto.

—Pues un animal así, aquí y muerto, no lo podemos dejar. Se descompondría y otros podrían infectarse. Será mejor que lo entierremos. Se me ocurre un sitio donde podemos hacerlo.

Herman no vaciló lo más mínimo. Con ese gesto, nos estaba ofreciendo su ayuda. Lo que allí había pasado sería muy difícil de explicar ante las autoridades y ese criminal no se merecería que Eneko y yo nos manchásemos las

manos por él. Si lo hacíamos, que fuese únicamente para enterrar su cuerpo y, junto con él, todo un pasado que cada vez quedaría más lejano en nuestras mentes.

No dudamos en hacerle caso. Él mismo nos ayudó a excavar el agujero en una de sus villas, una que estaba en un pueblo a bastante distancia de Berlín, con muchísimo terreno.

—Es que resulta que justo aquí voy a construir unas cuadras—nos explicó cuando hubimos hecho el trabajo sucio—. Así que mucho me temo que esta tierra, una vez construida, no se removerá nunca más.

Quedaba así zanjado un tema en el que solo quedaba un cabo suelto que él amarraría. Los hombres de Pierre, los pocos que acudieron a su casa, serían bien pagados por él y pasarían a su servicio.

Nada ni nadie sabría nunca qué fue de aquel tipo, dónde terminó su cuerpo ni las verdaderas razones por las que sucedió.

Hay personas que juegan con fuego sin ningún temor a quemarse. Pierre se había creído con un poder tremendo. No solo para extorsionar a gente de medio pelo como nosotros, sino también a otros de la calaña de Herman Wagner, a quien no le tembló el pulso a la hora de deshacerse de él.

Tampoco temió a Eneko, quien acabó con la vida de ese miserable sin pensárselo ni un solo segundo. Hacía años que le consideraba mi hermano, si bien me dio un motivo de fuerza para determinar que no me equivocaba cuando lo pensaba así.

Volvimos al hotel a buscar a las chicas con la emoción de quien sabe que el episodio más oscuro de su vida se acaba de cerrar. Era obvio que no fue algo sencillo ni bonito, pero sí necesario.

Un dicho reza que “muerto el perro, se acabó la rabia”, y la de Pierre Lefevre estaba enterrada para siempre junto con su cuerpo.

Por fin Maia se encontraba a salvo y por fin nos llegaba la posibilidad de vivir nuestras vidas tranquilos y en paz. No podíamos aspirar a nada más, tan solo vivir esa nueva vida que se abría ante nosotros con la máxima de las ilusiones. Así deberíamos hacerlo si queríamos darnos la oportunidad de ser felices. Y por supuesto que lo deseábamos.

manos por él. Si lo hacíamos, que fuese únicamente para enterrar su cuerpo y, junto con él, todo un pasado que cada vez quedaría más lejano en nuestras mentes.

No dudamos en hacerle caso. Él mismo nos ayudó a excavar el agujero en una de sus villas, una que estaba en un pueblo a bastante distancia de Berlín, con muchísimo terreno.

—Es que resulta que justo aquí voy a construir unas cuadras—nos explicó cuando hubimos hecho el trabajo sucio—. Así que mucho me temo que esta tierra, una vez construida, no se removerá nunca más.

Quedaba así zanjado un tema en el que solo quedaba un cabo suelto que él amarraría. Los hombres de Pierre, los pocos que acudieron a su casa, serían bien pagados por él y pasarían a su servicio.

Nada ni nadie sabría nunca qué fue de aquel tipo, dónde terminó su cuerpo ni las verdaderas razones por las que sucedió.

Hay personas que juegan con fuego sin ningún temor a quemarse. Pierre se había creído con un poder tremendo. No solo para extorsionar a gente de medio pelo como nosotros, sino también a otros de la calaña de Herman Wagner, a quien no le tembló el pulso a la hora de deshacerse de él.

Tampoco temió a Eneko, quien acabó con la vida de ese miserable sin pensárselo ni un solo segundo. Hacía años que le consideraba mi hermano, si bien me dio un motivo de fuerza para determinar que no me equivocaba cuando lo pensaba así.

Volvimos al hotel a buscar a las chicas con la emoción de quien sabe que el episodio más oscuro de su vida se acaba de cerrar. Era obvio que no fue algo sencillo ni bonito, pero sí necesario.

Un dicho reza que “muerto el perro, se acabó la rabia”, y la de Pierre Lefevre estaba enterrada para siempre junto con su cuerpo.

Por fin Maia se encontraba a salvo y por fin nos llegaba la posibilidad de vivir nuestras vidas tranquilos y en paz. No podíamos aspirar a nada más, tan solo vivir esa nueva vida que se abría ante nosotros con la máxima de las ilusiones. Así deberíamos hacerlo si queríamos darnos la oportunidad de ser felices. Y por supuesto que lo deseábamos.

Capítulo 42



Maia se quedó con la boca abierta cuando se enteró. En principio, no teníamos previsto contarles a las chicas ningún detalle, pero insistieron en saberlo.

—Fue lo mejor—le comentó Eneko a Aroa, como temiendo que ella pudiera juzgarle por sus acciones.

—¿Y crees que me hace falta que te justifiques? Si le hubiera tenido delante y estuviera atacando a mi hermano... Te juro que me tiro a su yugular y...

Se puso muy nerviosa solo de pensarlo. También Maia seguía conmocionada.

—Mi amor, si te hubiese pasado algo. Si él hubiese logrado...

—¿Terminar conmigo? Eso es imposible porque equivaldría a apartarme de ti y nadie en este mundo tiene ese poder, cosita—le aseguré porque así lo sentía.

—Te quiero tanto... Ven, por favor, traes la cara como un mapa. Yo te curaré—tiró de mi mano.

—Tú me curaste desde el día en el que volviste a aparecer en mi vida. Ya no tendrás nada que temer. Nunca, jamás, permitiré que nadie vuelva a hacerte daño, ¿me oyes?

—Te oigo y, lo que es todavía mejor, te creo. Creo a pies juntillas todo lo que me dices porque hoy sé que nunca me fallaste, que incluso cuando no estabas en mi vida, lo hacías para no ponerme en peligro.

Maia me curaba la cara con mimo. Ciertamente necesitó incluso algunos puntos de aproximación en la ceja que ella misma me puso, pues contábamos con un botiquín.

—No sabía que entre tus muchas virtudes, se encontraba la de ser enfermera, cosita. La enfermera más sexy del mundo, sin lugar a ninguna duda—le comenté.

—Más de una vez tuve que curar a otras chicas—me contó y sentí que mi niña valía mucho, pero que mucho.

—Ven aquí, ¿tú te haces una remota idea de cuánto te amo? —le pregunté.

—Una muy remota, sí—aceptó mis besos con mucho gusto y me pidió que no dejara de besarla nunca. Por descontado que no lo haría. Yo creía haber nacido para cumplir cada uno de sus deseos.

A partir de ese momento pudimos movernos con libertad, dedicando un par de días a hacer turismo por Berlín antes de marcharnos de nuevo.

Ya podíamos volver a casa porque la amenaza estaba muerta y enterrada, y nunca mejor dicho. Y a partir de ahí, nos dedicaríamos a establecer nuestra residencia donde quisiéramos, donde Maia se sintiera más feliz.

El último día, a falta de unas horas para coger el vuelo, recibimos la inesperada visita de Herman Wagner.

Si os soy sincero, no es la típica visita que tú ves llegar y quieres presentarle a tu chica. Al fin y al cabo, con él comenzó nuestro vía crucis, pero a pesar de ello nos habíamos ayudado. Y más que venía a ayudarnos, por mucho que no los supiéramos.

Yo le vi llegar desde la ventana de mi habitación del hotel y avisé a Eneko. Bajamos los dos solos temiendo que fuese portador de malas noticias, como que alguien hubiera visto lo que pasó realmente con Pierre.

Su sonrisa nos indicó que no había un ápice de temor en él.

—Vengo a traeros esto antes de que os vayáis—nos comentó entregándonos un par de maletas que pesaban un quintal cada una.

—¿Crees que necesitamos ropa? ¿De qué va esto?

—La ropa no pesa tanto. Los fajos de billete son más pesados—nos dijo antes de girar sobre sus talones para meterse de nuevo en el coche.

—¿Fajos de billetes? ¿De qué va esto?

—Va de que ese dinero me lo dejó Pierre a cuenta de un negocio que, obviamente, ya no se producirá. Y va de que no solo vosotros os habéis librado de él. al hacerlo, yo también me he liberado. Yo cierro negocios así de suculentos a menudo, pero ese dinero os hará millonarios. Me gusta pagar los favores que se me hacen. Espero no volver a veros nunca por aquí. Será la mejor señal. Adiós.

—No te preocupes, que no nos volverás a ver—le aseguré porque tampoco es que quisiera yo sentarme a celebrar la Navidad a su lado.

Con todo y con eso, no podíamos creer lo que acababa de suceder. Las chicas bajaron y no daban crédito.

—¿Y si es una bomba? Vamos mejor a llamar a los artificieros—opinó Aroa.

—En realidad, los mafiosos pagan bien sus favores. Y aquí no hay ninguna bomba—Maia abrió mi maleta del tirón. La vida la había enseñado a ser muy osada.

La bomba era, en realidad, la cantidad de pasta que allí se encontraba. La maleta estaba hasta arriba de billetes ¡de 500 euros! Incontables billetes que nos convertían ¡en hombres ricos! ¡Muy ricos!

En su día, Herman Wagner nos había recompensado con una cantidad de pasta muy decente, pero nada que ver con aquel espectáculo de billetes ¡que tiramos por los aires!

Los cuatro dábamos saltos porque la vida, de una vez y por todas, nos había favorecido ¡y cómo!

Las maletas pesaban lo suyo y tendríamos que estudiar cómo sacar toda esa pasta de allí. Eneko comenzó a pensar de inmediato y, más pronto que tarde, encontró la manera.

De momento, volvíamos a Bilbao, la ciudad en la que en nuestra juventud se fraguó el amor entre nosotros... La ciudad que fue el punto de partida de una pasión que creció y creció con los años hasta convertirse en desmedida.

Nuestros padres también pudieron volver y se alegraron inmensamente de vernos a todos juntos. Nuestra vida, realmente, comenzaba en ese momento.

Hasta entonces, todos aquellos años, tuvimos que adormecer unos sentimientos que de pronto podíamos anunciar a bombo y platillo. Así lo haríamos y así saldríamos todos adelante, juntos y felices.

Maia se terminó de recuperar por completo y ya no quedaba ni un ápice de tristeza en sus preciosos ojos verdes, en esos que volvieron a brillar como los de la adolescente que un día fue y que seguía habitando dentro de aquel sugerente cuerpo de mujer.

—En realidad, los mafiosos pagan bien sus favores. Y aquí no hay ninguna bomba—Maia abrió mi maleta del tirón. La vida la había enseñado a ser muy osada.

La bomba era, en realidad, la cantidad de pasta que allí se encontraba. La maleta estaba hasta arriba de billetes ¡de 500 euros! Incontables billetes que nos convertían ¡en hombres ricos! ¡Muy ricos!

En su día, Herman Wagner nos había recompensado con una cantidad de pasta muy decente, pero nada que ver con aquel espectáculo de billetes ¡que tiramos por los aires!

Los cuatro dábamos saltos porque la vida, de una vez y por todas, nos había favorecido ¡y cómo!

Las maletas pesaban lo suyo y tendríamos que estudiar cómo sacar toda esa pasta de allí. Eneko comenzó a pensar de inmediato y, más pronto que tarde, encontró la manera.

De momento, volvíamos a Bilbao, la ciudad en la que en nuestra juventud se fraguó el amor entre nosotros... La ciudad que fue el punto de partida de una pasión que creció y creció con los años hasta convertirse en desmedida.

Nuestros padres también pudieron volver y se alegraron inmensamente de vernos a todos juntos. Nuestra vida, realmente, comenzaba en ese momento.

Hasta entonces, todos aquellos años, tuvimos que adormecer unos sentimientos que de pronto podíamos anunciar a bombo y platillo. Así lo haríamos y así saldríamos todos adelante, juntos y felices.

Maia se terminó de recuperar por completo y ya no quedaba ni un ápice de tristeza en sus preciosos ojos verdes, en esos que volvieron a brillar como los de la adolescente que un día fue y que seguía habitando dentro de aquel sugerente cuerpo de mujer.

Capítulo 43



Dos meses después estábamos degustando una cenita a dos para inaugurar nuestra casa en Colliure, en el sur de Francia.

Por muy cierto que resultase que ya no había ningún motivo que nos obligase a marcharnos de Bilbao, ese era el sueño de Maia. Y en esa playa creyó esperarme durante tanto tiempo, por lo que no se me ocurrió un sitio mejor para establecernos.

Había una distancia entre ambas ciudades, pero nada que no se salvara con ganas de ver a los nuestros o con las suyas de vernos a nosotros.

Al menos por unos años, necesitábamos aquella desconexión y vivir en contacto con el mar en un pueblo que ya considerábamos nuestro.

Como curiosidad, contar que fue Simon, el médico que un día atendió a Maia, quien nos vendió la casa. No hablo de esa en la que le visité y en la que vivía, sino de una que tenía casi a orillas del mar, una residencia de verano que ya carecía de sentido para él al haberla elegido su esposa para pasar juntos las temporadas estivales.

Cuando fuimos a verle, le comentamos que estábamos en plena búsqueda y nos hizo la sugerencia. Maia me miró ilusionada y supe que se trataría de nuestra casa, incluso sin verla.

No me equivoqué en lo más mínimo. Nos la enseñó ese mismo día y sobre la marcha cerramos el trato.

No es que fuese demasiado grande, tampoco nos hacía falta. Al menos de momento. Contaba con tres dormitorios una cocina y un salón amplios, un par de baños y un precioso porche con vistas al mar, así como una terraza en la cubierta que era una maravilla, con las mismas vistas y la posibilidad de observar las estrellas en las muchas noches agradables que se vivían en el lugar.

Apenas necesitaba obras, aunque sí la hicimos nuestra en el sentido de que la redecoramos por completo y al gusto de Maia. En realidad, podíamos hacer todo lo que nos viniera en gana porque contábamos con dinero para varias vidas.

Fue ya cuando nos establecimos allí, en la primera noche... Ella se fijó en que habían puesto una en venta, muy

cerquita de la nuestra, a un tiro de piedra. Era de similar tamaño, otra monada.

—¿En qué piensas, cosita? Sé que algo se te pasa por esa cabecita que tienes—le pregunté mientras revolvía ese flequillo que se sacó, como en su día planeó con mi hermana.

—En que hay unas personas a las que le debemos gratitud eterna. Sin su ayuda, sabe Dios qué nos hubiera ocurrido en su día. Y serían tan felices aquí... Para nosotros, ahora el dinero no representa nada—me comentó porque desde el primer momento le dejé bien claro que todo lo que teníamos era de ambos. Eso no admitía discusión.

—Sé muy bien de quién me hablas y estoy de acuerdo. Ana María y Rafael se merecen la mejor vida posible. Y no digamos ya su hijo...

—Gracias, mi amor. No sabes lo que representa para mí, de veras.

—Lo sé, para mí también lo representa, cariño. Eso ya está decidido. Y les daremos dinero para que emprendan un negocio, también se lo merecen.

—Van a ser los más felices del globo, te quiero...

—Eso es imposible, porque los más felices somos nosotros, cosita.

—Es verdad. Más tonta yo—rio.

Su risa representaba para mí el más lindo de los sonidos. Ese que solo podía compararse al de su voz.

En el tiempo que permanecimos junto a Eneko y Aroa en el Caribe, fueron muchos los momentos en los que mi hermana agarró la guitarra y Maia nos deleitó con su voz. Momentos inolvidables que se volverían a vivir en aquella casa cada vez que vinieran a vernos.

Ella se tumbó sobre mí en la terraza. Lo habíamos preparado todo en muy poco tiempo y disfrutábamos de la casa de nuestros sueños. Como detalle, en la mesilla de noche, enmarcamos el retrato que Maia hizo un día de ambos y que tanto ánimo me dio en los peores de los momentos.

Mi vida era ella... y notaba que la suya era yo. Lo quería todo con esa niña que se hizo mujer lejos de mí, pero a la que sentía más cerca que nunca.

o

Sobre ese pecho mío comenzó a cantar un “Valió la pena” que me sacó la sonrisa. Y tanto que valió la pena porque, como bien dice Mark Anthony cuando entona esa canción, ella era una bendición y las horas y la vida a su lado estaban para vivirlas a nuestra manera.

Lo habíamos logrado todo y no teníamos prisa por nada. Nos sentíamos los amos del mundo y tampoco necesitábamos más.

No niego que, con toda la pasta que teníamos en el banco, podríamos habernos comprado verdaderas mansiones y todo aquello que nos entrase por el ojo pero, al menos en ese momento de nuestras vidas, queríamos disfrutar de esa casa, de nosotros y de todo lo bueno que allí se cociera, que estábamos seguros de que sería mucho.

A cualquier hora, paseábamos por la playa. Ya el verano nos había dejado, pero no su arena y la posibilidad de recorrerla.

Si allí quedó un recuerdo de Maia, esperándome para siempre, de pronto no era un recuerdo, sino ella con toda su vitalidad, quien la recorría conmigo.

Todo, todo, nos había valido la pena... En el camino quedaron muchas espinas y, sin embargo, ella decía que al final lo coloreamos de rosa, de un tierno rosa como el pelo de mi hermana. Yo le decía siempre que se trataba de un rosa salpicado de verde, del verde esperanza de sus ojos, y entonces se intensificaba el brillo con el que me miraba.

Supongo que tiene que ver con el hecho de que los ojos brillan en proporción a tu grado de enamoramiento, y nosotros estábamos loquitos el uno por el otro.

Sobra decir que, en aquella casa, nos lo demostraríamos todos los días y a todas las horas, como comenzamos haciendo aquella primera noche.

Miramos a nuestro alrededor y la privacidad era total. Pese a eso, comenzaba a hacer fresco, por lo que metí mis manos por debajo de sus rodillas y de sus axilas, tomándola en brazos.

Maia se mostraba tan risueña como sugerente camino de nuestro dormitorio. Lo había decorado de un modo romántico, pese a que ella contase también con un lado fiero que me ponía... Difícil describir cómo me ponía.

En esa cama con dosel le haría el amor por primera vez en la casa. La compramos grande, mucho, y no porque pensásemos meter en ella a nadie más, que ni de coña, sino porque deseábamos tener libertad de movimiento para nuestros muchos juegos.

—Hoy te tengo un regalito—le comenté sacando de un cajón una cajita que puse en sus manos.

—¿Es una joyita? ¿Una joyita para el sexo? —corrigió con la sonrisa traviesa saliendo por la comisura de sus labios.

1

—Una joyita eres tú, pero espero que este pequeñín me ayude a poner a la joyita en órbita.

—¿Tú necesitando ayuda para eso? ¿Acaso tienes fiebre?

—Siempre, la que me causas tú—le recordaba porque la niña de mis ojos me tenía en un estado febril de por vida, en una fiebre perpetua...

El regalito era un succionador de clítoris con el que comencé a jugar. Y no porque mi lengua se hubiese cansado de su sabor, que eso sería imposible, sino porque sabía que ese pequeñajo me ayudaría en momentos en los que me empeñase en darle placer por todas las partes posibles y a la vez.

Mis dedos alcanzaban la entrada de su húmeda vagina mientras que conecté el succionador a su clítoris. La potencia era total en ella, así que eligió un modo fuertecito que pronto comenzó a hacer mella en mi chica, pues noté cómo el corazón se le disparaba al mismo tiempo que su clítoris vibraba hasta hacerla chillar.

Esos chillidos me engrosaron y me endurecieron de un modo descomunal. Ella afirmaba no poder más y su orgasmo fue brutal, entre gritos, llevándola casi a convulsionar.

Entonces, tomé el aparatejo en mis manos y quise que le durase más la sensación que la estaba llevando hasta ese punto. Enfocando en su clítoris de nuevo, se lo coloqué y sus gritos fueron a más.

Aproveché el momento para entrar en su vagina, la cual me hizo sentir en el pene unas contracciones tremendas. Menuda fuerza la suya al apretarme en su interior... Bien estrenábamos la casa. La cosa apuntaba a que allí viviríamos el sexo más fuerte de todos, un sexo adictivo que deseáramos practicar infinitas veces, un sexo que nos llevaría a ambos a alcanzar un placer inconmensurable que abanderaríamos como símbolo de una pasión que formaba parte de nuestro ADN.

—¿Tú necesitando ayuda para eso? ¿Acaso tienes fiebre?

—Siempre, la que me causas tú—le recordaba porque la niña de mis ojos me tenía en un estado febril de por vida, en una fiebre perpetua...

El regalito era un succionador de clítoris con el que comencé a jugar. Y no porque mi lengua se hubiese cansado de su sabor, que eso sería imposible, sino porque sabía que ese pequeñajo me ayudaría en momentos en los que me empeñase en darle placer por todas las partes posibles y a la vez.

Mis dedos alcanzaban la entrada de su húmeda vagina mientras que conecté el succionador a su clítoris. La potencia era total en ella, así que eligió un modo fuertecito que pronto comenzó a hacer mella en mi chica, pues noté cómo el corazón se le disparaba al mismo tiempo que su clítoris vibraba hasta hacerla chillar.

Esos chillidos me engrosaron y me endurecieron de un modo descomunal. Ella afirmaba no poder más y su orgasmo fue brutal, entre gritos, llevándola casi a convulsionar.

Entonces, tomé el aparatejo en mis manos y quise que le durase más la sensación que la estaba llevando hasta ese punto. Enfocando en su clítoris de nuevo, se lo coloqué y sus gritos fueron a más.

Aproveché el momento para entrar en su vagina, la cual me hizo sentir en el pene unas contracciones tremendas. Menuda fuerza la suya al apretarme en su interior... Bien estrenábamos la casa. La cosa apuntaba a que allí viviríamos el sexo más fuerte de todos, un sexo adictivo que deseábamos practicar infinitas veces, un sexo que nos llevaría a ambos a alcanzar un placer incommensurable que abanderaríamos como símbolo de una pasión que formaba parte de nuestro ADN.

Epílogo



Tres años después...

Maia

Solo veía la orilla del mar, de ese mar infinito que se dejaba sentir ante mis impresionados ojos mientras caminaba en dirección a esa orilla, donde me casaría con Iván.

En los brazos de Aroa, daba saltitos nuestra hija Clara, que había nacido un par de años antes y que ya corría sin parar, por lo que le pedimos a su orgullosa tía y madrina que la mantuviese a raya.

Se nos pasó por la cabeza que nos llevase los anillos, pero con lo trastito que era mejor no fiarnos de ella. Simon era su padrino y en honor a su fallecida mujer le impusimos el nombre de Clara, que como un día le contó Iván fue el que siempre nos gustó para el caso de que tuviésemos una niña.

Mi vestido de novia era de aire ibicenco, sencillo... No quería parecer que iba disfrazada, aunque sí que me sentía sexy a rabiar porque me hacía un escote vertiginoso. Por lo demás, era una novia muy natural, aunque me veía muy favorecida.

Durante demasiado tiempo tuve que exhibirme delante de todos... Eso ocurrió en otra vida, en una cuyos recuerdos ya me llegaban borrosos, nada nítidos... Y muy oscuros.

Viví en una jaula, como aquel que dice... Lo hacía en una de oro durante el día y me metía en otra por la noche, en la que bailando sentía una ira indescriptible, maquillada de lujuria.

Hasta que una noche llegó a aquel local Iván y la oscuridad se hizo luz... Salí de allí con él para no volver más. Y esa misma luz que me envolvió desde entonces me alumbraba camino de una playa en la que iba a convertirme en su esposa.

No hubo en nuestro caso una pedida espectacular porque no hizo falta. Él no tenía ninguna duda de que un día nos casaríamos y yo menos. Solo era cuestión de ponerle fecha. Y lo hicimos cuando nació Clara y me la colocaron sobre el pecho. Él murmuró entonces un “yo no aguanto más para casarme contigo” y yo le contesté con un “ya estamos tardando”.

Pese a ello, nos lo tomamos con calma. Nosotros somos así y hemos dejado las prisas de lado en nuestras vidas. Cada minuto cuenta y cuando eso sucede, comenzamos a prepararlo todo con mimo y con cariño.

Nos ayudaron mucho Ana María y Rafael, quienes ya hacía bastante que se convirtieron en nuestros vecinos... Optaron por montar una preciosa floristería que les iba de fábula y por supuesto que ellos se encargaron de todos los arreglos florales en una playa que lucía más bonita que nunca.

Yo no tenía padres, ya lo sabéis... Mi madre se fue al cielo y mi padre, de ese mejor no hablar. Con el tiempo, dejó a Berta y trató de arrimarse a nosotros solo por interés, al sabernos ricos. Un gesto imperdonable que le afeé pidiéndole que jamás se nos volviera a acercar, que mi padre murió muchos años atrás, cuando caí en manos de Pierre por su culpa.

Eneko fue mi padrino de boda mientras que Nagore, mi suegra, actuó como madrina. Ella, que había sido^a peluquera años atrás, fue la encargada de peinarme con mi melena al viento, como quise llevar.

Los amigos de toda la vida acudieron al enlace, incluido Asier, ese que tanto lo fue de mi futuro marido y que llevaba muchos años en Bélgica, trabajando en un laboratorio farmacéutico.

Tampoco faltaron todos aquellos que fuimos encontrando con los años y Luisillo, que ya era un niño mayorcito, le cogía la mano a Clara, por la que sentía verdadera debilidad.

Si existe la felicidad completa, nosotros la experimentamos ese día. Con el tiempo, yo monté mi propio estudio de tatuaje, impulsada por Aroa... También seguía pintando, bailando, cantando... Volví a mi ser, a todo lo que un día^l perdí y que gracias a Iván recuperé, junto con unas ganas de vivir impresionantes que me llevaron a sentirme plenamente feliz.

Al lado de Iván llegué a la cumbre de todos mis sueños y la besé coronándole. En él no solo encontré al mejor compañero de vida, sino a uno que me entendió como nadie y que no solo me dejó volar libre en los momentos en los que tanto lo necesité, sino que me invitaba a que volase a cada momento, ensayando un vuelo que cada vez llegaba más alto.

Un hombre fuerte y seguro no teme a una mujer independiente, eso está contrastado. Y él lo era... Era el hombre con el que yo quería casarme, con el que siempre quise hacerlo y con el que me casaría cada uno de los días de mi vida, aun a riesgo de pareceros empalagosa.

Mi amor por Iván quedó patente aquel día, cuando nos dimos el “sí, quiero” en la orilla de la playa “en la que siempre le esperé”, de forma entrecomillada, aunque en realidad mi alma permaneció allí, por mucho que mi^s cuerpo tuviese que transitar por los más turbios caminos.

La fiesta en la playa fue increíblemente bonita, duró hasta la noche, y mi ramo fue a parar a manos de Aroa, quien

celebraría su enlace con Eneko en el siguiente verano.

Ellos se lo habían tomado todo con un poco más de calma, cada uno vive cómo y cuándo le parece. Los hijos ya se vislumbraban igualmente en su horizonte, por lo que pronto Clarita tendría primos.

La luna de miel nos llevaría por casi todo el mundo. La habíamos programado a lo largo de prácticamente un año que nos tomaríamos para vivirlo con nuestra hija en los más diversos rincones. Punta Cana sería uno de ellos porque allí deseábamos volver para celebrar nuestro enlace en el lugar en el que un día buscamos y encontramos refugio.

Empezaba nuestra vida de casados, si bien tenía yo muy claro que en poco se diferenciaría de la anterior. Como elemento principal, seguiríamos viviendo una pasión desenfadada, esa que considerábamos el motor de nuestra relación.

Como regalo de boda para mi recién estrenado esposo, le preparé un estriptis. Por extraño que pueda sonar dadas las circunstancias que me tocó vivir, nunca le había hecho uno. O quizás fue precisamente por eso.

Esa madrugada quise bailar de la manera más ardiente que mi cuerpo me permitiese y lo hice.

» No voy a negar que ambos habíamos bebido bastante, por lo que a duras penas logré que me dejase entrar en el baño, ya que me comía a besos cuando entramos en casa por la noche, yo en sus brazos, como marca la tradición.

» Desde la cama, hube de salir corriendo y me encerré en ese baño. El blanco inmaculado que presidió mi vestido de novia se transformó entonces en el negro de unas prendas de fina lencería que le situarían al borde del infarto.

Un minúsculo tanga, un sugerente *bralette*, unas medias rematadas en el más provocativo de los ligeros... Altos tacones y una fusta en la mano, ¿se podía dar más? Pues no, porque ya comenzaría yo a darlo todo.

¶ Salí blandiendo la fusta desde el baño y él me miró con total asombro. La música comenzaba a sonar y yo me movía con tanta sugerencia que notaba cómo Iván tragaba saliva de una forma palpable.

Se comenzaba a derretir por fuera, aunque yo lograría con mi caliente baile que lo hiciera igualmente por dentro.

¶ Movimiento a movimiento, él tenía que hacer esfuerzos para no lanzarse sobre mí, que me movía como si lo estuviese haciendo en la mismísima catedral del sexo. Cada vez que trataba de dar un paso en mi dirección, yo lo amenazaba con mi fusta, llevándolo hacia atrás.

Él ya estaba en bóxer y lo que se podía apreciar a través de esa prenda interior suya me indicaba que no le hacía ninguna falta más preparación.

¶ Cuando el ritmo de la erótica canción comenzó a decaer, avancé con aires felinos hacia él, con la fusta por delante

recorriendo con ella su pecho.

eSu excitación era tal que su pene me hacía de tope y no podía acercarme más. Juguetona, seguí y seguí hasta que se hizo con la fusta y la tiró por los aires.

—Eres la provocación con piernas—murmuró.

Sí esa era yo... Por un lado, su “cosita” tierna, pero por el otro, su arrebatadora mujer, la que protagonizaba todas sus fantasías sexuales y la que no dudaba en poner en práctica todas las técnicas de seducción para atraerle como lo estaba haciendo en ese momento.

Ya notaba yo que no podía más y que necesitaba coger las riendas de la situación en una madrugada que, más que fogosa, sería incendiaria... así habíamos decidido vivir, sofocando el fuego de la pasión.

El hombre que un día desapareció ante mis ojos no solo supo volver, sino también lograr que para mí no hubiese ninguno más. Iván representaba el comienzo y el final de mi mundo, y en sus fuertes brazos me perdía... y entonces él volvía a encontrarme. Daba igual cuántas veces me perdiera en ellos, él me había demostrado que siempre encontraría el camino hacia mí, ese que permanecía a perpetuidad alumbrado por el fuego de la pasión.

e

;

recorriendo con ella su pecho.

Su excitación era tal que su pene me hacía de tope y no podía acercarme más. Juguetona, seguí y seguí hasta que se hizo con la fusta y la tiró por los aires.

—Eres la provocación con piernas—murmuró.

Sí esa era yo... Por un lado, su “cosita” tierna, pero por el otro, su arrebatadora mujer, la que protagonizaba todas sus fantasías sexuales y la que no dudaba en poner en práctica todas las técnicas de seducción para atraerle como lo estaba haciendo en ese momento.

Ya notaba yo que no podía más y que necesitaba coger las riendas de la situación en una madrugada que, más que fogosa, sería incendiaria... así habíamos decidido vivir, sofocando el fuego de la pasión.

El hombre que un día desapareció ante mis ojos no solo supo volver, sino también lograr que para mí no hubiese ninguno más. Iván representaba el comienzo y el final de mi mundo, y en sus fuertes brazos me perdía... y entonces él volvía a encontrarme. Daba igual cuántas veces me perdiera en ellos, él me había demostrado que siempre encontraría el camino hacia mí, ese que permanecía a perpetuidad alumbrado por el fuego de la pasión.

Mis redes sociales:

Instagram: @aitorferrerescritor

Facebook: [Aitor Ferrer](#)

Amazon: relinks.me/AitorFerrer

Mis redes sociales:

Instagram: @aitorferrerescritor

Facebook: [Aitor Ferrer](#)

Amazon: relinks.me/AitorFerrer